

EL INTENDENTE FELIZ

—Dicen que por falta de higiene, por el mal estado de los pavimentos y por la congestión del tráfico no se puede ser ni visitante ni transeunte ni vecino de Buenos Aires. ¡Qué exagerados son!


De estos selectos viñedos se cosechan
las mejores uvas para la elaboración
de los renombrados
VINOS TIRASSO
LA GRAN MARCA ARGENTINA
Pida en todas partes las reservas Tirasso y solicite
listas de precios a
LUIS TIRASSO
SARMIENTO, 847
BUENOS AIRES
CHAMPAGNE TIRASSO
OPORTO
Côtes
PINOT TINTO

CARAS Y CARETAS
GRAN CONCURSO LITERARIO 1923

BUENOS AIRES, 12 DE MAYO.



"Caras y Caretas" abre desde la fecha un concurso de **novelas cortas inéditas.** La extensión no podrá exceder de **ocho páginas de texto** de nuestra revista. (Aproximadamente 9.000 palabras.)



Los originales deben estar escritos a **máquina** y firmados con un lema igual al que, en sobre cerrado, acompañe a la novela.



Podrán presentarse a este concurso todos los escritores residentes en la Rep. Argentina.



El asunto es libre, con la sola limitación de que no haya en la obra nada que ofenda a la religión ni a la moral.

Los premios serán los siguientes:

Primer Premio	**2.000 $ m/n y medalla de oro**
Segundo Premio	**1.000 $ m/n y medalla de oro**
Tercer Premio	**500 $ m/n y medalla de oro**

"Caras y Caretas" podrá adquirir por la suma de **200 $** m/n cada una de las novelas recomendadas por el jurado.

El jurado estará compuesto por los señores **don ENRIQUE R. LARRETA, doctor CARLOS IBARGUREN y don LUIS PARDO, de "Caras y Caretas"**

El concurso, abierto desde la fecha, quedará clausurado el día 21 de septiembre.

N. B. — El sobre debe venir escrito en la forma siguiente:
Sr. Director de "Caras y Caretas".
Para el concurso literario 1923. Buenos Aires.

Los autores relatan aquí la historia de «El misterio del Gran Hotel», uno de los más impresionantes casos de la historia criminal.



EL MISTERIO DEL GRAN HOTEL

TRADUCCIÓN PARA "CARAS Y CARETAS"

El gran salón comedor del espléndido hotel de Broadway estaba lleno de hombres vestidos de etiqueta y damas que lucían elegantes trajes. Algunas se adornaban con valiosas joyas. Por encima del murmullo de las conversaciones, de las risas, del ruido de cuchillos y tenedores y de los taponazos de las botellas se destacaban los acordes de la orquesta que ejecutaba una música lánguida.

Una de las pequeñas mesas situadas en un tranquilo rincón tenía colocado un cartelito indicando que estaba reservada.

Las puertas que daban acceso al comedor — uno de los más espléndidos de Nueva York — fueron abiertas por un lacayo quien hizo una profunda reverencia a las dos damas que entraron, mientras que uno de los camareros arregló las sillas y dió los últimos toques a la mesa reservada, con esa solicitud reveladora de la esperanza de una buena propina.

De las dos damas, la de más edad vestía un traje color rubí obscuro, de gran elegancia. Era delgada y de graciosos movimientos. Lucía un grueso collar de oro, del que colgaba una valiosa esmeralda rodeada de brillantes. Sus blancas y pequeñas manos se hallaban cuajadas de anillos, todos de elevado valor.

Su compañera, una muchacha vestida con sencillo traje de color gris, cabellos de color castaño claro y fascinadora belleza, no llevaba alhaja ninguna a excepción de un pequeño alfiler de pecho y una sencilla sortija.

Mientras marchaban en dirección a la mesa la primera se volvió hacia la joven y en voz baja hizo alguna observación que fué contestada con una sonrisa. Claramente se veía que eran íntimas, lo que podía causar extrañeza dada su distinta manera de vestir.

Posiblemente la joven era una dama de compañía que disfrutaba del privilegio de la camaradería... o acaso una amiga de condición humilde.

Se instalaron, y mientras el camarero llegaba trayendo el primer plato de la comida, la muchacha se inclinó hacia su compañera como prosiguiendo la conversación.

— Pero Carrie... — exclamó.

— ¿Cuántas veces voy a tener que recordarle que no me llame así?... — corrigió la otra.

— Luisa... Discúlpeme... Cuánto lamento...

La frase fué interrumpida por el camarero que comenzaba a servir. Lo dispuso todo y después de recibir orden de traer una botella de vino, se alejó. Cuando regresó, tan solo la joven se encontraba junto a la mesa; la otra silla estaba vacía. La dama del traje color rubí, al parecer, había interrumpidosu comida por alguna causa imprevista. Los manjares que tenía servidos en el plato apenas habían sido tocados.

— No tardará en regresar — explicó la joven a una mirada interrogativa del camarero.

Observando con frecuencia la esfera del reloj que adornaba una de las paredes del comedor, esperó. Pasaron diez minutos... veinte, y la dama del traje color rubí no aparecía.

Sorprendida y molesta se disponía a levantarse cuando Ricardo, el camarero, se acercó a ella. A simple vista se notaba un cambio en la expresión del semblante del solícito servidor. Su habitual palidez se había acentuado enormemente.

— Señorita... — exclamó. — La señora estará aquí dentro de pocos minutos.

— ¿Le ha dado algún mensaje para mí? — preguntó la muchacha sorprendida.

— Sí — respondió, añadiendo algunas frases de vago sentido.

Aunque no del todo tranquila esperó la joven otros veinte interminables minutos hasta que, adoptando una resolución, se puso en pie para marcharse. Ricardo se acercó con ánimo de impedirlo, pero ella lo apartó.

— Necesito saber lo que le ha ocurrido — dijo. — Empiezo a temer una desgracia. — Y saliendo al hall se dirigió hacia el ascensor.

— Piso décimoquinto — murmuró.

En el mismo instante notó que alguien le tocaba en el brazo. Volvió el rostro y vió a un hombre de elevada estatura, afeitado, de cabellos grises y vistiendo un traje azul obscuro.

— Perdóneme, señorita Ward — exclamó hacien-

do un profundo saludo. — ¿Va usted en busca de su amiga, la señora Calthrop?... Lo lamento, pero no puede verla ahora... Ha ocurrido un accidente...

— ¿Ha muerto? — interrumpió angustiada la joven.

— No... Pero si tiene la bondad de acompañarme a este saloncito yo le explicaré... Soy el detective Mail.

— ¿Detective?... No comprendo... — dijo ella. — ¿Qué ha ocurrido?...

— La señora Calthrop se encuentra perfectamente bien... Pero ha ocurrido algo extraño... No puedo ser más explícito ahora... el deber... Pero tengo que hacerle algunas preguntas... ¿Quién es la señora Calthrop?

— Si ella está sana y puede hablar, a ella es a quien debe usted dirigir esa pregunta. Me niego a responder.

Fueron inútiles cuantas tentativas hizo el detective. La joven sacudió negativamente la cabeza oponiéndose a ser sometida a interrogatorio alguno. Por fin, haciendo un gesto de impaciencia, salió del saloncito adonde habían entrado, seguida por el detective quien exclamó.

— Sírvase entonces acompañarme.

Entraron en el ascensor que se detuvo, instantes después, a la altura del décimoquinto piso. Salieron y avanzaron por un largo corredor bien iluminado y cubierto por una gruesa alfombra que apagaba el ruido de sus pasos. Así llegaron frente a la puerta de la habitación de la señora Calthrop, donde se hallaban reunidas varias personas. El detective llamó y los dos penetraron.

En la habitación había vários hombres quienes se apartaron para permitirle avanzar. En el primer momento la joven sólo vió a su amiga que, horriblemente pálida, observaba a todos con una expresión de arrogante desafío.

Lanzando un pequeño grito se disponía a correr hacia ella cuando vió algo que la hizo detener horrorizada. En el suelo, delante de su amiga, había un hombre vestido con un traje color gris. Su rostro tenía la palidez de la muerte, y sus cabellos, de color castaño obscuro, estaban manchados de sangre.

— Está muerto — exclamó la dama del traje color rubí con una entonación que denotaba sorprendente tranquilidad. — Estos señores — prosiguió con ironía — sospechan que yo lo he muerto... Claro está que si no logro demostrar lo contrario me acusarán por asesinato...

— ¿Asesinato? — repitió la joven horrorizada.

¿Qué había ocurrido durante aquellos minutos en que ella había permanecido en el comedor? ¡Misterio!... Y aquel misterio había de causar durante días mucha sensación en Nueva York.

....

Entre los ocupantes de las habitaciones de aquel corredor del piso décimoquinto se encontraba Mr. Craig Gordon, quien, contrariamente a lo que habían hecho los demás ocupantes de aquella parte del hotel, en lugar de bajar al comedor se había quedado cómodamente instalado leyendo en el saloncillo de su departamento.

De repente saltó en su silla al oir un tiro de revólver y salió apresuradamente al corredor. Escuchó durante unos minutos y no vió ni volvió a oir nada alarmante.

Mas como tenía la seguridad de que había oído una detonación, resolvió cerciorarse de lo ocurrido.

Lentamente y adoptando todo género de precauciones avanzó de puerta en puerta hasta llegar a una que por no estar del todo cerrada permitía ver lo que ocurría en el interior de la habitación... Se aproximó y retrocedió horrorizado...

En el centro de una sala lujosamente amueblada había una mujer vestida con traje color rubí que, arrodillada en la alfombra, se inclinaba hacia algo que estaba en el suelo. Así permaneció uno o dos minutos; luego se puso en pie y retrocedió un paso.

Al hacerlo pudo Mr. Craig Gordon ver su rostro reflejado en un espejo. Estaba muy pálida y sus miradas se dirigían hacia la figura de un hombre que estaba, al parecer, sin sentido, en el suelo. Era un hombre de cabellos grises, con una pequeña barba del mismo color...

Al ver aquello él retrocedió para dar la voz de alarma.

La mujer permaneció inmóvil, y cuando volvió acompañado de un par de mozos del hotel ella tenía las manos sobre los ojos para no ver el impresionante espectáculo. Al ruido que hicieron al llegar apartó sus manos llenas de anillos que lanzaron haces de luz, y con voz tranquila y firme exclamó.

— Está muerto. Es mejor que den aviso.

Los sirvientes se alejaron mientras Gordon quedaba en la habitación como anonadado, mirando a aquel hombre muerto y a la mujer que, a pesar de su visible terror, denotaba una calma sorprendente.

Pasó un tiempo, que a Gordon le pareció más de una hora, antes de que llegasen más sirvientes en unión del médico del hotel, del gerente y de un representante de la policía.

— Está muerto — declaró el doctor después de un rápido reconocimiento. — Ha recibido un tiro en la cabeza. ¿Quién es? — preguntó.

Todos alargaron el cuello para ver mejor. El doctor tomó la cabeza del muerto para volverla a un lado y al hacerlo arrancó la peluca de color gris dejando al descubierto el verdadero cabello, castaño claro...

— ¿Y esto? — murmuró. — Y con un movimiento arrancó la pequeña barba gris que llevaba puesta el hombre.

Aquello transformó por completo el aspecto de la víctima. De un hombre de cierta edad, como aparentaba ser al primer golpe de vista, se había convertido en otro de unos cuarenta años. Todos los que presenciaron aquello, menos la mujer, lanzaron un grito de asombro.

— ¿Sabe usted quién es? — preguntó un hombre a quien Gordon no había visto hasta entonces y que penetró en la habitación momentos antes en unión de otro que, como él, debía ser un detective.

La dama del vestido color rubí hizo un gesto con la cabeza.

— Díganos lo que ha ocurrido — agregó el detective.

— Yo me encontraba abajo en el comedor en unión de mi compañera, la señorita Ward — respondió la señora Calthrop. — Nos habíamos sentado y comenzábamos a comer cuando recordé que había dejado abierto el cajón de mi escritorio. Vine aquí y me encontré en la habitación con ese hombre quien, al verme, se colocó el revólver, que tenía en la mano, junto a la cabeza y se disparó un tiro.

— ¿Es ésta el arma? — preguntó el detective mostrando un pequeño revólver, casi un juguete, que estaba en el suelo junto al cadáver.

— Supongo que sí — respondió la mujer.

— ¿Mientras usted estaba en el comedor con su amiga — continuó el detective — entró este hombre en su habitación disfrazado?... ¿Tiene usted joyas aquí?

Y al hacer la pregunta miraba los anillos de sus manos y el colgante formado por la esmeralda y los brillantes que lucía en su pecho.

— Sí tengo — respondió.

— ¿Le faltan algunas? Veo que el cajón del escritorio está abierto... Revise mientras yo veo si encuentro algo en los bolsillos del muerto...

No halló nada. Aquel hombre no tenía encima más que algunas monedas y objetos sin importancia.

— No me falta nada — exclamó la señora Calthrop, después de revisar los cajones del escritorio.

— Es singular! — murmuró el detective. — Un ladrón de hotel que se suicida al ser sorprendido en la forma en que usted explica... ¡Extraño!... Y teniendo un arma en la mano como si estuviese dispuesto a defenderse... — Luego volviéndose a su compañero agregó. — Mail, creo que en estos asuntos usted tiene más experiencia... ¿Lo conoce?

— En absoluto — respondió con firmeza el interpelado.

— Este hombre tomó una habitación en el hotel hace diez días — manifestó el gerente. — Llegó una semana después que la señora Calthrop; dijo llamarse Dayson... Desde el primer momento me pareció sospechoso... Siempre llevó la peluca y la barba de color gris... Raramente se le veía en el hotel... Comía fuera... Creo que no conocía a nadie...

— ¿Vivía en este mismo piso? — preguntó el detective. — Sin duda venía siguiendo a la señora por sus joyas. ¿Trajo usted joyas de mucho valor al hotel?

— Algunas — respondió la señora Calthrop. — Acaso por valor de cincuenta mil dólares.

— Un momento, Parton — interrumpió el detective Mail, — antes de ir más adelante. Que nadie salga de aquí hasta que yo regrese. Tengo que dar algunas órdenes en el piso inferior.

Salió y fué directamente al comedor para averiguar la mesa que ocupaba la señora Calthrop.

Ricardo, el camarero, se la indicó. La señorita Ward estaba sentada allí esperando.

— No deje salir a la joven — ordenó Mail. — Vigílela y si trata de salir me avisa en seguida.

Hecho esto regresó al piso décimoquinto.

— Me parece que en este asunto hay algo más de lo que se ve a simple vista — manifestó a su compañero en la habitación privada donde se habían retirado. — ¿Ha observado el revólver? ¿Qué hombre lleva un arma semejante? Seguramente que no es un ladrón de joyas... Es poderoso pero de aspecto muy frágil... Fíjese en el mango... En forma ninguna parece hecho para una mano masculina...

Y tendió el arma a su camarada.

— Tiene razón Mail, — respondió el otro examinendo el arma. — Es de las que suelen usar las mujeres... Para un hombre es de tamaño muy reducido.

Mail fué hasta la puerta y dió una orden a uno de los camareros. Momentos después aparecía Mr. Craig Gordon, muy pálido y nervioso.

— Díganos lo que sabe, señor — exclamó Mail, y Mr. Gordon hizo su relato.

— Ya ve — exclamó Mail. — Mr. Gordon oyó el disparo, salió al corredor, lo recorrió en toda su extensión, regresó y, al revisar las habitaciones del lado opuesto, vió a la señora Calthrop inclinada sobre el muerto. ¿No es así? ¿Cuál es el movimiento natural de una mujer que sorprende a un ladrón en su dormitorio?... Salir corriendo y gritando en busca de auxilio y presa de terror... No se queda a su lado para obligarle a que se suicide y espera a que lo haga así para inclinarse sobre él sin pedir ayuda...

— Es extraño, realmente — asintió el compañero.

— ¿Extraño? Ya lo creo — exclamó Mail. — ¡Y si el revólver es de la mujer! ¿Quién es la señora Calthrop? Opino que la joven a quien ella llama su compañera y que está en el comedor puede decirnos mucho más que la propia Calthrop... Voy a tratar de interrogarla.

Llegó en el momento preciso de contenerla cuando la muchacha, después de haber rechazado al camarero, se disponía a entrar en el ascensor. Ya se ha visto que todos sus esfuerzos para obtener información alguna fueron inútiles y que llegaron juntos a la habitación donde se encontraba el muerto.

La muchacha había quedado sorprendida y silenciosa.

— ¿Este revólver que se ha encontrado junto al cadáver es suyo, verdad señora Calthrop? — preguntó Mail.

— En efecto — respondió tranquilamente la interrogada.

— ¿Quiere explicarnos cómo habiéndose dado muerte él, estaba el arma en su poder?

— Se encontraba en el cajón del escritorio y lo habrá tomado de allí.

— Lo que no me explico — prosiguió el detective — es por qué se ha suicidado... pudiendo utilizar el arma contra usted.

— ¡Ha sido así!... ¡Ha sido así! — exclamó la señora Calthrop en un repentino ataque de desesperación.

— ¿Qué causas pueden haber inducido a ese hombre?... ¡Pudo darle la muerte a usted a quien no conocía!

La mujer se mordió los labios pero permaneció callada.

— ¿Conoce usted a este hombre? — preguntó de pronto el detective. — ¿Quién es?

Ella sacudió la cabeza.

— ¿Quién es usted?

Nuevo gesto negativo.

— ¿No responde?... Mi deber entonces es detenerla bajo la acusación de asesinato... por lo menos hasta que usted dé explicaciones...

Pero la mujer del traje color rubí permaneció en silencio.

— Agente, conduzca a esta señora — ordenó Mail. — Cuando llegue a la comisaría que la registren. Yo voy en seguida... Tengo aun algo que hacer aquí.

— ¿Usted me cree, Doris? — sollozó la señora Calthrop. — Soy inocente. Lo juro — agregó, y luego dirigiéndose a Mail dijo: — Esta joven no sabe nada... nada...

— Quiero creerlo así — asintió el detective.

— No la lleve usted a ella... adonde voy yo...

— Mi intención no es esa... por ahora — respondió Mail.

La muchacha vió como se llevaban a su amiga, a la que siguió con la mirada hasta que desapareció.

— Vamos a dejar libre a la joven por ahora — dijo en voz baja Mail a su compañero. — Le estableceremos una vigilancia para ver si descubrimos la identidad de la otra. Entre tanto revisemos nuevamente la habitación. Acaso descubramos algo.

Pero todo fué inútil; ni encontró clave alguna para orientarse, ni la señorita Ward abandonó su obstinado mutismo.

———

El misterio del Gran Hotel se convirtió en uno de los más importantes acontecimientos de Nueva York, y fueron numerosas las versiones que circularon al respecto.

¿Quién era aquella desconocida? ¿De dónde procedía? ¿Por qué llevaba consigo alhajas por valor de más de 50.000 dólares? ¿Cómo disponía de dinero suficiente para habitar un departamento tan costoso en uno de los principales hoteles? ¿Quién era aquella joven Ward? Los diarios hacían referencia a su hermosura y distinción. Pero a pesar de cuanto se hablaba y se escribía, el misterio continuaba siendo tan impenetrable como antes, después de varias semanas.

La señorita Ward adoptando otro nombre tuvo que procurarse medios para su subsistencia, pasados algunos días. Era una inteligente pianista y se dedicó a dar lecciones. Era una labor superior a sus fuerzas, pero había que vivir en alguna forma

Cuando Mail visitaba a la señora Calthrop en la celda donde se hallaba recluída siempre le dirigía las mismas preguntas.

— ¿Cómo está la señorita Ward?... ¿De qué vive?

Y el detective notaba que la mujer se cubría el rostro con las manos y sollozaba. Pero Mail, siguiendo un plan de conducta que esperaba le diese el resultado imaginado, respondía siempre con evasivas.

—Usted me ha preguntado en distintas ocasiones por la señorita Ward. — le dijo un día. — Estoy en situación de decirle algo... Se encuentra enferma... En los últimos días no ha podido dar sus lecciones de piano... Gana así con qué vivir... si vida puede llamarse la que lleva... Pero no puede seguir... El médico dice que fiebres...



— ¡Enferma! — exclamó la señora Calthrop. — Es necesario que vea usted en seguida al mejor doctor de Nueva York... Facilitarle cuanto necesite.

— Bueno — exclamó Mail, y girando sobre sus talones desapareció.

Pero volvió al día siguiente.

— Todas mis alhajas están en poder de ustedes — dijo la señora Calthrop. — Yo le autorizo para que las venda... cuantas sean necesarias, y emplear el dinero en atender a la señorita Ward.

— Están tasadas en 50.000 dólares. Una buena suma... ¿Pero cómo las tiene usted?... No me resuelvo...

Al siguiente día volvió a la carga diciendo.

— ¡Pobre muchacha! Hoy está peor... Si yo conociese alguien que se interesase por ella le escribiría... Pero...

— ¿Qué está usted diciendo? — le interrumpió la señora Calthrop.

— La verdad — prosiguió Mail. — Si hubiera en el mundo alguien que se interesase por ella debía estar ya a su lado... ¡Es cosa triste la vida!... No tener amigo alguno... Ver llegar la muerte...

— ¡Cállese!... ¡Por Dios!... No hable...

Mail permaneció en silencio mientras ella se puso en pie y comenzó a pasear nerviosamente por la celda. En su rostro se reflejaba una enorme angustia. Estaba pálida y las lágrimas corrían por sus mejillas.

— ¿Con dinero y cuidados lograría salvarse? — preguntó de repente.

— ¡Tal vez! — dijo Mail.

— Entonces voy a decirlo todo — exclamó ella.

— ¿Qué pretende conseguir con eso? — dijo, aparentando indiferencia, Mail.

— Verme libre... Correr a su lado... Prestarle mis cuidados... Hubiera preferido morir antes de revelar mi secreto... Pero su vida antes que todo...

— Por lo que sé de la señorita Ward, no creo que merezca tanto sacrificio — dijo Mail despectivamente.

— Yo adopté a esa joven hace tres años — comenzó diciendo la señora Caltrhop. — Estaba sola en el mundo, sin amigos ni familia. Algo me decía que podía confiar en su gratitud y que hallaría la felicidad que todos mis lujos y riquezas no podían proporcionarme... Yo estaba hambrienta de cariño...

— ¡Ah! — exclamó Mail. Las palabras aquéllas parecían haber transformado por completo a la mujer.— ¿Dice usted que es muy rica y que disfrutaba de mucho lujo?...

— Sí. Me llamo Carolina Esther Martin... Mi esposo es Train Martín...

— ¿Train Martín? — dijo Mail. — Pero Train Martín se casó con la hija de Brooks, el millonario de Chicago.

— Así es — interrumpió ella. — Yo soy la hija de Elgar Brooks... Su única hija. Me dejó heredera de toda la fortuna demostrando con ello que me perdonaba por mi matrimonio... ¡Oh! Si yo hubiera escuchado sus consejos...

— Train Martín — exclamó Mail — era uno de los más astutos delincuentes de este país... Muy hábil... Le sería cosa fácil engañar a una muchacha... Cuando se casó permaneció un tiempo tranquilo, hasta que hace siete años cometió un grave delito... Se le persiguió pero logró escapar y murió en California.

— Conociéndole mucho mejor que yo, mi padre dejó su fortuna en una forma que sólo yo podía disponer de ella... Quise ayudarle pero Martín...

— Sí. No se mortifique por demostrarme lo que era... Conozco muy bien toda su historia.

— Sin embargo ignora usted una cosa — interrumpió ella. — ¿Dice usted que Martín murió hace siete años en California?... Train Martín murió aquella noche en el hotel. Era el hombre a quien encontraron ustedes muerto en el piso décimoquinto...

— ¿De veras?

— Oigame. Yo amaba a Train Martín. Aun después de conocer quien era, no pude llegar a odiarlo... No dudo que se casó conmigo por el dinero, pero ¿acaso no me manifestó algún cariño?... Sí. Estoy convencida...

Después de permanecer un momento en silencio y retorciéndose las manos con desesperación pareció resolverse a apurar hasta el fin aquella copa de la amargura que suponía para ella dar a conocer su secreto.

— Siempre me alentó la esperanza de que cambiaría... Yo rezaba todas las noches pidiendo a Dios que lo transformase para que pudiéramos ser felices... Cuando nos separamos le escribía secretamente... y le mandaba dinero cuando me hacía saber que pasaba penas...

Hace varias semanas una nueva y fuerte esperanza me animó. Me escribió a Nueva York y me pedía que lo ayudase. Le envié dinero y luego resolví entrevistarme con él en la convicción de que mis palabras tendrían más fuerza que las cartas que le enviaba... La señorita Ward — su verdadero nombre es Seldam — no sabía nada de mi pasado. Resolví traerla conmigo y viajar con nombres supuestos para que nadie conociese el verdadero motivo de mi viaje... Por eso llegamos al hotel con los nombres de Calthrop y Ward.

— ¿Y se entrevistó usted con su esposo? — preguntó Mail.

— En varias ocasiones. Vivía con un nombre supuesto en una casa de la calle 24... Pero todas mis súplicas fueron inútiles... Estaba perdido y me habló en una forma que llevó el terror a mi corazón. ¿Qué estaba haciendo aquella noche cuando entré en mi habitación? Estaba vuelto de espaldas a la puerta, pero yo lo reconocí en seguida... lo reconocí cuando me miró, a pesar de su horrible disfraz... Tenía mi revólver en la mano... Avancé hacia él y entonces...

Su voz vaciló un momento; se comprendía la lucha que mantenía interiormente.

— ...colocó el revólver junto a la sien y disparó... Pienso que fué un momento de locura... Yo no lo sentí... Casi me alegré... Había ido hasta allí para robarme las joyas... Sabía que siempre las llevaba... Estaba registrando mi escritorio cuando entré... Entonces me asaltó una horrible idea... Lo iban a encontrar muerto allí. Si se descubría que era mi esposo verían que había muerto como un ladrón... Me incliné hacia él y registré sus bolsillos... Rápidamente saqué todas las alhajas que se había guardado ocultándolas en mi pecho. Un minuto más y hubiera podido quitarle la peluca y la barba y esconderlas... Pero era ya tarde... ¡Esa es toda la verdad!

Al terminar su relato miró a Mail.

— ¿Me cree usted? — preguntó.

— Palabra por palabra — respondió el detective con firmeza. — Ahora voy a retirarme. Pronto estaré de vuelta. Entre tanto voy a enviarle una persona para que le traiga cuanto necesite para salir de aquí.

Antes de una hora estaba de regreso.

— Todo está ya arreglado — dijo. — Se ha comprobado la identidad de Train Martín, así como su suicidio; su relato explica todo lo demás... He logrado que sea usted puesta en libertad... Vamos.

Había un automóvil esperando en la puerta de la prisión y en cuanto entraron los dos el vehículo se puso en marcha.

— He dispuesto que el doctor Phelpson, una eminencia en enfermedades nerviosas, visite a la señorita Seldam... Tiene a su lado una buena enfermera... Todo ello de acuerdo con sus indicaciones... ¿He hecho bien?... Parece encontrarse mejor...

Ella no respondió pero le estrechó la mano en silencio.

POR C. J. Y ANA O. TITBBITS

DIBUJOS DE MACAYA.

NOVIAZGOS

Por

Humberto de Campos

Traducción de Juan Lus Noté.

DIBUJO DE REQUENA ESCALADA



Las personas que no son del todo ciegas ni del todo olvidadizas ya habrán observado, con seguridad, la cantidad de noviazgos crónicos existentes en Río de Janeiro. Un buen día, o una buena noche, un joven encuentrase en un salón de baile, o en una tribuna de «football», o en la misma Avenida, con una graciosa chica que lo encara con simpatía. Hechas las presentaciones protocolares, o dispensadas éstas, pasa el galán a encontrarse con la pequeña en las casas de te, en los vestíbulos de los cinemas o en la playa, hasta introducirse en casa de los padres, como íntimo de la familia. Andando juntos, paseando juntos, pegaditos, mezcladitos, agarraditos, todo el mundo los considera novios, dando, por consiguiente, la noticia a los diarios. A sus conocidos, ella presenta a él:

— Mi novio, el señor Práxedes.

A los amigos, el caballero repite:

— Mi novia, la señorita Sinforosa.

Entre tanto, los meses van pasando, uno a uno, como las cuentas de un rosario, hasta que un día el padre o la madre de la muchacha aborda al personaje:

— Señor Práxedes: tenemos que hacer un viaje y es preciso que su casamiento con nuestra hija se realice antes de nuestra partida. ¿Para cuándo podemos señalarlo?

Al día siguiente el señor Práxedes ausentase, sin más explicaciones, de la casa de Sinforosa, quien trata de encontrar otro novio.

Documentando este abuso existe aquella famosa historia del sujeto que cortejaba a la hija de una viuda, y a quien ésta, extrañada por las excesivas libertades del «pirata», interpeló un día:

— Doctor Moreira, usted está enamorando a mi hija. ¿Es para casarse, o para qué es?

El Don Juan extremecióse de pies a cabeza, mas, recobrando de pronto su sangre fría, respondió con firmeza:

— ¡Es... «para lo que es», mi señora.

Y desapareció.

Los casos de este género son, sin embargo, tan abundantes, tan frecuentes y tan numerosos que los encontramos a diario en los dominios de la misma realidad. Todavía ayer, muy cerca de la mesa en que yo tomaba mi te de todas las tardes, conversaban dos jovenzuelos acerca de algunas niñas que acababan de entrar en ese momento en el mismo salón. Refiriéndose a la más agraciada, uno, el más nuevo, observó al otro:

— Ella, ¿ya fué tu novia?...

— Fué, sí.

— ¿Cuánto tiempo?

— Dos años y medio.

Hecha una pausa, el otro insistió:

— ¿Por qué deshiciste el compromiso?

Y el ex novio:

— ¡Porque ella se quería... casar!

Y como si nada hubiese ocurrido, cada cual continuó, en silencio, tomando su te...



EL REFLEJO DEL AMOR

POR HUGUETTE GARNIER

Mira: ¡Claudina olvidó su cartera!

Revisando el taller de costura, después de retirarse la obrera que trabajaba a jornal, la señora de Pintois, a quien llamaban «La serpiente», acababa de descubrir, bajo unos trapos, una pobre cartera de cuero usado, inflado, y que recordaba la rodillera de los viejos pantalones.

La señora de Pintois, flaca burguesa, enrulada con moños de papel, de nariz puntiaguda sobre la que balanceábanse unos lentes, no dudó un instante y abrió la cartera, y, sin la sombra del más mínimo escrúpulo, la revisó.

De adentro extrajo, ante todo, un pañuelo del que cayeron unas migas de pan, una libreta de apuntes, una lima de uñas, un rosario; luego, conservada entre dos hojas de papel blanco, una carta escrita en fino papel azul.

La señora de Pintois la abrió, y tal fué su sorpresa que se le repitió el ataque de asma que le venía al subir siempre la rue Haute. Tres palabras bailaban ante sus ojos: «Mi bien amada».

Estupefacta, limpió los cristales de sus lentes y prosiguió la lectura. La carta no se diferenciaba grandemente de la mayoría de estas esquelas en que los amantes evocan momentos felices y elogian, en detalle, la belleza de la elegida. Los cabellos de oro, la piel de nácar, la boca de clavel de la prometida, descritos con minuciosidad, merecían, uno tras otro, un elogio especial.

— ¡¿Se habrá visto cosa igual?!...

Quince años iban a cumplirse dentro de poco que ella empleaba los servicios de Claudina y jamás hubiera supuesto que podía tener una aventura. Sus costumbres, su rostro poco favorecido, hacían creer que era una «persona segura». «La serpiente» no recordaba sino de la huérfana de veinte años llegando a su casa y sentándose cumplidamente a la máquina de coser. Tal vez en ese entonces la señorita hubiera sido fina y hermosa, pero ella tenía una manera de ser tan reservada y modesta que la hacían pasar inadvertida. Hoy ella llevaba con melancólica dignidad sus treinta y cinco años. ¡Quién hubiera creído semejante cosa!...

— ¡Cómo encubría su manejo!... Debió, ser sin duda, vez pasada, cuando estuvo en París...

La señora de Pintois esperó con impaciencia la vuelta de su esposo. Tenía al fin una noticia que anunciarle. ¡Pasaban tan pocas cosas en Saint Mandrés!...

No bien se sentaron a la mesa, aquella preguntó con cierto tono de indiferencia:

— ¿Qué es lo que piensas de Claudina Dollet?

El señor Pintois anudóse la servilleta y respondió sin apresurarse:

— Una buena muchacha... un poco tonta nada más.

«La serpiente» hizo oir un pequeño silbido agudo que le servía de risa.

— ¿Sí?... Está bien... ¡No hay que fiarse de

las apariencias! Claudina no es, o no ha sido, tan seria como te lo imaginas...

Y añadió, irónicamente:

—... Y hasta parece, por otra parte, que posee un cuerpo ideal y que sus besos son deliciosos...

El señor Pintois, fuera de sí, dejó caer la cuchara, y Alberto, adolescente forunculoso, único fruto de los amores del matrimonio, comenzó a interesarse en la conversación. Todavía ésta duraba cuando el doctor Goniche, soltero sin esperanzas, en ese rincón perdido de provincia, vino, al fin de la cena ya, a tomar el café con sus vecinos. En seguida se le puso al corriente de lo que se hablaba.

—¡Con que así! ¡Créalo usted... esta Claudina!...

La señora Pintois, que parecía gozar de un placer inefable, leyó por tercera vez la carta. Cuando subrayó con un comentario malévolo la última frase, volvióse hacia su huésped:

—¿Qué me cuenta usted de todo esto?

El doctor no decía nada, pensativo. Cuando hubo desprendido lentamente la ceniza de su cigarro dirigióse al dueño de casa y, como si descubriera una verdad por la primera vez enunciada, dió su veredicto inesperado:

—A la verdad que no está mal.

La lectora alzó las espaldas. ¡No se trataba de eso! Decididamente este doctor envejecía.

Al día siguiente Claudina vino a la hora habitual y preguntó tímidamente: «¿No han encontrado mi cartera?». «La serpiente» respondió inocentemente que no se había entrado al cuarto de labores desde la víspera. Si había olvidado la cartera todavía debía hallarse donde la dejara. La aturdida, mucho más tranquila, halló la cartera en el mismo sitio.

Por cierto la señora de Pintois no había escondido el secreto develado. Todas las señoras de la ciudad, conociendo la aventura, enriquecíanla, al pasar los días, con nuevos detalles. Sin que adivinara el motivo, la señorita Dollet adquiría contornos heroicos. Deshonrada, era ahora alguien. Se hablaba de ella en el «Círculo del Comercio y de la Esperanza». Hasta aquellos que no la habían visto convinieron que sus maneras reservadas e hipócritas le daban un mayor interés a la enamorada. Descubrióse en su andar un cierto movimiento de caderas que «decía mucho», y en sus ojos una languidez sentimental.

Claudina sorprendíase al recibir tantas visitas masculinas en la pieza donde trabajaba. Ya fuese en casa del capitán Ganerín, ya en la de la señora Lautror. En lo del doctor Goniche, a quien ella daba ahora todos sus lunes, no era raro que el dueño de casa entrara para hacerse poner un botón o coser la corbata. Alberto Pintois, al acercarse a la máquina de coser, adoptaba poses de una elegancia rara.

La obrera no descubría las razones de un cambio más bien agradable y del que se envanecía íntimamente. Preocupóse un poco más de su tocado; agregó un cuello blanco a su blusa negra, ahora descotada en línea de corazón; compró extracto de violetas y añadió, en un gesto audaz, dos alas de plumas azules a su sombrero.

Su rostro, bajo la insistencia de las miradas, coloreábase, adquiría una otra juventud. Los días le parecieron menos monótonos. No se aburrió más.

Lo que más le agradaba era ir a casa del doctor Goniche. En vez de hacerle llevar la comida a la pieza de costuras, el solterón la hacía sentar a su mesa. Sentado en frente de ella, le pasa-

abajo de ellos. Sus discursos carecían de imaginación. Daba la sensación, siempre, de estar al borde de hacer saber algo interesante cuya idea le atormentaba y que se resignaba por fin a dejarlo para ocho días más tarde. Por otra parte, Claudina, discreta, sentada al borde de la silla no lo estimulaba.

Un día él le anunció, agresivo, con la violencia de los tímidos:

—¡Voy a cumplir cincuenta y seis años!

Claudina se inclinó cortésmente, no sabiendo bien si debía afligirse o alegrarse.

Su presencia en la casa descuidada, a cargo de una sirvienta vieja, aportaba una nota de bienestar. Cuando Claudina hubo repasado y zurcido los trajes del doctor, la ropa del doctor y los calcetines del doctor, ocupóse en arreglar la casa. Apareció sucesivamente un mantel hecho en punto de cadena, una cortina sacada de un retazo de hilo viejo, un respaldo de silla donde una mariposa bordada bebía néctar de una rosa de algodón.

El doctor examinó perplejo el lindo trabajo a la aguja. Durante toda la comida pareció preocupado. Sin duda alguna iba a adoptar una gran decisión.

A eso de las cuatro, mientras Claudina confeccionaba con retazos diferentes un cubre-chimenea, entró más grave que nunca, sentóse cerca de ella y le dijo mostrándole el trabajo:

—¡Qué lindo es eso!

Luego, sin ninguna transición, tomó la mano de Claudina, la apretó con fuerza e imploró con la voz ya cambiada:

—¡Dígame que no lo ama más!

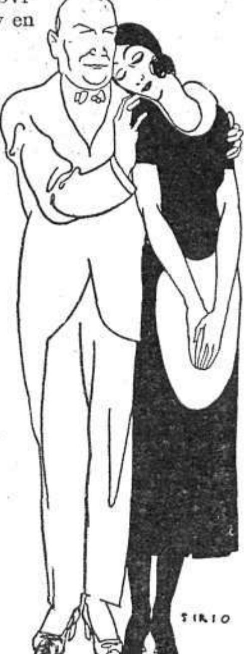
Claudina quedó perpleja. Para evitarle una penosa confesión el doctor precisaba: «Todo el mundo conoce su aventura. Pero yo creo que fué una tontería de chicuela y no por eso dejé de estimarla. La he podido apreciar de cerca y sé que es honesta y valerosa». Claudina comprendía menos y lo miraba aterrada. El doctor tuvo que revelar de pronto «el hallazgo» de la señora de Pintois.

Claudina, roja de vergüenza, la cabeza entre las manos, sollozaba. Hubiera querido gritar que la carta no le estaba dirigida. La había encontrado una tarde en la calle y la había guardado sin saber por qué. La leía pensando en las mujeres felices. Las palabras no cantaban para ella... pero no obstante, ella amaba su canción. ¡Y lo habían creído!...

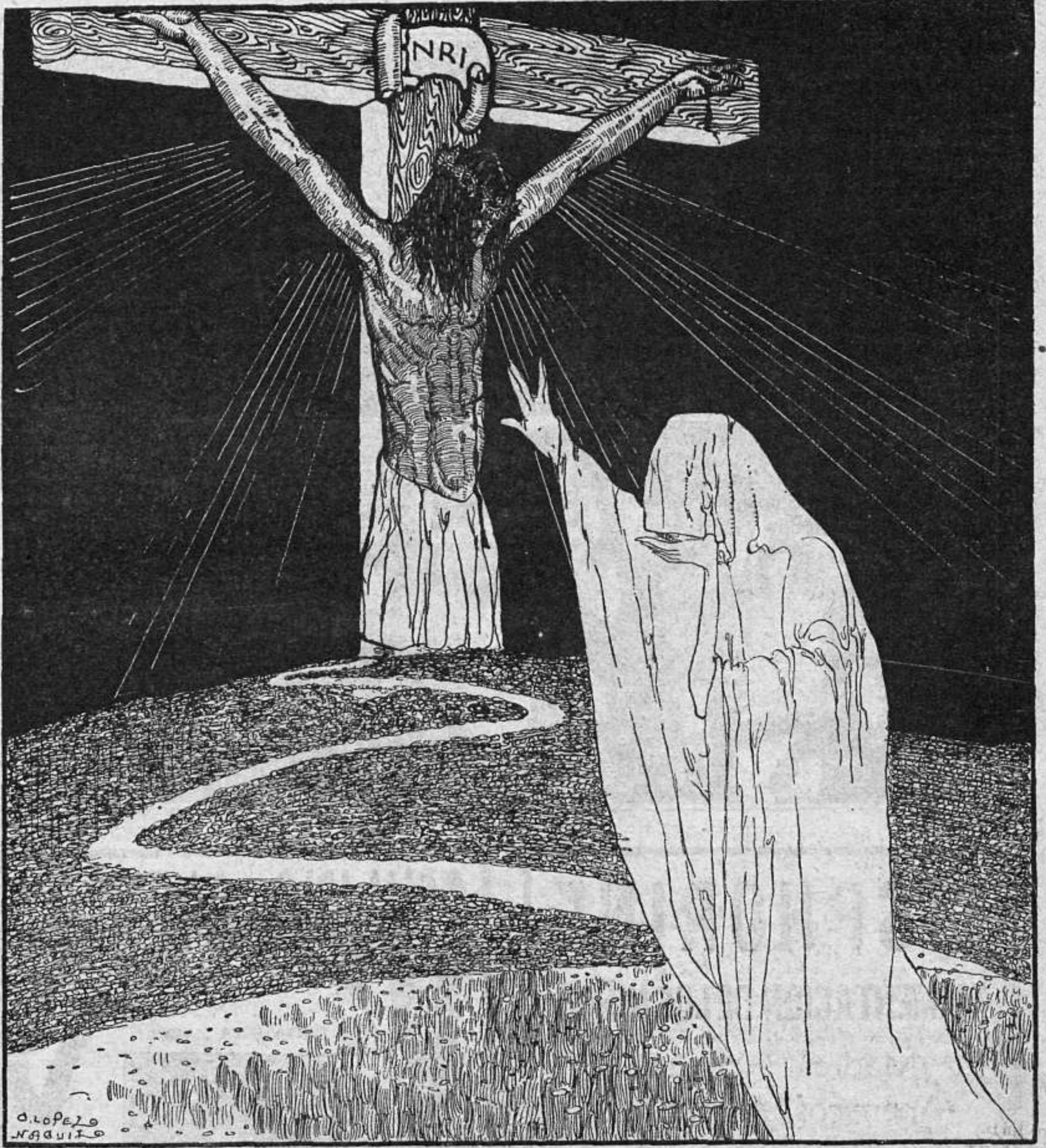
Oía entre su llanto, vagamente, al doctor prometerle el olvido del pasado y ofrecerle un porvenir mejor. Hubiera podido justificarse, más una intuición profundamente femenina la retuvo. Las tiernas palabras del doctor no eran para la Claudina sin reproche sino para la pecadora que había tocado el amor. Y era este reflejo del amor quien la vestía de una gracia inédita. ¿Iría ella, por ser verídica, a romper el encanto para volver a ser la casta señorita Dollet, una solterona de quien ya nadie se preocupaba? Sintióse sin coraje para continuar la ruta enteramente sola.

Oía, la cabeza perdida, a su suspirante hacer proyecto tras proyecto. Una nueva vida abríase ante sus ojos. Era su desquite. ¡Tal vez un matrimonio más tarde!...

Sin querer desengañarlo, Claudina inclinó su cabeza sobre el hombro del hombre viejo en el mismo momento en que la señora de Pintois, parlanchina, ignorando todavía la felicidad que le debían, anatematizaba la desvergüenza y comenzaba, por la centésima vez a contar con todo lujo de deta-



TRADUCCIÓN DE B. DE LAÓN



I N V O C A C I Ó N

I

Jesús, Luz de cordura, Pía llama,
Lumbre de Eternidad ardiendo sobre
Los ásperos senderos
Del mundo, en vano.

Nocturna lobreguez en lo más hondo
De las almas impera. Estéril fué
Tu Palabra y Tu Cruz
De obscuros brazos.

Jesús: en la conciencia humana yaces,
Como en la cumbre del funesto monte
En donde padeciste,
Crucificado.

II

Vano sería el anatema y vana,
Si de ella te valieses, la iracundia.
Jesús, *los hombres hoy*
A nada temen.

Sufrirías tormento más horrible
Que el que sufriste ayer, sin merecerlo.
No en negra cruz clavado
Por mano aleve:

Sobre el tablado de Arlequín, dariante,
Como a mortal tocado de demencia,
A fuerza de sarcasmos,
Obscura muerte.

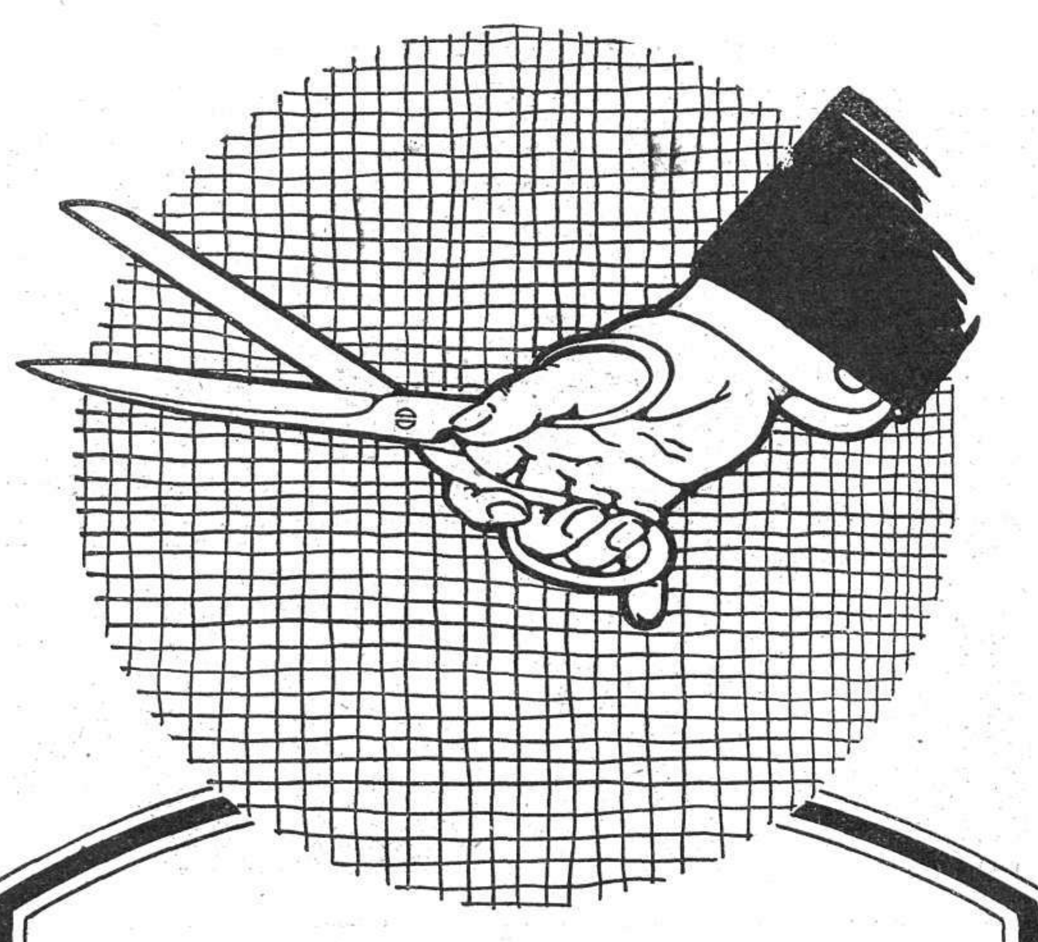
E U G E N I O   J U L I O   I G L E S I A S

D I B U J O   D E   L Ó P E Z   N A G U I L



Salón del Circulo de Aragón durante el festival artístico y danzante organizado por la sociedad recreativa Los Amantes del Rosedal, conmemorando el 2.° aniversario de su fundación.

Concurrentes a la velada familiar danzante organizada por la comisión directiva de la sociedad recreativa Paz y Alegría en honor de sus numerosos asociados.



Corte el mal de una vez

No ande con rodeos probando unas y otras cosas que no le dan resultado y con las cuales sólo consigue mortificarse inútilmente. Empiece de inmediato un tratamiento serio y enérgico que acabe radicalmente con las enfermedades que le aquejan.

IPERBIOTINA
MALESCI

Cura los males nerviosos y especialmente la neurastenia, da fuerzas a los músculos, vigoriza la sangre y en general rejuvenece el cuerpo y lleva nuevas energías al espíritu. Es un preparado lleno de vitalidad y de salud.

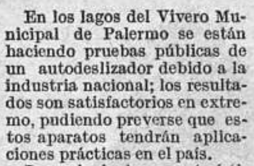
VENTA EN DROGUERIAS Y FARMACIAS

Preparación Patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci - Firenze (Italia). Inscripta en la Farmacopea Oficial del Reino de Italia.

Unico Concesionario Importador en la República Argentina:

Viamonte, 871 - M. C. de MONACO - Buenos Aires

Industria nacional



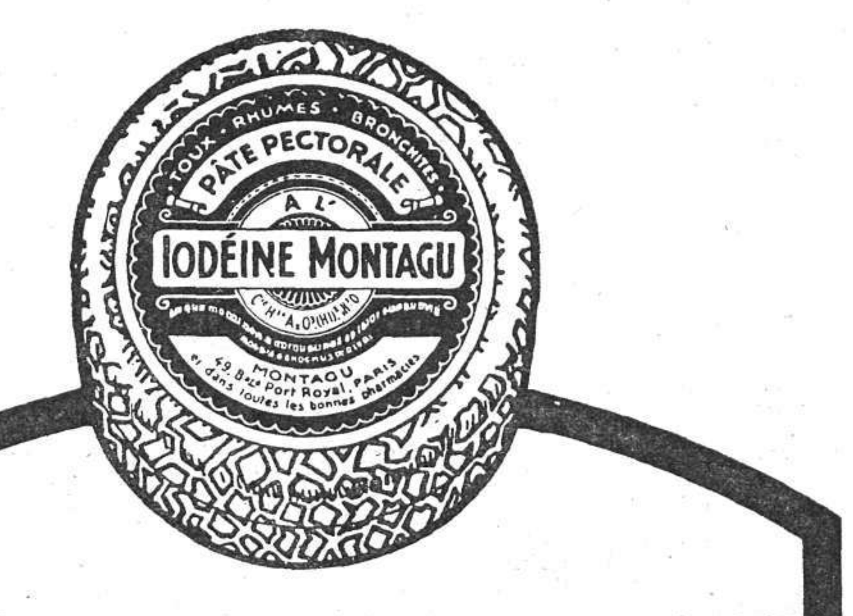
En los lagos del Vivero Municipal de Palermo se están haciendo pruebas públicas de un autodeslizador debido a la industria nacional; los resultados son satisfactorios en extremo, pudiendo preverse que estos aparatos tendrán aplicaciones prácticas en el país.

Las principales características de este aparato son: largo 4 metros y 85 centímetros, ancho 2 metros 5 centímetros, calado en reposo 10 centímetros, desarrollando una velocidad de 20 a 25 kilómetros por hora en el agua y 105 kilómetros por hora en tierra.

Para transformar el aparato de automóvil a autodeslizador se demora como máximo una hora. El propulsor es aéreo, lo que asegura una navegación sin obstáculos de ninguna especie por ríos, lagunas, etc.



El señor R. Alabarbe, maniobrando en su aparato.



Toser en el templo

donde los ruidos retumban con tanta sonoridad, es casi una falta de respeto y muy molesta está la persona que tose. Aparte del efecto que causa es preciso pensar en la salud. En los templos a menudo hace frío y el que entra con un resfrío puede salir con una bronquitis. Para curar la tos nada mejor que las

Pastillas iodeína Montagu

ya sea que esa tos provenga de cosquilleo de garganta o de los bronquios. La acción de este remedio es certera y segura, sin dañar el estómago. En caso de bronquitis, asma, enfisema, laringitis, ronquera, etc. es el remedio que Vd. debe emplear.

Farmacia Franco-Inglesa

La mayor del mundo

Sarmiento y Florida **Buenos Aires**

Carta contestada

Por

Félix Esteban Cichero

Augusto Larrarti concibió un matrimonio digno de su inteligencia y reputación artística, si su «otra mitad», la escritora Emilia Bazin, correspondía a su propósito amoroso. La idea trabajó su espíritu hasta que un día, interrumpiendo el modelado de la obra fundamental en que trabajaba, e inquieto por la ilusión de concretar su matrimonio, escribió a la novelista la siguiente carta:

«Mi vida, según su concepto, es un abismo; la suya, según mi pensamiento del momento, también se concreta en eso: otro abismo. Pero un latín conocido dice que los abismos se invocan. («Avisus avissum invocat»). Y desde el fondo de mi corazón (mi abismo), invoco su amor.

«Mi arte no me ha permitido hacer una sola farsa; esto parece destinado a decir que soy la verdad plasmada en vida como la plasmo en arcilla. Y con ser usted la *novela misma*, espero de usted la vida. Quiero decir que yo puedo ser una página de su próxima obra y usted el modelo real con que me ofrende la naturaleza el motivo de mi triunfo.

«De humanos es amar; la humanidad debe pertenecernos. La vida, sin la inquietud de querer, perdería su principal valor. Al quererla no se ha definido en mi corazón una romanza ni una fábula; se ha establecido simplemente una corriente de sentimientos que nos da carácter y nos quita la obscuridad que puso en *nosotros* un poco de ese aspecto sombrío que nos hizo pensar alguna vez en que, dentro del género, éramos dos abismos...

«Por quererla a usted, Emilia Bazin, dejo de adorar mi «Inmortal». Y la idea de conquistar, con su alma, su vida, me aproxima más al porvenir. Queriéndola tanto, sueño menos. Vivo más, porque me siento más humano. Su amor me haría menos divino, pero más feliz.»

Leída esta carta, Emilia Bazin meditó una hora, al cabo de la cual contestó a Augusto Larrarti *en los siguientes términos:*

«Profanaría mi alma si le aceptara a usted por marido. Admirándole como artista, no puedo asumir el papel principal y constituirme en su dictadora... En el matrimonio, Augusto Larrarti, no dirige el hombre: debe mandar la mujer. Para armonizar, el esposo debe desistir de la superioridad que le acuerda la ley. Además, nosotros somos demasiado inteligentes para entendernos...

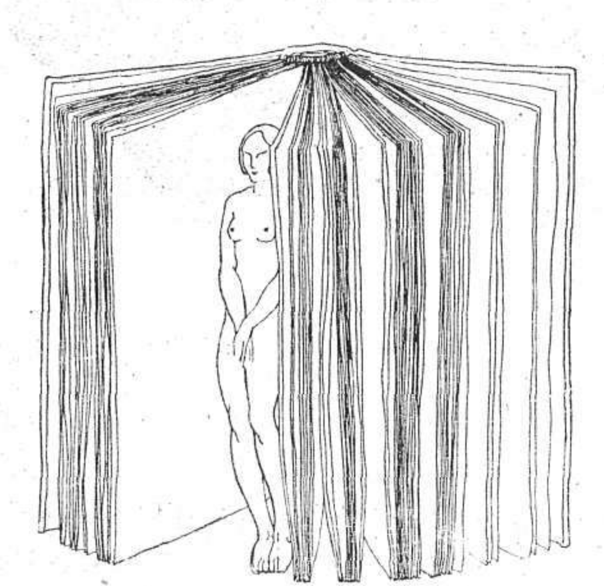
«El matrimonio es un bien cuando liga la ignorancia a la inteligencia, la inercia al trabajo, la fealdad a la belleza... La teoría puede pertenecer a Schopenhauer, pero la generosidad que difunde en la práctica no corresponde al filósofo. Un matri*monio de artistas tiene* que ser, necesariamente, un desastre. Quiero evitarle una desgracia, y esto sólo lo obtendré rehusando su propuesta. Su latín existe, ciertamente; pero de la invocación de los abismos no puede surgir una aurora.

«Le sigo admirando y prometo dedicarle mi próxima novela. Jugaremos sus principales papeles en ella y conseguiré que su fábula se parezca a la verdad.

«Augusto Larrarti: mientras el espíritu me coloca a su lado, prudentemente alejo de los suyos mis labios.»

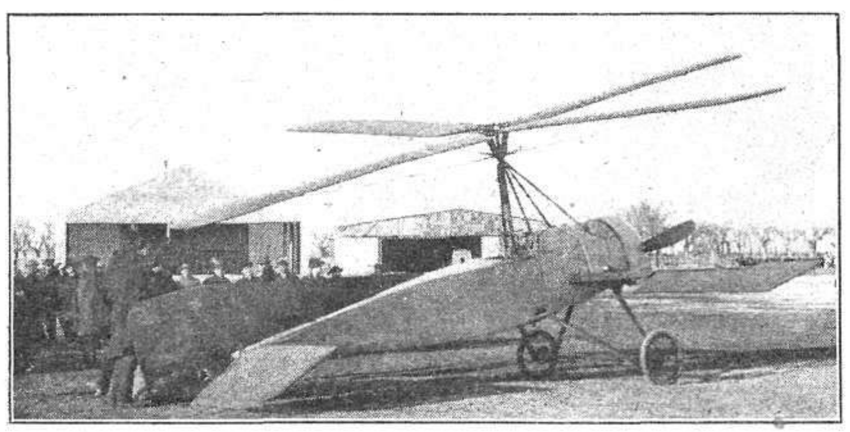
El, después de leer una sola vez esta carta, estrujóla lentamente entre su mano y la arrojó a la estufa. La ondulante y azulada llamita que produjo al quemarse, no por efímera dejó de templar el ambiente... Así fué como sintió pasar su amor.






LICOR DE LOS 8 HERMANOS
"No repite". Por más que se repita la bebida de este licor higienico-estomacal. hecho que comprueba la ausencia de flegmas y esenciales. cuya depuración constituye el secreto de fábrica. y hace que sea este el licor mas fino que se conoce.
8

Un nuevo aparato aeronáutico



El autogiro no es un helicóptero, aunque por su configuración exterior pudiera parecerlo, pues ambos aparatos carecen de alas, pero éste se diferencia esencialmente del helicóptero en que no hay esfuerzo mecánico aplicado directamente sobre la hélice sustentadora, la cual suple ventajosamente en el autogiro a las alas. Uno de los fines que se propuso el inventor ingeniero La Cierva al idear este aparato fué resolver el problema de la toma de tierra con el motor parado, con velocidades horizontales mínimas, del orden de 10 kilómetros por hora, y con velocidad vertical máxima no superior a la que produce la caída en el vacío desde 0.70 metros de altura. Además, la utilización íntegra y directa del importante efecto giroscópico desarrollado por el único sustentador que obra de *freno de balances*, y otras condiciones del aparato, han de permitirle efectuar vuelos en condiciones de seguridad muy superiores a las del aeroplano, y no inferiores a las del helicóptero teórico.

Los ensayos en 1921 fueron lo suficientemente satisfactorios para hacer concebir fundadas esperanzas, que han aumentado en los nuevos ensayos que tuvieron lugar en el aeródromo de Cuatro Vientos. El autogiro, piloteado por el experto aviador militar don Alejandro G. Spencer, efectuó primeramente una *línea recta* de tanteo; luego despegó francamente y aterrizó después con visible lentitud. El mismo ensayo se repitió luego dos veces.

Las tomas de tierra fueron perfectas y la estabilidad del autogiro mucho mayor que la de un aeroplano, en opinión de su piloto.

El aparato efectuó en uno de sus tres vuelos un recorrido de cuatro kilómetros en circuito cerrado en un tiempo de 3 minutos, 30 segundos, elevándose a una altura superior a 25 metros sobre el suelo.

La Escuela Industrial de Madrid construye un autogiro capaz de transportar un pasajero además del piloto, y con él se determinará con exactitud el rendimiento del aparato, que hasta hoy parece ser análogo al de un aeroplano. Las ventejas sobre éstos, en cuanto a autoestabilidad y toma de tierra está demostrada.



Una estrella del cine aconseja a las mujeres.

Por GLORIA.

(Dibujo por Penrhyn Stanlaws)

Para evitar el Vello.

Es cosa muy fácil hacer desaparecer temporalmente el vello; pero evitar definitivamente esa innec saria abundancia de pelo es ya otro problema diferente. No son muchas las damas que conocen los satisfactorios efectos que para ese resultado produce una substancia tan sencilla como el porlac pulverizado aplicado directamente al pelo. Este tratamiento se recomienda no sólo para hacer desaparecer al instante el vello o las superfluidades del cabello, sino para matar sus raíces por completo. Casi todos los boticarios pueden venderle a usted una onza de porlac, cantidad suficiente para el experimento.

Por qué las actrices nunca envejecen.

De todo lo concerniente a la profesión teatral nada hay más enigmático para el público que la perpetua juventud de sus mujeres. Con cuánta frecuencia oímos decir: «¡Cómo, si la vi hace cuarenta años en el papel de Julieta y no representa un año más de edad ahora!» Naturalmente, hay que tener en cuenta la manera de caracterizarse; pero cuando se nos ve de cerca, fuera del escenario, necesita la gente otra explicación. ¡Qué extraño es que la generalidad de las mujeres no hayan aprendido el secreto de conservar la cara joven! ¡Y qué cosa tan sencilla es comprar un poco de cera pura mercolizada en la botica, aplicársela al cutis como cold cream y quitársela con agua por la mañana! Este procedimiento absorbe gradual e imperceptiblemente la cutícula vieja, y deja el cutis nuevo y fresco, libre de pequeñas arrugas, palidez y excesiva rojura. Este uso de cera mercolizada es también la razón del porqué las actrices no tienen la cara desfigurada con manchas, barrillos, etc. ¿Por qué nuestras hermanas del otro lado de las candilejas no aprenden esta lección y se aprovechan de ella?

Cabelleras Onduladas.

Pocas personas saben que el stallax puede ser usado como shampoo y que es mucho mejor para este propósito que cualquiera otra substancia. Tiene una natural afinidad con el cabello dejándolo lustroso, aterciopelado y pronunciadamente ondulado. Una cucharadita de las de café llena de stallax granulado, disuelta en una taza de agua caliente, es más que suficiente para el objeto. El stallax legítimo se vende en las farmacias, sólo en latas selladas, conteniendo una cantidad suficiente para hacer de veinticinco a treinta shampoo. La brillantez que confiere al cabello es completamente inimitable e indescriptible.

Se acabaron las Canas.

No es necesario recurrir a los tan discutidos tintes del cabello para no tener canas. Las canas pueden recuperar fácilmente el color natural del resto del pelo con sólo usar durante pocos días de la aplicación de un remedio casero, al estilo antiguo, tan sencillo como inofensivo. Compre usted en seguida en casa de su boticario dos onzas de tammalite concentrada y mézclelas con tres onzas de ron o de espíritu de laurel. Aplique la loción al cabello unas cuantas veces con una esponjita, y verá usted con placer que al cabo de pocos días las canas que usted tenga van recobrando gradualmente el primitivo color del cabello. La loción es muy agradable, nada grasienta ni pegajosa y no hace daño en ninguna forma al cabello.

Un secreto contra los Barrillos.

Los puntos negros, cutis grasientos y extensión de los poros del rostro son molestias que generalmente nos asaltan juntas, pero podemos combatirlas al instante por medio de un nuevo y único procedimiento. Se echa en un vaso de agua una tableta de stymol (de venta en las boticas) que produce vivamente una rizada espuma. Cuando la efervescencia ha pasado se baña el rostro con el agua «estimolizada» y después se seca con una toalla. Los intrusos puntos negros salen espontáneamente y desaparecen en la toalla, y los grandes poros grasientos se contraen como por encanto y se borran de la cara. No se produce ninguna opresión, fuerza o acción violenta. El cutis no sufre daño alguno y queda alisado, blando y fresco. Unos cuantos de estos tratamientos, con intervalos de tres o cuatro días, dan permanencia a esta belleza y se obtiene rápidamente la limpieza del rostro.

De Lomas de Zamora



Federico Díaz, gravemente herido.

El cuerpo de la víctima.

Manuel Rey, alevosamente asesinado.

La proverbial tranquilidad de Lomas de Zamora hase visto turbada de un tiempo a esta parte por una racha de actos delictuosos, cuya culminación ha sido el hecho sangriento que ilustra esta página y en la que, además de haber un herido grave, perdió la vida un joven obrero.

Por motivos que se ignoran, el obrero panadero José Salas descargó su revólver sobre los compañeros de trabajo Manuel Rey y Federico Díaz, hiriendo mortalmente al primero y gravemente al segundo.

El feroz asesino, que pertenece al gremio de panaderos, pudo eludir la acción de la policía huyendo, pero, dado la actividad de las gestiones policiales, se espera la pronta detención del criminal.


RESFRIOL
El resfrío hay que combatirlo desde su aparición sin darle tregua. Así se acorta su duración, y se evitan sus consecuencias.
Use usted el "RESFRIOL" que es de uso cómodo, y su eficacia está bien probada.
EN VENTA:
DROGUERIA DE LA ESTRELLA Ltda.
DEFENSA 215,
sus Secciones, y en todas las buenas Farmacias y Droguerías.
SERRANO.

La gran muralla de la China



Es la obra más gigantesca que ha producido el esfuerzo humano. Para evitar las irrupciones de las hordas nómadas que pululaban al norte de la China 200 años antes de J. C., 300.000 hombres en sólo 15 años levantaron la enorme muralla, cuya altura media es de 6 a 8 metros, y proporcionado espesor, en una extensión aproximada de 250 millas contadas en línea recta por el paralelo, lo que supone bastante más dadas las sinuosidades del trazado. Nuestro gráfico da una noción más sugestiva del colosal trabajo. Sobre el mapa del continente sudamericano, con gruesa línea se ha trazado, como suponiéndola construída aquí, la gran muralla, la cual arrancando de Valparaiso cruzaría Chile, la Argentina, Uruguay y terminaría en Río Grande del Brasil, dividiendo en dos el continente desde el Océano Pacífico al Océano Atlántico.

La danza de las joyas

OR supuesto, usted baila por amor al arte, señorita *Dawnish.*

— ¡Por amor al dinero! — contestó Diamond Dawnish riendo alegremente. — Una degradación, ¿no es cierto, lady Bolling?... ¡pero es lo cierto!

Hugh Gillespie, el doctor de abordo en el *Mariana,* levantó por un momento la vista del libro atraído por la casi exagerada franqueza del tono de la joven. La belleza de Diamond Dawnish no tenía mayor atractivo para el joven médico.

Pero, sin embargo, se detuvo a mirarla mientras hablaba.

— Necesito dinero forzosamente, y no me importa que lo sepan. Por eso me dediqué profesionalmente al baile. La gente tonta cree que es necesario tener valor para ganarse el sustento; como si a mí me importara algo; basta que gane los suficiente para que mi padre pueda ser feliz en sus últimos años... ¡Pobre papá!

Vibraban sus últimas palabras con tierna expresión. Después rió, medio avergonzada, y se dejó caer en el sillón de la cubierta.

— Soy una tonta demasiado sentimental — dijo. — No sé que pensarán ustedes de mí.

— Creo que sir Daniel debería estar muy orgulloso de su linda hija — contestó lady Bolling, afectuosamente.

— Supongo qué ustedes querían verme bailar? — dijo Diamond poniendo un tono burlón en su voz.

— Justamente es lo que deseábamos. Todos queremos verla bailar... Si usted pudiera darnos ese placer.

— Realmente es una cuestión de «poder». No me atrevería mientras el buque está en movimiento. Soy muy poco marinera... y sólo paramos en Gibraltar por unas pocas horas durante el día.

— Pero tenemos Nápoles — interpuso Hugh Gillespie. — Pasaremos allí todo el día hasta la media noche.

— Caramba, esa es entonces la oportunidad para una fiestecita. ¡Nápoles... tan romántico! — exclamó la señora de Wentworth juntando las manos con una expresión de entusiasmo. — Y tal vez usted no tendría inconveniente en que yo hiciera una colecta para la Casa de los Desvalidos de Swansdown... ¡tan excelente caridad!

— Con el mayor gusto. Ahora déjeme ver... ¿cuál de mis danzas? La «Fantasía del sueño», o tal vez... ¡qué lástima! No puedo darles la mejor de mis danzas.

— ¿Cuál es?

— Me gustaría tanto que ustedes vieran «La danza de las joyas». Pero sería imposible sin el vestido.

— ¿No lo ha traído con usted?

— No; es casi todo de joyas... falsas, claro. Pero son absolutamente esenciales, muchas... infinidad de ellas.

— Pero, mi querida señorita Dawnish, seguramente que podríamos prestarle todas las joyas que necesite — interpuso lady Bolling impulsivamente.

— ¡De ningún modo! — contestó Diamond resueltamente.—No bailaría con joyas de verdadero valor.

— Pero podríamos coserlas. ¡Oh, tiene que acceder! Yo le presto mi collar de brillantes y zafiros y mi corona de brillantes sobre laureles.

— Y mi mariposa de piedras — agregó la señora de Wentworth. — Se la prestaría con el mayor gusto. La señora de Brook le prestaría sus esmeraldas, y la señora de...

— Son ustedes demasiado amables — dijo la joven con evidente disgusto. — Hagamos así, entonces. Si todas tienen tantos deseos como ustedes, me pondré las joyas por quince minutos, a condición de que la camarera las cosa al vestido con la mayor seguridad posible.

— Entonces queda arreglado. ¡Qué bien! Y ahora iremos a dar la buena noticia y a recoger las joyas.

Las dos señoras desaparecieron, dejando a Diamond y el doctor solos. Por un momento la joven quedó inmóvil, con la cabeza descansando en una mano y la vista vagando en el espacio. Después volvió ligeramente la cara y al encontrarse con la intensa, aunque inconsciente mirada de Gillespie, sonrió.

— Así que usted ha oído también mi historia... tal como es — dijo ella.

— Bueno, no podía remediarlo, señorita Dawnish — contestó él en forma de disculpa.

— No me avergüenzo de ello — continuó ella con naturalidad.

— No hay razón tampoco; todo lo contrario.

— Me gustaría saber si usted diría lo mismo si lo comprendiera todo — dijo ella con pausa y reflexión. — ¡Me gustaría saberlo!

— No lo dudo.

— Yo sí — dijo ella levantándose y mirándolo con una expresiva sonrisa.—Y por eso no se lo diré. Porque aunque usted siempre tiene ese aire solemne aprecio su buena opinión, doctor Gillespie.

Se dió vuelta lanzando una carcajada, dejándole entre el disgusto y la admiración. Y tal posición con respecto a una muchacha es bastante peligrosa. La víctima casi siempre termina por enamorarse.

Desde ese momento Gillespie se encontró siguiendo, no sólo los raros caprichos de la danzarina, sino cada mirada y acción. El no era un hombre de arrebatos, ni tampoco de cegarse por la pasión. Pero la pasión estaba allí, *sin embargo, y no muy oculta* tampoco.

En cuanto a Diamond, si le gustaba el doctor, escondía sus sentimientos mejor aún que él.

Pero los pasajeros del *Mariana* nada sospechaban. Sólo llegaron a la conclusión de que la danzarina flirteaba con el joven médico.

En el día del arribo a Nápoles, Diamond estaba en un estado de intensa excitación.

— Siempre me pongo así antes de bailar — le decía a Gillespie. — Temperamento de artista, supongo... o nervios, en término vulgar.

— No debería bailar entonces, no puede ser bueno para su salud — contestó el doctor.

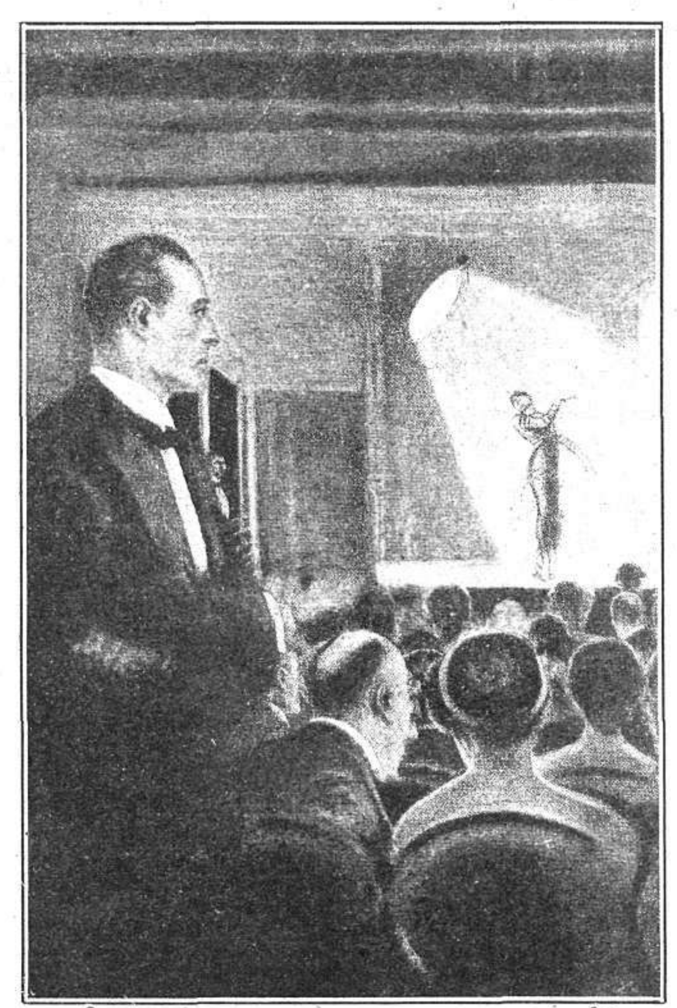
Pero ya no había forma de hacerla desistir. Todo el día continuó en ese estado de nerviosidad. Rehusó bajar a tierra; comió muy poco. Gillespie la observó atentamente y llegó a la conclusión que la profesión de ella no era apropiada para una mujer nerviosa; y sus opiniones no cambiaban tan fácilmente.

Pero el estado de Diamond había evolucionado cuando se encontró con él en la escalera después de cenar. Una larga capa la cubría desde el cuello hasta los pies, con la capucha sobre la cabeza, bajo cuya sombra sus ojos centelleaban vivamente.

—Parece una diosa — le dijo Gillespie — o una doncella buscando el filtro del amor de algún brujo.

—No sabe lo grandiosa que estoy debajo de la capa — dijo ella riendo. — Espepere; será un privilegiado especial.

Abrió la capa mostrándose en su vestido de rosa pálido, desnuda de pies y brazos. Brillantes cadenas colgaban en serpentina desde el cuello hasta la cintura, mientras su cuerpo estaba cubierto con piedras preciosas de las más delicadas luces. Una enorme serpiente con ojos de esmeraldas le rodeaba la cintura, y la corona de diamantes estaba firmemente asegurada por medio de alambres disimulados entre el pelo. Sus brazos estaban casi cubiertos con brazaletes y caprichosas joyas.



GILLESPIE LA OBSERVABA, ENCANTADO, COMO TODOS LOS ESPECTADORES, POR LO ATRACTIVO DE LA DANZA.

Diamond hacía una figura resplandeciente, sus mejillas ardían en vivo color, sus ojos centelleaban y relucían como las mismas joyas que la cubrían.

Volvió a cubrirse con la capa y salió a la cubierta. Por medio de cortinas se había improvisado un escenario; Diamond se opuso a bailar en el salón. Un potente reflector colgaba del techo, y, a corta distancia, estaban los pasajeros sentados.

Al otro lado de la barandilla el mar era profundo y señalado de trecho en trecho por las luces que se reflejaban de los buques. La orilla de la bahía de Nápoles se dibujaba tenuemente en el fondo obscuro del horizonte.

La orquesta dió sus primeras notas, y de entre las cortinas salió Diamond Dawnish como una sombra, quedando por un momento inmóvil, envuelta aún en la capa. Después empezó la danza, produciendo sus adornos un murmullo al compás de sus suaves movimientos. Parecía un espíritu de ensueños y crepúsculos, la personificación de la noche sin luna y sin estrellas.

Gillespie la observaba oculto entre las sombras, su corazón latía más rápido que de costumbre y sus mejillas ardían. Entonces comprendió que amaba a Diamond Dawnish... Que la amaba con una fuerza que jamás se había imaginado, y de cuya idea, pocas semanasas antes, se hubiera reido.

De pronto la música cambió a una viva y apasionada modulación; la danzarina se desprendió de la capa, mostrándose en su traje de relucientes joyas, una figura de sorprendente belleza.

La danza que siguió era extraordinariamente dramática. El reflector hacia desprender de su cuerpo tal conjunto de luces que la danzarina parecía estar envuelta en llamas de diferentes colores. Gillespie la observaba, encantado, como todos los espectadores, por lo atractivo de la danza, hasta que la suave cadencia de la música le indicó que llegaba a su fin.

Un nutrido aplauso partió de la cubierta, y Gillespie se apresuró a irle al encuentro; algún instinto parecía decirle que aquél era el momento psicológico.

La cortina volvió a correrse y Diamond apareció de nuevo. Su silueta resaltaba en el fondo negro, extraordinariamente pálida, y su expresión era de forzada atención, parecía como si escuchara... esperando.

Tan tensa era su actitud que Gillespie quedó instintivamente paralizado, a pocos metros de ella, esperando y escuchando también. De pronto le pareció oir un silbido entre el ruido de los aplausos; un silbido débil y prolongado.

En el mismo momento el cuerpo de la bailarina se estremeció, y sin un instante de vacilación atravesó la cubierta y se subió a la barandilla, posando un momento y mirando a la obscuridad que tenía bajo sus pies.

Mientras desde el otro lado de la cortina llegaban los repetidos gritos de «Bravo» y «Encare», antes de que Gillespie pudiera darse cuenta de su intención, desapareció con un grito que fué ahogado por el ruido de su cuerpo al chocar con el agua.

Corrió con todo su fuerza, gritando con una potente voz que resaltó sobre los aplausos:

—¡Hombre al agua! ¡Hombre al agua!

Fué una sola exclamación de sorpresa, seguida del ruido de carreras sobre la cubierta. El fué el único que vió el lugar donde ella cayó; y sin detenerse un momento saltó también al agua.

Al salir a la superficie sacudió el agua de sus ojos y oídos y miró a su alrededor en la obscuridad. A través del silencio de la tranquila mar oyó el

ruido de remos aproximándose, aparentemente desde tierra y no muy lejos.

El pensamiento de una rápida ayuda lo alentó, y en el mismo instante alcanzó a ver la cabeza de Diamond como una mancha obscura en la superficie del mar.

La muchacha parecía nadar con rápidas brazadas, pero Gillespie se apresuró a alcanzarla. No tenía tiempo para razonar ni para comprender el extraordinario acto de ella; su único deseo era alcanzarla y salvarla. Detrás de él, en el *Mariana* se oyeron voces e imponentes órdenes, seguidas del ruido de cabos cayendo al mar bajando un bote para acudir en su ayuda. En frente se oía el da-dad de remos demostrando que otra ayuda estaba más cerca.

De pronto la cabeza de la bailarina se perdió frente a una sombra que se levantaba del mar. Casi simultáneamente se oyó una voz, casi un murmullo, que parecía salir del mar.

— ¿Eres tú, Fan?

— Sí — contestó la voz de Diamond.

— ¿Las tienes?

— Sí las tengo puestas. Pronto, Joe. El agua está fría... ¡Ah!

Un grito de sorpresa partió de los labios de la joven al darse cuenta de que Gillespie estaba cerca de ella. El obró por el inmediato impulso del momento, tomándola de un brazo justamente en el momento que el del bote hablaba de nuevo.

— ¿Qué pasa?... ¿Dónde estas, Fan?... ¿Qué estás haciendo?

— ¡ Suélteme ! — gesticuló Diamond sin aliento. — ¡Suélteme . . . pronto!

— No la soltaré — contestó Gillespie, apretando los dientes. — Me ahogaré primero.

— ¡Idiota... idiota! ¿No comprende?

— Apresúrate, Fan — insistió el del bote en voz baja. — Se acerca el otro bote. ¡Santo Dios! ¿Qué es esto?

Diamond sacó un brazo del agua y se aferró a la quilla del bote.

— ¡ Ayúdame, Joe! — imploró. —¡Me está sujetando!

El del bote se agachó dejando escapar un juramento, y empezó la prueba de fuerza. Gillespie apretó más aún el delgado brazo, y ayudado por el peso muerto de las ropas, se dejó sumergir.



ANTES DE QUE GILLESPIE PUDIERA DARSE CUENTA DE SU INTENCIÓN, DESAPARECIÓ CON UN GRITO.

— Suelta; maldito seas — gruñó el del bote. — Suelta o te rompo la cabeza.

— ¡No, no! — imploró la voz de Diamond. — ¡Joe, no lo hagas! Quiso salvarme la vida.

— ¿Qué me importa a mí? Suelte o... Ahí está el otro bote. ¡Maldito seas, idiota!

Gillespie no soltaba. Tenía una vaga idea de que estaba luchando por algo más grande que la vida de la muchacha... por su alma, tal vez. Los remos del otro bote se oían ya cerca. No podía soltar sucediera lo que sucediera... y estaba dispuesto a no hacerlo.

El desconocido del bote dejó escapar una salvaje exclamación.

— ¡Tendrás tu merecido, maldito necio! No sueltes la quilla, Fan.

Al instante Gillespie lo vió sobre el bote levantando un remo en alto. Sólo un instante... Después se sintió arrastrado hacia el fondo del mar, más y más hondo.

Al principio creyó que había recibido el golpe y que se hundía para siempre. Pero pronto volvió a la superficie, y al sentir en la cara el fresco viento de la boche se dió cuenta de que aún sujetaba en su mano el brazo de la joven. A corta distancia y en dirección a tierra se oía el ruido precipitado de remos que se hacia más débil cada vez.

— Hola. ¿Dónde está? — sonó una voz no muy lejos.

— ¡Aquí! — gritó Gillespie con un último y desesperado esfuerzo, y sintió las gotas de los remos levantados que le caían en la cara. Notó vagamente la sombra del *Mariana*, unos fuertes brazos que lo levantaban del agua, y oyó la voz del tercer oficial con una exclamación de sorpresa.

— ¡Santo Dios, Gillespie. Usted aquí también.

En la mañana siguiente, cuando Gillespie apareció sobre cubierta, se encontró desconcertado al ser aclamado como un héroe. Aun el taciturno capitán se convirtió en afable.

— Se portó espléndidamente, doctor. Todas las señoras le están llenas de gratitud, y no es raro... Les salvó las joyas.

— Sí, señor — reconoció Gillespie un tanto ambiguo; — les

salvé las joyas.

— En cuanto a la señorita Dawnish — continuó el capitán; — bueno... ahí está, sola. ¿No sería mejor que la viera en seguida para que le dé las gracias... eh?

— Sí, señor — respondió él tranquilamente, y una sonrisa asomó a los labios del capitán al verlo alejarse por la cubierta.

Diamond Dawnish casi saltó de la silla al verlo acercarse, y él vió que todo su encanto estaba escondido bajo una nube de desesperación y rubor. Ella empezó a hablar en seguida, nerviosa, sin esperar a ser interrogada.

— No podía quedar abajo... tenía que enterarme. ¡Usted les ha dicho, por supuesto!

Había una profunda aflicción bajo la amargura de su tono.

— Aun no. No sé lo bastante yo mismo — contestó él deliberadamente. —Joe, por ejemplo... ¿quién es? Será mejor que me diga, ¿comprende?

— Es algo así como primo mío. Fué una idea de él, y yo le cablegrafié desde Gibraltar avisándole que estaba todo arreglado. Yo tenía que recibir la mitad del dinero, y verdaderamente lo necesitaba. Es tan difícil conseguir un contrato, y... hubiera sido justamente lo necesario para comprarle a papá una casita en Ashford.

— ¿Oh, sí?

— ¡Sí, que el cielo le ayude! — dijo ella amargamente. — El inmueble de papá; solamente un castillo en Irlanda sonaba mejor que una casucha en Kent, y el nombre de sir Daniel Dawnish es mejor que el de señor Dubbs; esa es la única diferencia. Pero no por eso estoy menos orgullosa de él.

— Comprendo, y me alegro de que sea franca conmigo — la lentitud de las palabras de Gillespie no era muy natural, — porque no pienso decir una palabra.

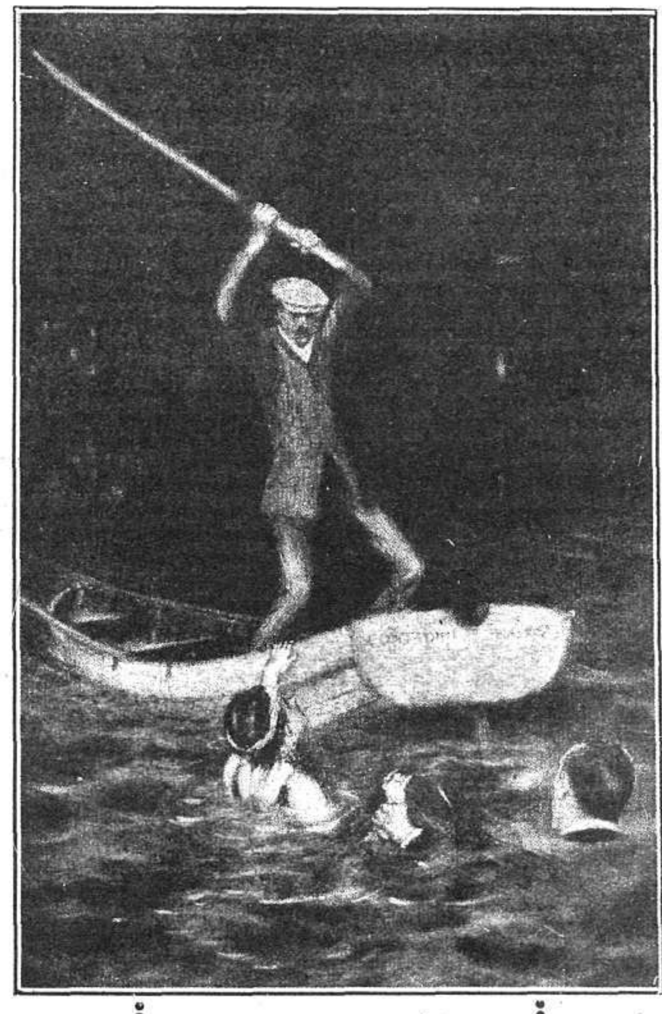
— ¿No les va a decir?

— No. No ha habido daño alguno. Las joyas están en salvo... y, supongo, el amigo Joe también. Pero hay otra cosa que necesito saber. ¿Por qué me salvó y perdió la oportunidad de escapar?

— Yo... no podía dejar... que Joe lo matara.

— Pero las cosas hubieran salido mucho mejor para usted.

— No.— La palabra salió suavemente, sin aliento. Pocos días después, en alta mar, a bordo del *Mariana* tenía lugar cierta ceremonia que rara vez acontece en tales circunstancias.



AL INSTANTE GILLESPIE LO VIÓ SOBRE EL BOTE LEVANTANDO UN REMO EN ALTO.

V. M. Methley

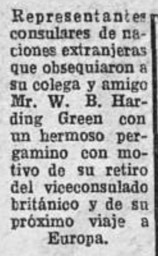


— Me gustaría tener dos dientes parecidos a esos.
— Entonces no podrías partir nueces.



— ¿Cómo está usted pintando el retrato?
— Al óleo.
— ¿Al óleo? Eso no es bastante. ¡Si quiere usted darle el carácter que tenía ponga un poco de vinagre!

De Bahía Blanca


Representantes consulares de naciones extranjeras que obsequiaron a su colega y amigo Mr. W. B. Harding Green con un hermoso pergamino con motivo de su retiro del viceconsulado británico y de su próximo viaje a Europa.



Miembros y alumnos de distintas secciones de las Escuelas Dominicales reunidos en la Iglesia Metodista en fraternal ágape.



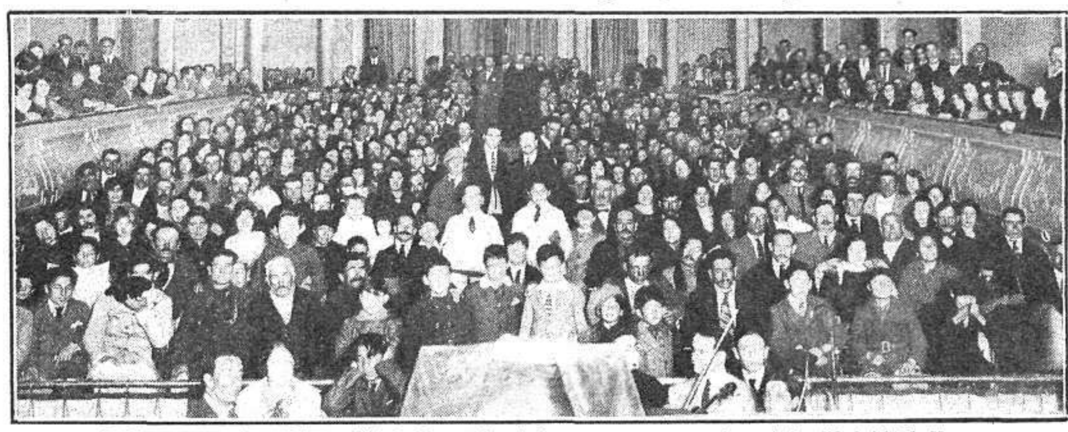
Junto a la orilla del rio
la niña afligida está:
y la causa no será
porque padezca de frio.

La pobre no sufre daño
material, y su aflicción
es la falta de jabón
que quisiera para el baño.

Del **Reuter** ella oyó hablar
y no tenerlo lamenta
porque ha caído en la cuenta
de su efecto singular.

¡Sabe que su señorita
usa siempre ese jabón
y por eso, con razón,
es tan blanca y tan bonita!

De Coronel Dorrego (F. C. S.)



Público congregado en el Teatro Victoria durante la velada con que se conmemoró en esta localidad el 1.º de Mayo.

LA LITERATURA BUROCRATIZADA POR EL SOVIET

Los soviets, burocráticos hasta la médula, han burocratizado hasta la literatura, según se ve en el reglamento recientemente publicado por la «Unión soviética de los trabajadores literarios». Esta floreciente asociación sindicalizada — según cuenta «La Tribuna» — ha dividido a los escritores en categorías conforme al mérito literario. En la primera categoría están incluídos hasta los literatos casi... analfabetos. La categoría 17.ª es el «nom plus», la áurea literatura de 18 quilates. Es interesante el criterio con que se efectúa la distribución de los literatos en las diversas categorías. Lo poetas, por ejemplo, son seleccionados rigurosamente y ninguno puede formar parte de la asociación si no tiene un valor que lo coloque cuando menos en la décima categoría, la cual es ya sumamente honrosa para los que escriben en prosa. En la décima categoría quedan inscriptos los poetas de musa perezosa, es decir, aquellos que en un año sólo producen, a lo sumo, 150 versos. Los directores de periódicos y de revistas sovietistas son miembros de derecho de la máxima categoría, con tal de que su producción periodística no sea menor de cuatro páginas por mes. A esta categoría también pueden pertenecer los periodistas que escriben artículos con tal de que por lo menos produzcan diez artículos mensuales. Los novelistas, cuentistas y escritores de teatro pueden ser señalados en cualquier categoría, y no tienen la obligación cuantitativa. Sin embargo, están obligados, por prescripción reglamentaria, a decir cosas nuevas en cada libro nuevo que produzcan...

En Abril y Mayo

Regalamos
JARRITOS DE ALUMINIO

(PLEGADIZOS Y ENTEROS)

EL LABORATORIO FARMACÉUTICO ARGENTINO, por intermedio de las farmacias que venden sus productos, ha resuelto obsequiar a los niños que se tonifican con el riquísimo YODOTANICO FUCUS con unos lindos jarritos de aluminio.

Como por medida de higiene estos jarritos son los que exigen en los colegios, demás está decir que este es un regalo para los niños que van al colegio, los cuales son precisamente los que más necesitan tonificarse con este agradable tónico.

Y se ha elegido esta fecha, por ser esta la época más apropiada para empezar a tonificarse, dado el esfuerzo que se les exige a esas tiernas cabecitas y dado también que el invierno se aproxima y los debe encontrar fuertes para ponerlos a cubierto de los resfríos, toses y bronquitis.

Y esto es lo que hace el YODOTANICO FUCUS.

Los pone fuertes.

Estimula en primer lugar su apetito, haciéndoles esperar con alegría la hora de las comidas, pues es antes de ellas que se les debe dar una cucharada.

Y esa cucharada resulta tan agradable como una golosina.

Como consecuencia de esa alegría y como consecuencia también del poder estimulante del YODOTANICO FUCUS, se activan las secreciones estomacales, por lo cual las digestiones son más fáciles y completas.

Y esa fácil digestión hace que se absorva mejor la combinación Yodotánica, la cual desarrolla entonces todo su poder reconstituyente, dando dureza a las carnes, elasticidad a los músculos y resistencia a los ganglios.

Estos beneficios se notan prontamente por los lindos colores que aparecen en las mejillas, por el brillo de los ojos y por esa vivacidad de espíritu característica de los chicos fuertes, sanos y despiertos.

Hace innecesario el uso de laxantes pues el YODOTANICO FUCUS, está compuesto de puro y natural jugo de grosellas, que es el que además de darle su rico sabor, lo hace un delicioso refrescante.

Como son dos los tamaños del YODOTANICO FUCUS, dos son también los tamaños de jarritos que hemos elegido para obsequiar.

Por cada frasco grande (1/2 litro) se entregará un jarrito grande (plegadizo) y por cada frasco mediano un jarrito chico (entero).

Dichos obsequios serán entregados en la *misma farmacia que venda el frasco*, la cual en caso de habérsele agotado los obsequios, entregará un vale firmado por el Laboratorio Farmacéutico Argentino, al recibo del cual enviaremos el obsequio.

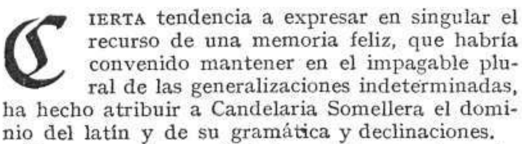
Los precios del YODOTANICO FUCUS, siguen siendo los mismos, $ 3.50 el frasco de 1/2 litro y $ 2.— el mediano.

YODOTANICO FUCUS

En todas las Farmacias En todas las Farmacias



Candelaria Somellera de Espinosa



CIERTA tendencia a expresar en singular el recurso de una memoria feliz, que habría convenido mantener en el impagable plural de las generalizaciones indeterminadas, ha hecho atribuir a Candelaria Somellera el dominio del latín y de su gramática y declinaciones.

Transaremos, evocándola, como poseedora de muchos latines, menos por haberlos aprendido en disciplina monacal que por oídos a su hermano Benigno, cura de San Miguel, o a su vecino y tertuliano el doctor Felipe Elortondo y Palacios, compañero de visita diaria y fácil por bastarle cruzar la esquina de su curato de San Ignacio.

Su fama de inteligente no aparece reflejada en su caligrafía de esfuerzo, de mano indócil. Sin embargo, debió serlo para merecer las expansiones espirituales de María de los Santos Mendeville, nueve años menor y su amiga de primera fila.

Cadelaria Somellera llegó a ser la confidente intelectual de Mariquita Sánchez. Como ella, había nacido en la opulencia, pero, mejor dotada por la naturaleza, sus rasgos eran de mujer hermosa. Tenía grandes ojos negros.

Dos veces llegó al altar. La primera de jovencita, acompañada por sus padres Andrés Somellera y Josefa Gutiérrez, con don Julián de Gregorio de Espinosa, en un *matrimonium* — *matris munus* (función materna) — como ella diría — limitado a la bendición eclesiástica por su falta de trascendencia.

La tumba dió término a esa unión con juramento indisoluble. Y *Viduas honora quae vere viduae sunt* — honrad las verdaderas viudas — se repitiría leyendo el consejo del apóstol en culquier misal olvidado por alguno de sus directores talares.

A falta de mayor ocupación, María Candelaria — jamás reducida al Mariquita en voga — se entretenía en escribir cartas interminables con letra enmarañada. ¡Qué laborioso resulta descifrar la claridad de su pensamiento entre los trazos penosos de sus escritos.

Rivadavia la estimaba, como su esposa, Juana Pino, con quien cultivó una amistad estrecha, llamada a regreso en 1840, por el casamiento de la añosa viuda con el viudo de Marcelina Necochea, su hermano Juan Pino, representativo por Administrador del Hospital y Jefe de Policía durante la fugaz presidencia de Vicente López y poco afortunado en sus dos desposorios.

Esta segunda bendición fué una simple fórmula de iglesia. Don Juan, lejos de reeditar al legendario burlador, no tuvo acceso a su nueva cuja; como Hefestos resultó un marido protocolar, de fines olímpicos para los buenos usos de la corte de Zeus. ¡La novia contaba sesenta y tres años!

querida Maria
hace ocho dias que recibi tu ultima
carta. en que me recomiendas.
ala S.a de [illegible]. le mande a ser
una visita con mi hermana [illegible].
[illegible] siendo mi amistad. estubo ha
berme [illegible] [illegible]. puedo
decir que todas las señoras de este pue
blo. estan mui contentas con ella
yo. he mudado de casa, pero mi salud
esta perdida, no tardes en benir.
que deseo abrazarte, manda a decir
alozano que te aconpañe como lo
a dicho [illegible] el coche que
quiera. [illegible] ami apoderado Gonzales
[illegible] yo. lo mandare atu casa. que
dispenses [illegible] atu
Marzo 22 Candelaria

Diez menos tenía al ser elegida en la Sociedad de Beneficencia, cuando retumbaban los ecos de la mascarada de 1831. Nadie le cargó la mano con trabajos. Adicionó un número efectivo con una esperanza innecesaria. Su epifanía en los premios inmediatos resumió la ausencia de su labor.

Abandonaba su casa frente a la iglesia del Colegio, tan frente que desde una ventana podía divisar, con la buena voluntad del señor cura, el oficio mayor, para veranear en Flores, acompañada de muchas amigas, como dueña rica de casa grande y rodeada de enredaderas.

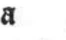
Cuando una dolencia atacó sus hermosas pupilas negras, hízose devota de Santa Lucía, llevando su gratitud hasta componer la música que aun se canta a la Virgen siracusana de los *ojos* en la bandeja para sustraerlos a la lascivia libidinosa. Gotschalks la aplaudió, intimando una amistad. Y llegó a llamarla Mamalá, como sus compañeras de infancia.

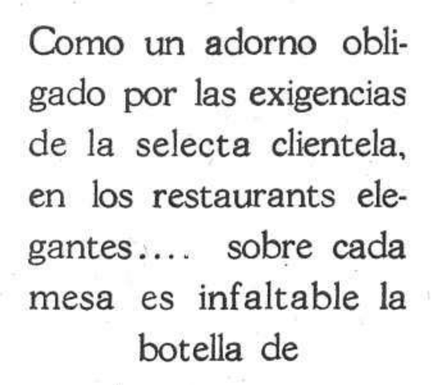
Misia Candelaria arregló altares en San Ignacio y Barracas, buscando satisfacer las inspiraciones del padre Elortondo y exteriorizar su reconocimiento a la santa milagrosa.

Además abrió su corazón a un niñito llamado a vida en nuestra religión. Lo alentó con su alma. Y rodeó de cariños hasta quererlo como a hijo. Le enseñó a recitar versos de Mariquita Sánchez. Y a ser bueno. Y a practicar la virtud. Con ello llegó más lejos que con sus latines: *Vita fuit, manent opus* — si ha muerto vive su obra. — Los cimientos de Santa Lucía fueron cavados con la renta de sus legados a ese niño. Pero la liquidación de su herencia provocó una discusión pública a raíz de su muerte cristiana, alumbrada con muchos cirios, rodeada de abundante clero y seguida de infinidad de misas, en 1856.



Alberto Meyer Arana





Vinos Arizu

El Orgullo de la Producción Nacional

S. A. "VIÑEDOS y BODEGAS ARIZU"

Avda. de Mayo, 1035 - Rivadavia, 1032
BUENOS AIRES

Sarmiento, 561 - Moreno, 931
ROSARIO



Familias que concurrieron a la reunión social ofrecida en casa del señor Lojo a sus numerosas relaciones.



Más de 23.000 médicos, entre ellos muchísimos de fama mundial, han escrito cartas dando cuenta de sus observaciones respecto a la manera como el Sanatogen reconstruye las células y los tejidos, enriquece la sangre, estimula el apetito, hace que un sueño reparador y libre de pesadillas nos proporcione el descanso que necesitamos e infunde nueva energía y vigor a todo el sistema.

El Prof. Dr. Businelli, de Roma, escribe:

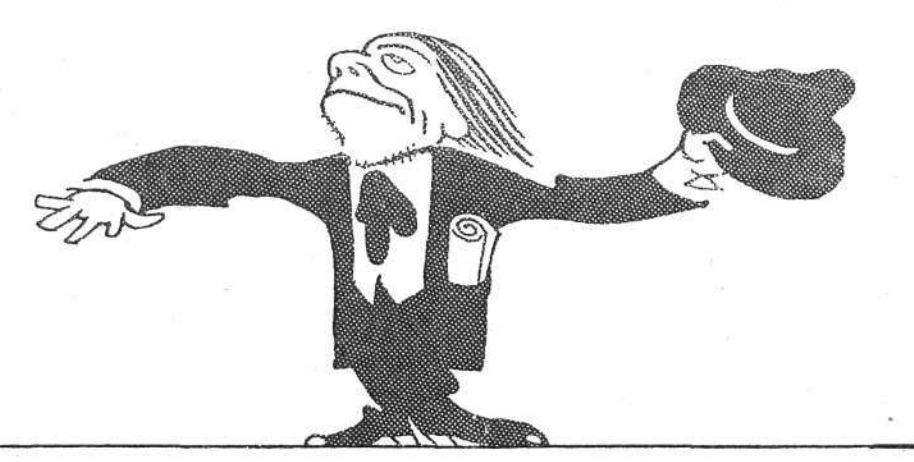
" Con verdadera satisfacción tengo el gusto de participarles que he tenido oportunidad de " administrar el Sanatogen a cuatro enfermos que padecían anemia, demacración y debi- " lidad general, quedando asombrado por la rápida mejoría que observé en estos enfermos."

Sanatogen se vende en todas las farmacias.

Decídase **AHORA** a probar

SANATOGEN

el tónico nutritivo.



El amor *y la* ortografía



ECORDÁBAMOS cosas de la ilusionada y florida juventud y el amigo Tomás Pintueles nos refirió algo interesante que, en mi concepto, merece ser conocido. Y aunque no me ha llamado Dios por el camino sinuoso y embustero del historiador, porque algunas veces, ¡sólo algunas!, me gusta decir la verdad, voy a daros a conocer este suceso. Dijo Pintueles:

— Andábamos muy encariñados en aquella época con el arte del buen decir. Dábamos tal importancia a la forma que nos pasábamos largas horas rebuscando palabras y frases que expresasen nuestros pensamiento de una manera fuerte, rara y original. Para nosotros era un ser despreciable y ramplón el que no se expresaba en un lenguaje rebuscado, resonante y ridículo. Eramos capaces de romper nuestras relaciones con el amigo más amado por la más leve falta de ortografía.

En esta época memorable fué cuando conocí a Paquita Cobos. Paquita tendría diez y siete años. Era alta, esbelta, de pocas carnes, pero apretadas y turgentes. ¡No he visto una cara más divina que aquella!... ¿Y sus ojos?... ¡Oh, qué ojos los de Paquita, grandes, azules, llameantes, ensombrecidos por las pestañas más maravillosas que pueden imaginarse!... Yo había intentado escribir no un madrigal sino un poema interminable a aquellas pestañas que daban a su rostro un encanto singular... ¿Y la boca? ¿Y aquél modo de sonreir de Paquita?... ¿Y la suave majestad de sus movimientos?... ¿Y la encantadora naturalidad de sus actitudes?...

Llegó a ejercer sobre mí una influencia tan formidable que, como la cosa más natural del mundo, me hubiera convertido por ella en ladrón y en asesino.

Cierto día vi que saludaba cariñosamente a un teniente, y esto bastó para hacerme sentir un odio terrible hacia los militares. Nadie ha sido tan antimilitarista como yo en aquella época. Escribí artículos furibundos y llegué a pronunciar tan violentos discursos contra el ejército, que cometí no sé cuántos delitos de lesa patria e incurrí en una atrocidad de penas horrorosas, incluso la de fusilamiento, de las cuales salvé milagrosamente gracias a la gran influencia política de mi «viejo».

Por suerte para el militarismo me enteré de que el teniente a quien había saludado Paquita Cobos, con tanto cariño y confianza, era nada menos que su hermano.

En fin, tantos desatinos hice y tantas imbecilidades cometí que acabé por llamar poderosamente a atención de Paquita.

Un día aproveché que los padres y ella iban acompañados por un íntimo amigo de casa y me hice presentar. Pronto Paquita y yo nos destacamos unos metros del grupo, y no bien dije las primeras majaderías la muchacha se echó a reir diciéndome:

— Es usted un loco extraordinariamente divertido.

— Acaso le sobra razón, Paquita: ¡estoy loco desde que tuve la suerte de verla!

— ¿Desde entonces no más? No exagere, señor Pin...toresco.

— Pintueles — rectifiqué.

— Pintueles quise decir. ¡Caramba! Tiene usted un apellido que no se queda en la memoria así como así. ¿Con que Pin...qué?

— Pintueles, señorita Cobos.

— Nada, que voy a tener que imponerme la penitencia de escribir cien veces su nombre para no olvidarlo. Pin...tueles. ¿De dónde diablos viene ese nombre?

— Sólo sé, señorita Cobos, que es posiblemente de origen asturiano. Uno de mis bisabuelos fué de Asturias, y hasta me parece haber oido decir que en aquella región de España hay un pueblecillo muy pintoresco del mismo nombre.

— Pin...tue...les... Con tal de que no se me olvide.

— Si yo resultase para usted tan interesante como usted es interesante y bonita para mí no habría peligro.

— No se haga ilusiones, que con esa cara de niño desconsolado y bobo no está muy seductor que digamos.

Parecerá mentira; pero yo, que hubiera sido capaz de aniquilar al ejército a puñetazos por el amor a Paquita, experimentaba en su presencia tal turbación y miedo que me era imposible coordinar mis ideas, tartamudeaba, le decía mil necedades capaces de hacer reir a un muerto.

Así, para buscar el término a mis angustias, decidí escribirle, y, en tres días mal contados, le dirigí siete cartas incendiantes que hablaban de mi corazón, del Vesubio, del Etna, de la zarza de Moisés y de todo cuanto fué consumido por el fuego en este mundo.

Enternecida, acabó por corresponderme. Y como los enamorados, por mucho que hablen, no se en-

cuentran nunca satisfechos, tardamos poco en recurrir a las cartas.

Paquita Cobos tenía una letra muy desigual; la ortografía no se había inventado para ella, y aunque me decía cositas dulces que halagaban mi vanidad de hombre, me crispaba los nervios ver parrafitos como el que sigue:

«Asta tu yegada, el día fué para mi muy triste; pero al berte yegar, se regocigó mi alma. Haora que tas hido buelvo a estar triste otra bes».

— ¿Por qué escribirá Paquita tan horriblemente? — me preguntaba.

Y queriendo conciliar mi profundo amor con la ortografía y con la elegancia en el decir, tuve la estúpida ocurrencia de escribirle proponiéndole devolverle las cartas con las correcciones indispensables, para que fuera aprendiendo a expresarse por escrito con la misma gracia con que se expresaba de palabra.

Guardo la contestación como oro en paño, porque fué una de las lecciones más severas, a la par que la más graciosa que he recibido en la vida.

Nos mostró la carta que dice así:

«Mi muy pintoresco señor Pintueles: Hacavo de recivir el desencanto más grande de mi bida. Yo vuscaba un nobio, con todas las de la ley y creí aberlo encontrado en usted.

«Pero me a resultado que, en bes de un nobio, es usted un pobrecito pedante y ridículo, con ínfulas de maestro de escuela. Puede usted irse al cuherno, con h y todo, con la h que le falta a mis «¡Asta luego!»

«No me abría estrañado, mi pintoresquísimo señor Pintueles, que me hubiera propuesto un rapto o halguna atrocidad por el estilo. Todo se lo abría perdonado mi Hamor, que, por ser tan grande, necesitaba para expresarse por escrito una letra más, aunque hubiera sido esa H mayúscula, que usted, estúpido mentecato, tanto me ridiculiza.

«¡Ha! Y coste que no tiene taya de maestro ni muchísimo menos. Por una verdadera casualidad, por haberlo leído muchas veces en un mapa que tiene colgado mi papá en su despacho, sé cómo se escribe *volcán*. Pues bien, en una de sus primeras cartas, escribía usted la cursilería de que su pecho era un Bolcán con B grande de Burro mayúsculo. Yo no me burlé del disparate ni traté de corregírselo, porque una carta de amor echa con palabras rebuscadas, que no se entienden y sin faltas de ortografía, no es una carta de amor sino una cataplasma insoportable.

«Necesito un nobio que sea capaz de apasionarse de verdad. Usted es un botarate en quien la pasión no quita conocimiento, sobre todo el conocimiento de la ortografía que, con h o sin ella, está completamente reñida con el amor. Así es que puede largarse con viento más o menos fresco a buscar discípulas a otra parte.

«Y hagradecería, mi pintoresco señor Pintueles, me hiciese el onor de no pensar más en

PAQUITA COBOS».

Fueron inútiles todos mis esfuerzos para reanudar mis relaciones con la divina muchacha, y triste y desesperado comprendí que había perdido la felicidad para siempre por un amor con H, que valía más que todos los tratados de ortografía que se hayan escrito y puedan escribirse.

Rafael Ruiz López



La madre. — Alicia, es vergonzosa tu manera de vestir.
— Pero mamá, es de la única manera que alguno se fijará en mí.



La anciana sorda (al manisero). — Jamás le daré un centavo por su música. No puedo oir las notas y huele como si se quemara algo adentro.



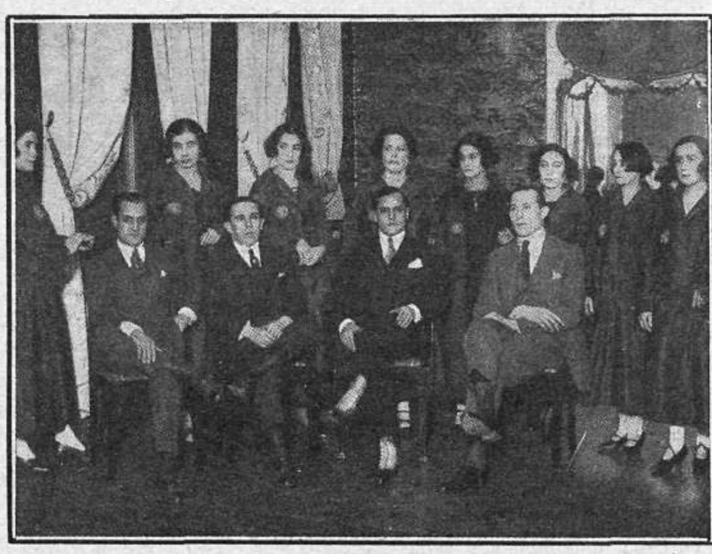
— ¿Qué es esto, mozo?
— Un cristal de aumento, para apreciar mejor las porciones.



— Acaba de pasar, hace un minuto, detrás de esa obscura nube.
— Guillermo, ve al radio y dile a papá que baje, que hay un caballero que quiere verle.



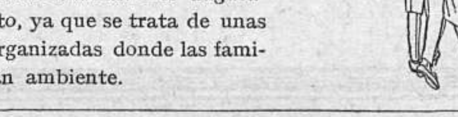
Señor Roberto Prince, profesor oficial del Club General Pueyrredón de Mar del Plata y director de las Escuelas "Prince".



Directores de las Escuelas "Prince" y parte del cuerpo de profesoras asistente a la fiesta inaugural de sus nuevos salones.



Con una brillante reunión fueron inaugurados en la calle Corrientes, 842, los suntuosos salones de las Escuelas de Bailes Modernos del profesor Prince; asistiendo al acto numerosas familias. Les auguramos el más completo éxito, ya que se trata de unas escuelas perfectamente organizadas donde las familias hallarán ambiente.



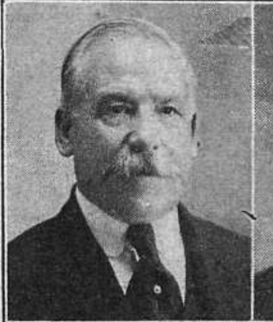
Necrología



Señora Aida Barrau de Rodríguez. — Capital.



Señora María G. de Baroffio. — Montevideo.



Señor Salvador Napolitano. — Capital.



Señor Justo Pérez. — Pardo (F. C. S.)



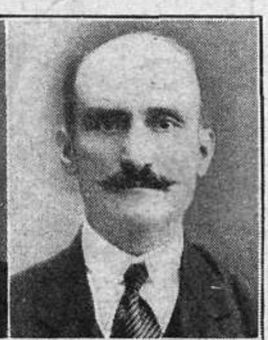
Señor Luis G. Lizzoli. — Capital.



Señor Alfredo Vaccaro. — 25 de Mayo.



Señor Bartolo Cavaglia. — Colonia Piamontesa.



Señor Pedro A. Carles. — Rosario.



¡SEIS NOVEDADES DE ÉXITOS EN BOGA!

DUO GARDEL-RAZZANO *(Con 4 guitarras)*

Disco doble NACIONAL, de 25 ctms., a $ **3.25**

18067 (**Mi Manta Pampa.** Zamba. (Solo Gardel). G. Barbieri.
(**Mano a Mano.** Tango. (Solo Gardel). Flores-G.-R.

ORQUESTA ROBERTO FIRPO

Discos dobles NACIONAL, de 25 ctms., a $ **3.—**

6170 (**Buenos Aires.** Tango. M. Jovés.
(**Patagonia.** Shimmy. F. Poil.

TRIO CANARO. (Piano - Violín - Bandoneón)

6905 (**Lo Que Fuiste.** Tango. R. Tuegols.
(**La Ultima Cita.** Tango. A. Bardi.

TRIO PACHO. (Bandoneones)

6852 (**Mi Monona.** Tango. J. Maglio. **(Pacho).**
(**Fosforito.** Tango. I. Servidio.

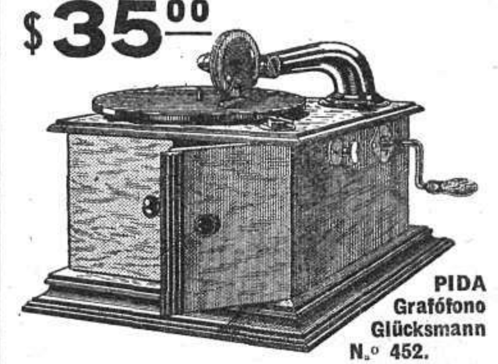
MARIO A. PARDO

6565 (**Canción Chañá.** Vals. (Canto). M. Pardo.
(**Triunfo.** Tango. (Guitarra). F. Canaro.

AHORA, EN INVIERNO, DESPUES DE CENAR, ES AGRADABLE, AL CALOR DEL HOGAR, OIR UN POCO DE MUSICA...

COMPRE ESTE APARATO SENCILLO, BUENO, BARATO.

$ 35.00



PIDA Grafófono Glücksmann N.º 452.



De San Fernando

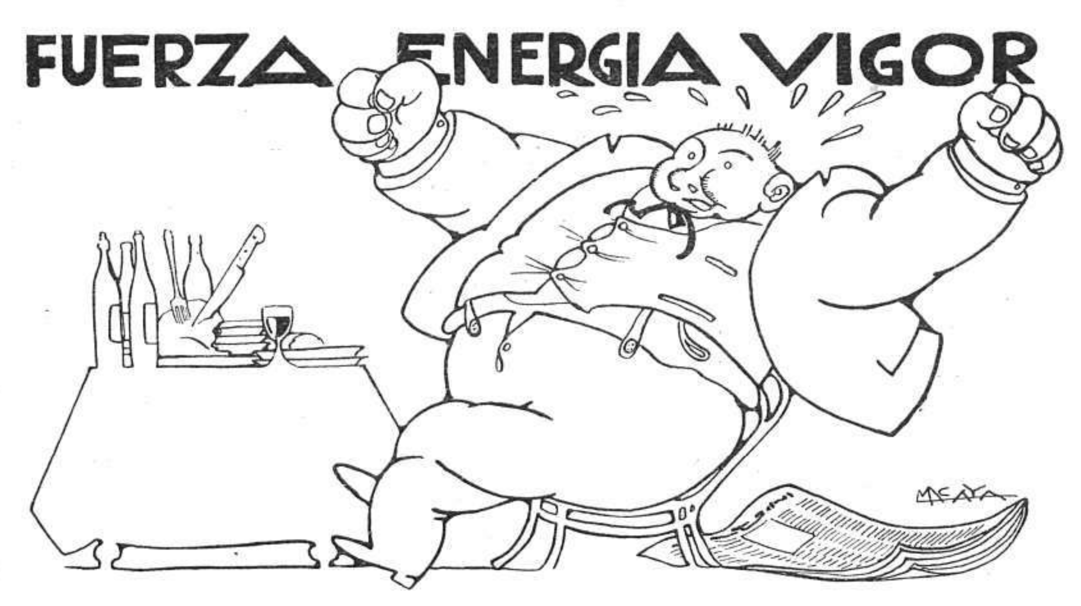


El presidente del Concejo Deliberante, doctor Luis C. Mensi, con un grupo de concejales que le ofrecieron una demostración con motivo de su próxima partida a Europa.

OTRO VOLUMEN DE MÁXIMO GORKI

Máximo Gorki está por publicar un volumen que se titula: *El campesino ruso*, en el cual explica las formas bárbaras de la revolución con la crueldad, sin ejemplo, del pueblo ruso. El periódico *Vossische Zeitug* anticipa algunos fragmentos. «Yo creo — escribe Gorki — que así como solamente el pueblo inglés tiene el sentido del *humour*, solamente el pueblo ruso tiene sentido de la fría crueldad que trata de llegar a los límites de la humana resistencia al dolor. En los años 1918 y 1919 sucedió esto en el Don y en los Urales: unas gentes suprimieron a otras, haciéndolas volar con dinamita. En Siberia los campesinos cavaron unas fosas, y allí enterraron a los soldados rojos, metiéndolos de cabeza, a fin de observar en los sacudimientos agónicos de las piernas cuál de los inhumados en vida, duraba más. Gorki cree que en ningún país la mujer es golpeada tan despiadamente como en la aldea rusa. Cree que en ningún país existen proverbios como éstos: «Golpea a la esposa con el dorso del hacha. Inclínate sobre ella y oye si respira aún. Si no muere del golpe, te considerará como la mejor cosa del mundo». «Dos veces es excelente la mujer: cuando la llevas por primera vez a tu casa y el día de su entierro». «Cuando se trata de mujeres y de ganado no hay tribunales». «Golpea a tu esposa en la seguridad de que a mayor número de palos corresponde sopa de mejor sazón». Por lo demás, también los niños son duramente golpeados en Rusia. Gorki está aterrado del número de maltratos causados a los niños que han sido registrados en los anales de la Corte Suprema de Moscú.

En los banquetes japoneses se considera como una prueba de educación y galantería cambiar la copa con el comensal de al lado.



Cierto individuo que después que almuerza
se siente con más fuerza,
hace grandes elogios del mensaje.
— ¡Es un gran documento en que se escucha
el fragor de la lucha —
grita con voz salvaje.
— No es la obra de un abate versallesco,
suave y madrigalesco
que, falto de energía,
huele a perfumería.
Es algo poderoso y gigantesco,
es viva claridad y no crepúsculo,
es el poder del músculo
que triunfa eternamente.
Quien lo dude, que lea lo siguiente.
«...desenvolver su personalidad, *luchar* por su progreso...»
La lucha es lo importante.
¿Están de acuerdo todos? Adelante.
«...y cumplen sus deberes cívicos, es un espectáculo tonificante que estimula el *esfuerzo* propio...»
¿Quién escribió una frase tan completa?
De seguro, un atleta.
«Mi gobierno, fruto de un *esfuerzo* abnegado y tenaz...»
El que eso ha declarado
es un hombre esforzado.
«...para que contribuya con su *esfuerzo* metódico y directivo al bienestar general...»
El esfuerzo ennoblece hasta a un escuerzo.
¡Viva, pues, el esfuerzo!
«...mi gobierno verá siempre con simpatía las *luchas* cívicas...»
Luchar es lo mejor.
¿No es, por ventura, Elpidio un luchador?
«...es en todo *enérgica* y de *potente vitalidad*...»
Vitalidad, potencia
y energía hacen falta en la existencia.
Sean siempre los buenos radicales
enérgicos, potentes y vitales
y, así, conservarán la presidencia.
«No ha de faltarme la *energía* y carácter que me demande el mantenimiento de la alta dignidad de mi investidura...»

No es bueno propalar ciertos rumores.
¡Ojo, conspiradores!
Porque a la vista salta
que, si eso no le falta,
os esperan bastantes sinsabores.
«...organización de las *fuerzas* ciudadanas...»
Yo me alegro infinito.
La fuerza es su obsesión. Le felicito.
«...en la organización de los servicios públicos... la competencia y la dedicación han de ser las *fuerzas* más eficaces...»
Tinterillos ociosos o incapaces,
¡no olvidéis esas fuerzas eficaces!
«...debemos aplicarnos, con *energía* y constancia...»
Por lo tanto, dejémonos
de vanas discusiones y apliquémonos.
«Estamos obligados al *esfuerzo* constante hacia una producción más diversa...»
Es verdad. No han de ser tan sistemáticos
los autores dramáticos.
«...todos aquellos que *luchan*...»
Los que luchan son gente decidida.
No olvidemos la lucha por la vida
ni la grecorromana
que también es muy sana
y debe ser por todos aplaudida.
«Entiende mi gobierno que la colonización oficial... cada colonia sea suficientemente *fuerte*...»
Nadie ignora que al fuerte
no le falta el apoyo de la suerte.
Y que el débil va al hoyo
por falta de ese apoyo.
Trata, hijo, de ser fuerte e imponerte.
«...la producción científica, literaria y artística destacan a los núcleos sociales capaces de una contribución *vigorosa*...»
El final me parece lo mejor.
¡Nada hay sin el vigor,
la fuerza y la energía!
Y el individuo, lleno
de entusiasmo, añadía:
— El mensaje es muy bueno.
Firpo lo firmaría.



MONOS DE MACAYA


Sin una cabellera hermosa no hay belleza personal.
¿Cuál es la persona que no se apercibe del encanto que le da una hermosa cabellera? ¿Cuál es la dama o caballero que no trataría de recuperar o acrecentar la belleza de ese inapreciable adorno personal?
Todo lo que el cabello requiere es un cuidado racional. Un cuero cabelludo sano es la base de todo cabello hermoso y abundante. Ello ha sido perfectamente comprobado por el
ESPECIFICO BOLIVIANO
Benguria
Esta sabia preparación hecha a base de vegetales extraídos de la flora boliviana, CURA RADICALMENTE LA CALVICIE Y LAS CANAS. Atestiguan su notable eficacia como restaurador del cabello, millares y millares de curaciones hechas.
Usando BENGURIA con regularidad obtendrá usted una verdadera limpieza del cabello y cuero cabelludo, nuevo vigor para las células inactivas del pericráneo, ejercicio para el cuero cabelludo y una activa circulación de la sangre a través de los tejidos, alimentando la raíz del cabello.
En poco tiempo tendrá usted la incomparable alegría de ostentar una cabellera abundante, hermosa, brillante, sedosa y libre de canas.
Escriba usted al doctor RAFAEL BENGURIA B., pidiendo detalles sobre su maravilloso Específico.
UNICO LUGAR para la venta en esta ciudad, atendido personalmente por su propietario
Dr. Rafael Benguria B.
Avenida de Mayo, 1239 - Buenos Aires. - Unión Telefónica 5753, Rivadavia
SUCURSALES:
En Rosario de Santa Fe: Tienda "La Buenos Aires", Córdoba esquina Entre Ríos. — En La Plata: Jockey Club, Avenida 7 esquina 51. — En Santiago de Chile: Moneda esquina Estado. — En Montevideo (R. O.): Sarandí, 429.
ATIENDO PEDIDOS Y CONSULTAS DE PROVINCIAS POR CORRESPONDENCIA.
ESPECIFICO BOLIVIANO
BENGURIA
Valor del Frasco
$ 35



Comisión directiva del Club Sportivo Olivos, a cuyo cargo estuvo la organización del festival realizado a beneficio de esa entidad.

Aspecto del salón del cine Ideal durante la función, y que dado las simpatías con que el Club Sportivo Olivos cuenta en esta localidad alcanzó gran éxito.

La Causa Oculta

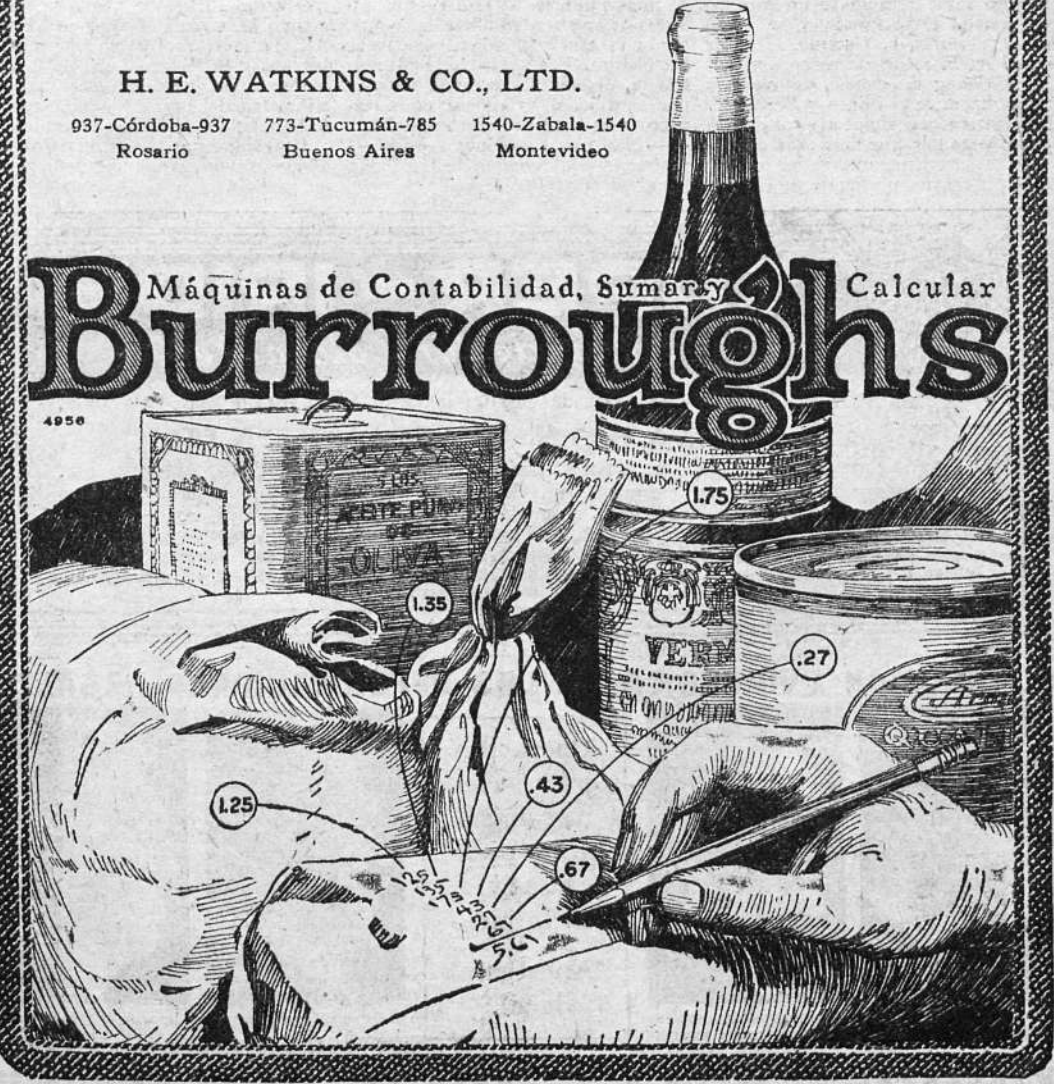
(Fíjese en el grabado)

¿Cuántos errores pasarán inadvertidos a diario en su establecimiento? No sabría Ud. decir, pero, pocos o muchos,—que si se comete uno se pueden cometer diez,—siempre pasan.

Esos errores son el peor enemigo de un negocio. Implican dinero que se va sin ser notado y que muchas veces no sólo afecta el beneficio, sino el capital, y, por ende, no sólo puede impedir que un negocio prospere, sino hacer que fracase por completo—energías, tiempo y capital perdidos.

Por ser inadvertidos, por cometerse inconscientemente, tales errores no tienen remedio. El único recurso que le queda al comerciante es hacerse de un medio que elimine toda posibilidad de cometerlos.

Una Máquina Burroughs de Sumar trabaja con infalible exactitud y garantiza, por lo tanto, toda operación numérica con ella efectuada. Además, es muy fácil de manejarse y considerablemente más rápida en la ejecución de las operaciones que lo podría ser el hombre más experto en materia de números.



De Arroyo Seco



Acto de la colocación de la piedra fundamental en el sitio donde se construirá el edificio del Círculo de Obreros local.

INGENIO CHINO

Al famoso personaje chino Li-Hung-Chang le anunciaron la visita del emir de Bokahara. El chino adoptó inmediatamente un aire de extremada importancia y se sentó majestuosamente. Cuando el emir entró en la salita de recepción, Li-Hung-Chang se levantó, dió algunos pasos hacia el visitante y lo saludó. Evidentemente, chocó al emir el aire de importancia que mostraba el otro y decidió darle a comprender que él, el emir, era un personaje de estirpe real que si visitaba a Li-Hung-Chang era solamente en homenaje a su amo, el emperador de China. Le preguntó, pues, cómo seguían el monarca y la emperatriz madre, pero sin mostrar el menor interés por el propio Li-Hung-Chang ni por su familia, lo que, según la etiqueta china, constituye un insulto. Por su parte, Li-Hung-Chang, dispuesto a devolver agravio por agravio, interrogó al emir respecto a su fe en materia religiosa.

—Nosotros los chinos —dijo— profesamos la religión de Confucio. ¿Cuál es la vuestra?

—La de Mahoma — repuso el visitante.

—Tened la bondad de manifestar al Emir — dijo entonces Li-Hung-Chang dirigiéndose al intérprete — que ese Mahoma de que nos habla estuvo hace muchos años en China. Al cabo se descubrió que era un malhechor, y se le arrojó del país. Fué entonces, sin duda, cuando se marchó a la patria del emir y fundó entre sus habitantes la religión que profesan.

La salida fué tan inesperada — añade el conde Witt — que el emir no replicó.


PRODUCTOS
SUPREMA
La radiante hermosura
que la juventud da a su rostro, no será empañada por las inclemencias del tiempo si usa constantemente los insuperables productos de belleza
SUPREMA
AGUA COLONIA
De sutil e incomparable perfume. El frasco $ 2.20
POLVO GRASOSO
De adherencia perfecta y delicado aroma. La caja $ 1.10
DE VENTA EN TODAS PARTES
Sociedad General de Perfumes
Productos SUPREMA
P. BURS y Cía.
Bolívar, 1725 - Bs. As.
Remitimos gratis muestra del exquisito polvo grasoso SUPREMA.
SUPREMA
Polvo Grasoso
Insuperable
SUPREMA
INSUPERABLE
SUPREMA
COLOGNE
2.20



Tenemos un nuevo teatro, lectoras amigas; una sala simpática y distinguida, a pesar de las deficiencias anotadas por ustedes mismas, puesto que al referirme a la inauguración del Sarmiento no hago más que reflejar ajenas impresiones... No asistí, pues, a esa primera función que se anunciaba como un interesante acontecimiento de la temporada mundana que se inicia; no he podido admirar esta vez a esa deliciosa «Lady Frederick» que es Irene López de Heredia... Pero, como supongo que lo que a ustedes interesa es comentar una vez más las novedades de los últimos días, no tengo reparo en anotar fielmente las impresiones que me han sido transmitidas...

Una asistencia brillante y numerosa llenaba la nueva sala, dando su nota de distinción al interesante acontecimiento artístico que era el estreno de la compañía de Ernesto Vilches. Pero no faltó quien lamentara, en algún aristocrático grupo, que no se hubiera llevado a cabo en todos sus detalles la interesante iniciativa debida a la prestigiosa y juvenil figura femenina que esbozara hace algunos meses el programa del festival que ha venido a realizarse cuando ella se halla alejada de toda actividad social...

Imaginó entonces la interesante y cultísima personalidad a cuya iniciativa se debieron tan brillantes acontecimientos mundanos en la pasada *season* que, al ser inaugurado el nuevo teatro, debía evocarse en una noche del Buenos Aires moderno una jornada siquiera de la época en que el nombre de Sarmiento, el luchador formidable, llenara las páginas de nuestra vida política, de nuestra evolución intelectual... De acuerdo con el programa que ella esbozara, las elegantes mundanas de hoy habrían lucido por breves horas las galas del año de 1849, cuando emigrados ilustres de la Argentina se congregaban en Santiago de Chile, en la hermosa casa-quinta de Jungai, residencia del patriota y de su esposa doña Benita Martínez... Allí, al celebrar con suntuoso y fraternal ágape el 25 de Mayo de aquel año memorable, el general de la Independencia don Juan Gregorio de Las Heras se ponía de pie para levantar su copa y brindar por la libertad de la patria tan amada...

¡Cuán interesante hubiera sido iniciar el festival celebrado en el Buenos Aires de hoy, en la sala que lleva el nombre del gran patriota, con una brillante disertación sobre la sociedad de antaño! Con vivo interés se habría escuchado la palabra elocuente de algún orador de nota, mientras la aristocrática asistencia femenina lucía el traje de amplia falda ahuecada por la tradicional crinolina y el airoso chal de flecos; vago perfume de sahumerio hubiera flotado en el ambiente de la moderna sala... O bien pudo elegirse otra jornada más próxima a nosotras. Han transcurrido los años... No se disimula ya la silueta de las elegantes porteñas tras las ornadas rejas de su ventana; el *balcón volado* del año 69 permite que su busto se incline curiosamente para observar las actividades de la ciudad moderna; la dama de rango y de mente superior toma parte en las manifestaciones de la vida política e intelectual... La crónica menciona como interesante documento la carta que escribiera años más tarde al general Sarmiento una de las más interesantes precursoras de nuestra vida intelectual, Eduarda Mansilla... Con letra *grande y clara* la distinguida literata expresa sus plácemes diciendo: «Si usted no es nuestro Presidente, será que no lo merecemos, y ¡es lástima!»

Pero volvamos al presente, lectoras amigas; la aristocrática asistencia femenina no evoca ya el recuerdo de las modas que pasaron...

La flexible y armoniosa silueta de «Lady Frederick», la exquisita elegancia de su atavío, absorben por completo toda su atención; y es que la interesante Irene López de Heredia lleva con singular distinción un lujoso traje blanco, bordado de verde; larga víbora trabajada en oro verdoso ciñe su garganta; una esmeralda de gran tamaño, cuyos destellos parecen reflejar el color de los ojos de la seductora actriz, realza el primoroso trabajo de la extraña joya... Merece muchos elogios también el sobrio traje color lacre, de cuello alto, que tanto realza el tono rubio ceniciento de sus cabellos; sobre este traje, y pendiente de un cordón de seda negro, luce una severa cruz de ébano, en cuyo centro se destaca un solitario de gran valor.

De la brillante actuación de los distinguidísimos artistas sólo puede dar fe la crítica oficial o el entusiasta comentario femenino; pero como Ernesto Vilches ha suprimido la *claque* y nuestros *snobs* consideran que todo arranque espontáneo y entusiasta es de mal tono — ¡cuántos pobres de espíritu confunden la elegancia con la falta de cortesía! — en el Sarmiento *no se aplaude*... Me aseguran que la impresión de frialdad que se siente al bajar el telón es de una exquisita distinción...

Buenos Aires, mayo 8 de 1923.

L A D A M A D U E N D E

HÁBLAME DULCEMENTE

Acércate, mi amada, y conversemos,
hoy, sobre todo, en que me encuentro triste
y necesito de tu voz tranquila
para acallar la desazón del alma...

Siéntate junto a mí, así tus manos,
— pétalos eucarísticos de ensueño —
al posarse en mi frente serán brisa
que amortigüe el ardor de mi cerebro.

Busco el refugio de tu amor, amada,
en mi desolación, como el pequeño
que siente miedo de la sombra y busca,
un destello de luz, para ahuyentarlo...

Háblame dulcemente, como sabes,
como lo hiciste siempre. Hoy más que nunca,
necesito una música al oído
y un corazón latiendo junto al mío...

RODOLFO FAUSTO RODRÍGUEZ



CARLOS RASETTI

SARMIENTO
ESQ. MAIPU
BUENOS AIRES

Casa importadora de armas, municiones y cuchillería.

LA CASA
MAS ANTIGUA EN
EL PAIS

FUNDADA EN 1857

Revólver **SMITH WESSON** Militar, *calibre 38, de 6 tiros, caño de 4 pulgadas,*

$ 83.-



Pistola MAUSER
Ultimo MODELO, de bolsillo, repetición automática, de 8 tiros.
Calibre 7.65 pesos ...... 35.=

Ofertas excepcionales



ESCOPETA fuego central, de 2 tiros, caños de Acero a Triple cierre Greener, fabricación especial, calibre 16, caño izquierdo Choke, $ **80.—**, **90.—**, **120.—** y .... $ **150.—**

Cartuchos cargados con pólvora sin humo, calibre 16, con munición templada, el ciento .... $ **10.—**

Estamos en condiciones de vender todos los artículos a precios sin competencia.

VISITEN EL NUEVO LOCAL


CINZANO
VERMOUTH
VERMOUTH CINZANO
Fabricado por
"FRANCESCO CINZANO & Cía"
en Buenos Aires
UNICOS CONCESIONARIOS PARA LAS REPUBLICAS
ARGENTINA URUGUAY E PARAGUAY
VERMOUTH
MEDAGLIE D'ORO MILANO 1881, BORDEAUX 1882
UNICO PREMIATO CON DIPLOMA D'ONORE TORINO 1884
FRANCESCO CINZANO
E COMP.
PROVVᵉ DELLE REALI CASE D'ITALIA E PORTOGALLO
TORINO

BUENOS AIRES, 19 DE MAYO DE 1923

AÑO XXVI

CARAS Y CARETAS

N.° 1285

JOSÉ S. ÁLVAREZ
FUNDADOR



EN HONOR DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

RECEPCIÓN OFRECIDA POR EL EMBAJADOR DE NORTE AMÉRICA

El doctor Marcelo T. de Alvear, el embajador Mr. Wallace Riddle, distinguidas damas, miembros del Poder Ejecutivo y del cuerpo diplomático en uno de los salones de la embajada donde se efectuó la interesante reunión. La aristocrática concurrencia prodigó al primer magistrado, así como a los delegados argentinos y americanos que asistieron a la Conferencia de Santiago, una amplia y cordial demostración de simpatía.

FOTO DE ARROYO.

LA REVOLUCION EN RIO GRANDE (BRASIL)



General Estacio Azambuja, comandante en jefe del 3er. cuerpo C. Libertador.

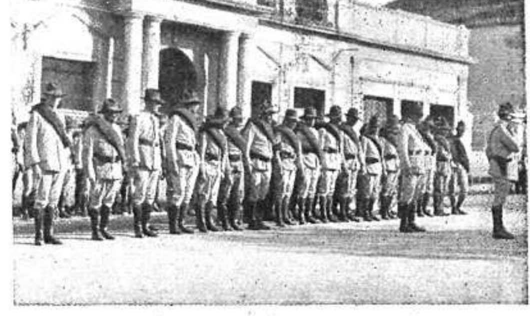


El general Azambuja en medio de su hijo Ary y de su yerno el doctor Félix Contreira, que le secundan en su campaña revolucionaria.



Comandante de un escuadrón de caballería revolucionaria, capitán Carlos Simé.





Diversos grupos de fuerzas del gobierno local en el momento de ser revistadas para dirigirse a combatir a los revolucionarios, cuyo movimiento rebelde ha dado origen a sangrientos encuentros que están alterando la paz y el bienestar de aquella región.



Edificio de la Sociedad Italiana, en la población de Bagé, sirviendo de hospital de sangre y defendido con alambrado de púas.



Dobles vallas protectoras de alambrado de púas puestas estratégicamente en las calles de la ciudad en previsión de cualquier imprevisto ataque.



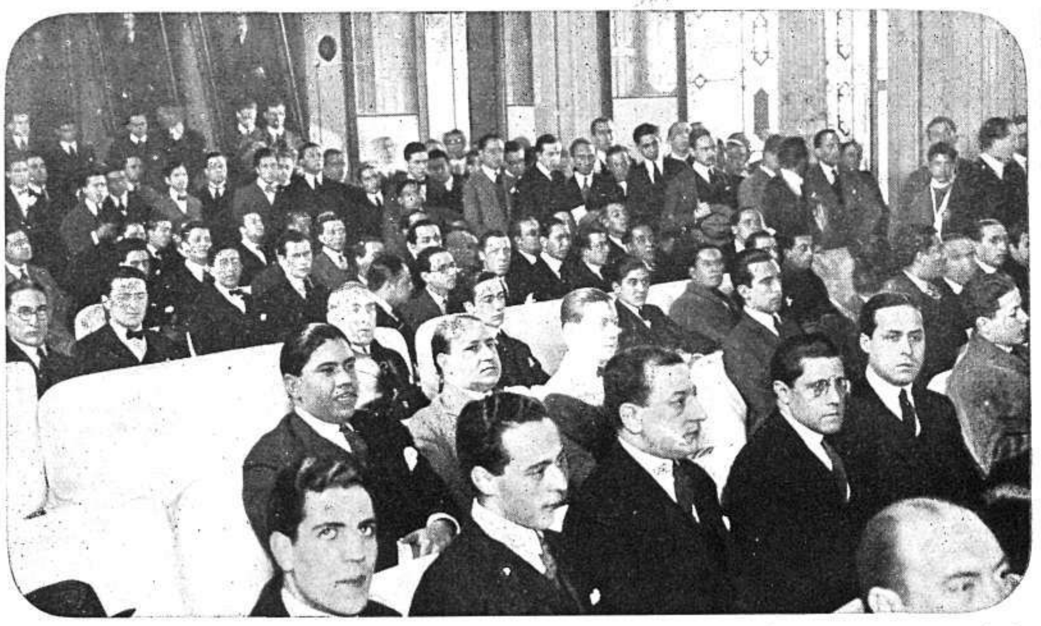
Un pelotón de revolucionarios cuyos avances y violencias obligaron al gobierno local a movilizar varios batallones en su persecución.

EL CONFLICTO DE LA FACULTAD DE DERECHO

Elección de decano y consejeros



El doctor José Arce, rector de la Universidad, presidiendo el acto verificado en los salones de la Facultad. Las mesas contiguas a la del rector son presididas por los doctores Oliver y Guiñazú, designados juntamente con delegados de los estudiantes para fiscalizar la elección.



Estudiantes de Derecho que asistieron a la asamblea en la que resultó elegido para desempeñar el puesto de decano el doctor Manuel Augusto Montes de Oca.

EN LA UNION POPULAR CATOLICA ARGENTINA

Demostración al doctor Horacio Beccar Varela



El obsequiado, presidente de la junta nacional de la institución, con el internuncio apostólico, monseñor Beda Cardinale, monseñor de Andrea y otras personalidades, después de haber recibido el nombramiento de caballero comendador de la orden de San Gregorio Magno, con que el Sumo Pontífice lo condecoró.

FOTOS DE BELL Y ARROYO



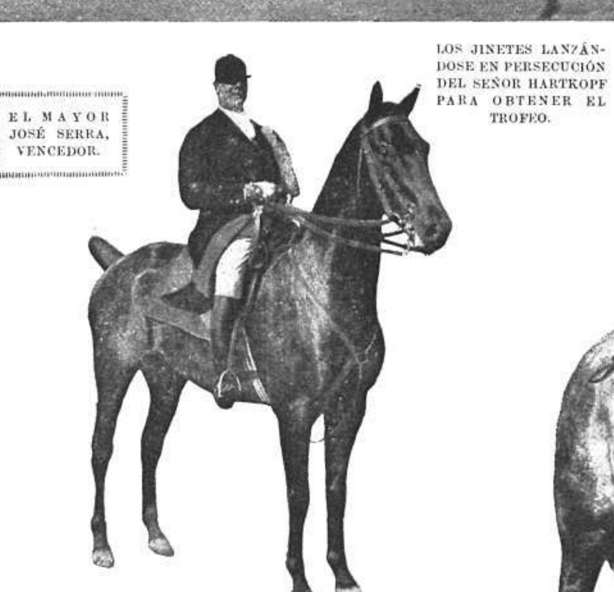
LA CABALGATA DIRIGIÉNDOSE A LA CACERÍA DEL ZORRO.

LOS JINETES LANZÁNDOSE EN PERSECUCIÓN DEL SEÑOR HARTKOPF PARA OBTENER EL TROFEO.



SEÑORITA OLGA ERISASU.

DON ALFREDO PASS, MAESTRO DE LA CACERÍA.



EL MAYOR JOSÉ SERRA, VENCEDOR.

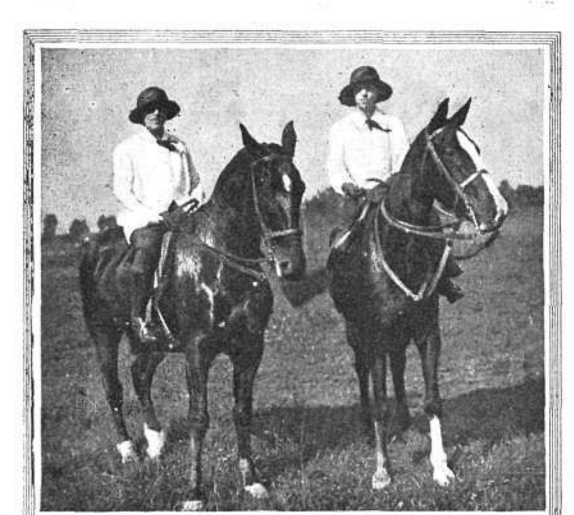


SEÑORA SARAH D. DE ORTIZ.



LA CAZA DEL ZORRO

Una briosa y lucida cabalgata de más de sesenta jinetes partió, desde San Isidro, hacia las lomas del mismo nombre, llegando hasta la propiedad de Monte Viejo, en cuya quinta reposaron y restauraron sus fuerzas con un lunch. Gentiles amazonas y diestros y numerosos jinetes tomaron parte en la pintoresca cacería organizada por el Club Alemán de Equitación en honor del Club Hípico Argentino, que resultó un hermoso ejercicio campestre, consistente en dar caza, a galope tendido, a la persona que lleva en el brazo izquierdo la cola del zorro, lo que da lugar a incidentes y rivalidades muy curiosas. El vencedor de esta porfía cinegética adquiere la cola del zorro y, como trofeo, la prende de la solapa, mientras que el jefe de la cabalgata reparte hojas frescas que todos sujetan en los ojales, regresando después de unas saludables horas de galopar al aire libre.



SEÑORITAS SARA Y EMMA REPETTO.



LA CABALGATA REGRESANDO DE LA CACERÍA.



EL MAESTRO DE LA CACERÍA RODEADO DE ALGUNOS JINETES.



UNO DE LOS PINTORESCOS LUGARES RECORRIDOS POR LA CABALGATA.



OTRO NÚCLEO DE CONOCIDOS JINETES

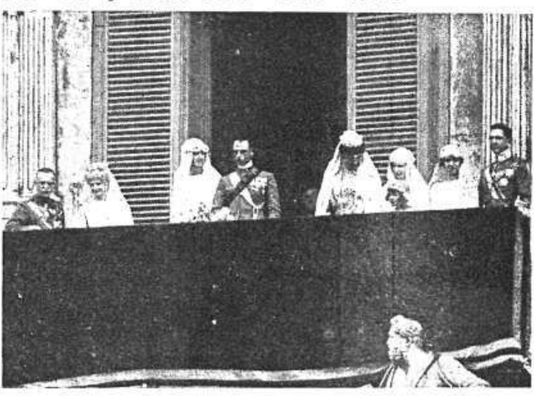


SEÑORITAS BLANCA Y BEATRIZ GOTUZZO.

"CARAS Y CARETAS" EN ITALIA.—Casamiento de la princesa Yolanda



La princesa Yolanda y su esposo el conde Calvi di Bergolo, una vez realizada la suntuosa ceremonia nupcial, se dirigen a "Villa Savoia" donde disfrutarán de la luna de miel.



Los reyes de Italia, la familia real y los novios asomándose a uno de los balcones del Quirinal ante la insistencia de la muchedumbre.



La enorme multitud que se congregó en la plaza del Quirinal para aclamar entusiastamente a los desposados.

ESPAÑA



El notable novelista español Eduardo Zamacois, colaborador de "Caras y Caretas", rodeado por literatos y periodistas madrileños que le obsequiaron con un banquete en un "dining-car" festejando el éxito de su novela "Memorias de un vagón de ferrocarril".



Los embajadores de Inglaterra y Alemania (la primera vez que aparecen retratados juntos después de la guerra) en el acto inaugural de la Exposición de cuadros originales del artista señor Berény.



El presidente del gobierno y los ministros de Estado, Gobernación y Gracia y Justicia rodeados de significados los concurrentes a la sesión del Congreso Nacional del Comercio Español en Ultramar.



La reina doña Victoria Eugenia y sus hijas las infantas doña Beatriz y doña Cristina en la inauguración de la Exposición de ventas de muñecas a beneficio de los niños pobres rusos.

ALEMANIA. — Cuadros de miseria en Berlín



Como funesto rastro de la guerra y de la crisis actual que prevalece en la industriosa Alemania, he aquí una larga cola humana — una de las muchas que se forman en toda aquella república — de obreros sin trabajo y sin hogar, aguardando pacientemente horas y horas y conservando sus puestos ante las puertas de uno de los asilos benéficos.



Provistos ya de sus amplios tazones, el desdichado desfile se dirige, por uno de los pasillos del establecimiento, hacia los depósitos de comida, donde se les provee diariamente de un frugal almuerzo.



Sala para hombres en uno de los asilos. — Tumbados en el enrejillado común que les sirve de lecho, los necesitados descansan de sus fatigas y de sus preocupaciones durante las horas del sueño.



Sala-dormitorio para mujeres. Son las madres, las esposas y las hijas desamparadas de los obreros que, después de luchar estérilmente en las trincheras, se encuentran ahora faltos de todo recurso, sin tener en qué emplear el resto de sus gastadas energías.

FOTOS DE NUESTROS CORRESPONSALES

Sinfonía florentina.



Madrileña.



Anselmo Miguel Nieto.



La chica del jarro.



La maja de San Eugenio.

EXPOSICION Anselmo Miguel Nieto EN EL SALON WITCOMB

DENTRO de breves días expondrá, en el salón citado, una serie de notables lienzos el pintor español don Miguel Anselmo Nieto. Trátase de un artista de pincel experto y clásico a la vez, que sabe copiar con realismo y maestría singulares las figuras humanas que alientan en sus cuadros con ese calor de vida que se desprende de los grandes retratos. El señor Nieto ha sabido conquistarse en breve tiempo las simpatías y la estimación de la sociedad porteña, para la cual ha pintado algunos excelentes retratos y la que ha podido apreciar sus méritos en diversas oportunidades. La crítica y el público apreciarán pronto, ante los cuadros expuestos, las brillantes cualidades artísticas de este pintor, uno de los más destacados de la actual generación española.



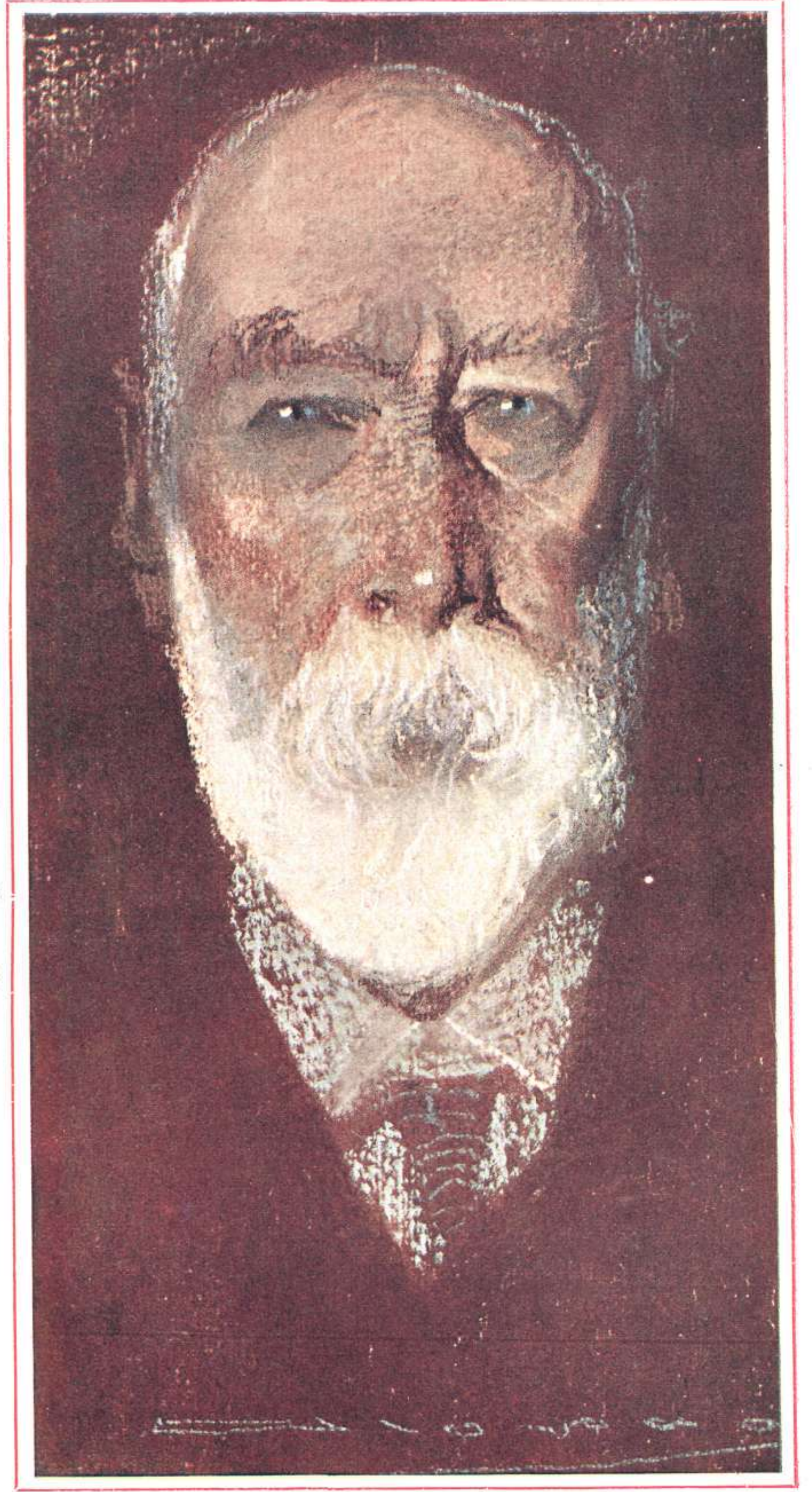
Verbenera.

FIGURAS
DE
ACTUALIDAD

SIR HENRY BELL

PRESIDENTE DEL DIRECTORIO DE LA COMPAÑÍA DEL F. C. DEL OESTE, EN LONDRES

POR
ALONSO



Nunca, al hablar con alguien, desentona,
puesto que es Bell bellísima persona,
y, como hombre de acción,
le llena de entusiasmo juvenil
la electrificación
de su ferrocarril.

Página Infantil

Niña de Farina



Niña de Nicholson



Niño de Shaw Tornquist

FOTOS DE WITCOMB



HOMBRES CÉLEBRES

RIVADAVIA

Debo advertirte, lectorcito argentino, que el autor de esta biografía no es compatriota tuyo. Llegó a este país hace años, como pudiera haber emigrado a otra república americana; pero le unen a tu patria tres lazos muy fuertes, tres lazos que viven y que comen pan, tres hijos, tres pequeños patriotas. Por eso me da gusto hablarte de los hombres que han formado la patria en la cual nunca supe considerarme extranjero, en la patria de mis pibes. Tú ya sabes que don Bernardino Rivadavia nació el 20 de mayo de 1780 y que era hijo de un caballero español y de una dama argentina. Su primer maestro fué el doctor Marcos Salcedo, sacerdote que enseñó primeras letras a muchos niños de Buenos Aires. Después estudió en el Colegio de San Carlos.

Indudablemente Rivadavia supo aprovechar las lecciones recibidas, porque durante toda su exis-



tencia demostró saber mucho. En su niñez y en su juventud el hombre echa los cimientos de su cultura, y pocos son los que, si descuidan los estudios primarios, llegan después a ilustrarse.

El 6 de junio de 1807 Rivadavia combatió como teniente de infantería. ¿No sabes lo que sucedió en esa jornada? Pues nada menos que todos los argentinos de entonces estuvieron a punto de pertenecer al imperio colonial británico. Ahora no le darás a las invasiones inglesas toda la importancia que tienen en la historia de tu país. Figúrate diez mil hombres de tropas veteranas apoderados de Buenos Aires. Los españoles y los criollos de aquella época necesitaron mucha bravura para conseguir la rendición de las tropas inglesas.

Entre los valientes estaba el joven Rivadavia, que cumplió su deber en primera línea. Otros de los muchachos improvisados militares siguieron la carrera de las armas. Hacían falta jefes para las luchas de la independencia, y, además ¿por qué no decirlo? ¡le gusta tanto a los muchachos lucir un buen uniforme!

Pues bien; aunque Rivadavia tenía tanto talento y tanto valor como el que más y hubiera sido un jefe admirable, no le tomó cariño al uniforme. Solamente se lo puso otra vez en que peligraron los destinos de su país: el 1.º de enero de 1809, contra Alzaga y sus partidarios y en defensa de Liniers.

Pero no acudió el día 23 de mayo de 1810 al Cabildo abierto vestido de militar. No le gustaba presumir ni «darse corte». Era un argentino modesto, de buenas costumbres. Hay personas que se vuelven locas por eso de vestirse a la moda y hacerse los personajes. El tiempo que debieran emplear en cosas más útiles para ellos y sus conciudadanos lo desperdician en zonceras vanidosas.

Rivadavia fué al Cabildo abierto para cumplir una misión patriótica votando por la causa nacional. Procuró no llamar la atención pública. Realizado su propósito vuelve a su casa y no sabemos noticias de él hasta 1811. En aquella época comenzó sus labores de organizador.

Rivadavia se parece a un ilustre norteamericano de que ya te hablé hace poco: Benjamín Franklin. También Franklin vistió el uniforme cumpliendo así con su deber para con su patria, pero sin seguir la carrera militar. Como Franklin, todos los actos de gobierno de Rivadavia se encaminaron a preparar ideas prácticas y beneficiosas.

Tú comprenderás que la Argentina de entonces, despoblada, sin rápidas vías de comunicación, entregada a la guerra, era un país que no se gobernaba fácilmente. Don Bernardino Rivadavia, al ser nombrado para la secretaría de guerra del Triunvirato, tuvo que luchar contra muchísimos inconvenientes. Tanto en los negocios militares como en los de hacienda y gobernación hizo maravillas. No tengo espacio para enumerarte las mejoras que inició entonces; pero tú, admirador del gran patricio, puedes enterarte de ellos en otros libros.

Tuvo que luchar el gobierno contra una conspiración dirigida por Alzaga. Rivadavia fué quien deshizo aquel movimiento con terrible energía, salvando a la Argentina.

En 1812 cayó el gobierno. Rivadavia vuelve a la vida privada hasta 1814, en que pasó a Europa encargado de una misión diplomática. Era un hombre que creía firmemente en el régimen republicano; pero, en vista de los hechos anárquicos que ponían en peligro la libertad argentina, transó con la idea monárquica.

Tal vez aceptó la misión de buscar un rey para la Argentina pensando ganar tiempo. ¿Quién sabe los propósitos ocultos de aquel cerebro privilegiado? No resulta difícil creer que Rivadavia, al aceptar con Belgrano la tarea de elegir un rey, sabía que contentaba a los monárquicos argentinos, mientras los hechos dieran la razón al republicanismo.

Aprovechó su viaje a Europa para conseguir atraer la opinión pública y de los gobiernos en favor de la Argentina. Se recuerda que conspiró eficazmente para lograr que la expedición militar destinada a América se sublevase antes de embarcar en Cádiz.

Regresó Rivadavia a la Argentina en 1820. El general Rodríguez, gobernador de Buenos Aires, le nombró ministro de gobierno.

Allí comienza la gran obra del futuro presidente. Ya te dije que se parecía a Franklin. La primera Caja de Ahorros, el Registro Oficial, la Sociedad de Beneficencia, los cimientos de la Catedral, la Casa de Expósitos, la Universidad, la enseñanza mutua, numerosas escuelas, bibliotecas, mercados, cementerios, ¡cuántas cosas creó en tres años de trabajo incansable!

Las Heras le nombró luego ministro, pero Rivadavia, no aceptando, volvió a Europa en misión diplomática.

Un año después de su marcha vino a Buenos Aires. Fué nombrado presidente de la República el día 8 de febrero de 1826.

Fué un mandatario modelo. Escuelas, becas para estudiar en Europa, contrato de eminentes profesores extranjeros, la irrigación, la importación de animales para mejorar el ganado criollo, los progresos en las industrias minera y pesquera y otros cien adelantos le debe el país. La Argentina pudo ayudar a la República del Uruguay en su lucha por la independencia, y la armada y el ejército nacionales consiguieron victorias. Por no originar una guerra civil, Rivadavia renuncia en 1827 y marcha a Europa. Cuando regresó para levantar las acusaciones que sus enemigos le hacían, fué desterrado. Murió en Cádiz el 2 de septiembre de 1845.

E D U A R D O   D E L   S A Z

DIBUJOS DE MACAYA



ANTONIO FRALDAO

A altas horas de la noche salía Antonio Fraldao de casa de Alonsa, cuando vió, a corta distancia, deslizarse un bulto que parecía una persona.

Fraldao salía recatadamente, y por eso no se cercioró; pero, aunque se cerciorase, no hubiera conocido probablemente quién era, pues ya no había luna a aquella hora, y las estrellas, en lo alto, palidecían. Además, los dos siguieron en sentido contrario; él, para meterse en casa, y el otro, si era persona, derecho a la cueva de los castaños, donde se sumiría en la densa tiniebla.

Aquello, al principio, no dió qué pensar a Fraldao; pero al llegar poco después a casa, al extremo opuesto de la pequeña aldea, puesta ya la mano en el aldabón, sospechó:

— ¿Quién sería aquel pájaro? ¡Si tendremos historia!...

Aun sintió, en un ímpetu, ganas de volverse atrás, de buscar el rastro hasta dar con el bulto en alguna parte, y de obligarle, si iba embozado, a mostrar la cara. Pero presumiendo que ya no lo encontraría, y no sospechando nada todavía de los besos de Alonsa y de sus juramentos, abrió la puerta y se fué a la cama, aunque, allá en lo íntimo, fastidiado...

Cuando encendió después la luz, junto a su catre, reparó que le temblaba la mano; y se acostó, pero no había manera de coger el sueño, y todo eran vueltas debajo de la manta.

—...¡Está bonito, está! ¡Lo que es ésta!

La madre, que estaba en un cuarto contiguo, separado solamente por un tabique, le preguntó desde allí si estaba enfermo, o qué era lo que tenía. Pero él, al responder que no tenía nada, parecióle que hasta oyó en la suya la voz de la mentira, y si mal estaba, peor quedó.

Ahora le aguijoneaban en todo, hasta en el alma, unas punzadas de impaciencia, y comenzó, poco a poco, a pensar si serían celos...

— ¡Celos! — decíase, admirado. — Pero, ¿celos de quién?

Bien pensado, aquello no pasaba quizá de una curiosidad, quizá de una simple sospecha: curiosidad por conocer el bulto, sospecha de que le hubiesen conocido...

Pero en seguida se tranquilizaba:

— ¡Bah! ¡Tampoco yo le conocí! ¡Quién sabe si hasta sería un loco!... — aventuraba Fraldao, para ver si se dormía.

Pero no se dormía; y en el cuarto de al lado, apurada, la madre rezaba a Nuestra Señora: «Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo...»

— ¡Bien digo yo! — se atrevió a decir otra vez la viuda.—Quiera Dios, Antonio; quiera Dios, y Dios lo quiera, que tanto trasnochar no acabe contigo...

— ¡Eso! — replicó el muchacho. — ¡Aun, encima, véngase ahora con agüeros!

Cantó un gallo a distancia en algún gallinero.

— ¿Lo ha oído, madre? Déjeme dormir, que ya cantan los gallos.

Pero le espantó el sueño el cuidado que le entró, no sabía de qué, y aunque con los ojos cerrados e inmóvil por causa de su madre, las ideas tomaban ahora cierto rumbo, ya fijo. Aquello suyo con la Alonsa era reciente todavía, y novios, por lo visto, no tenía ninguno. Ella misma se lo había jurado, poco antes, una vez más, y quitando aquel que la había perdido, y que después la arrojó al desprecio, no había conocido ningún otro hombre, ni quería. Buena moza, viviendo gracias a su trabajo, sola, parecía, en efecto, que la pobre muchacha le quería; y una vez que la había hablado de casarse, fijó en él sus grandes ojos negros, llenos de lágrimas, y con la cabeza le dijo que no.

— ¿Que no? ¿Y si yo lo quiero? — preguntó él.

— ¡No! Tú tienes a tu madre.

— Pero mi madre...

— Tu madre te necesita.

Y abrazándose a él, apretándole, llorando ahora con toda su alma, exclamó sumisa:

— ¡Déjalo!

Sólo por esto quería desde entonces a la muchacha; y si la veía de noche, a escondidas, era más por darle gusto a ella para que la publicidad de esas relaciones no le pusiese en situación desairada, que por envolver éstas en un misterio que, por no tener de que avergonzarse, hasta le pesaba. Se casaría con ella, seguramente, cuando la decidiese al casamiento; y esa objeción de la madre, con que ella, pobrecilla, le había venido más de una vez, aun aquella misma noche, acababa de deshacerla su propia madre desde su alcoba, diciéndole, cuando ya había amanecido y cuando todos los gallos de la vecindad charlaban desde lejos unos con otros:

— ¡Mira, Antonio! Si esos cuidados son los que yo pienso...

Se detuvo.

— ¿Qué hay? — contestó el muchacho para que dijera el resto de la frase.

— ¿Que qué hay?... ¡Lo mejor es que te cases!
No respondió.

* * *

Ese mismo día, después de cenar con la madre el caldo de berzas, Antonio Fraldao le dió las buenas noches, cogió el sombrero e iba a salir...

— ¿No era mejor que te fueras a la cama, Antonio? — preguntó la viuda.

— No tardaré, madre. Acuéstese usted, que vengo en seguida.

Dirigíase hacia la puerta; pero aún le advirtió su madre que tuviese cuidado, que los peligros surgían en cualquier parte...

— No tenga cuidado, madre. Pero no se apure.

Y cerrando tras sí la puerta, se encontró de repente en la calle obscura. En el cielo, muy alto, lucían estrellas en enjambres, y no había luna; y en las casas vecinas, ventanas y puertas estaban cerradas, y la aldea, pronta a adormecerse, parecía desierta. Ladraban perros aquí y allá, diseminados, guardando los corrales, y sólo del lado del campo, meciendo el dormir del paisaje, un ruido atenuado y suave, que era, a aquella hora, la fusión del canto de los grillos y de las cigarras, venía, difuso, a embriagar de sueño el silencio de las cosas...

Subrayadas de luz, una ahora, otra luego, algunas puertas en el interior de la aldea; y en la taberna del Grincho, entreabierta, bajo la humareda de los cigarros, que ondulaba en el aire como una niebla, la mesa de juego rodeada de gente.

Cruzó la aldea toda Antonio Fraldao sin que le vieran, y cuando llegó a casa de Alonsa, la moza, que ya le esperaba mirando a la calle por una rendija, le abrió la puerta y cerróla en seguida.

— ¡Válgame Dios, Antonio! ¡Tengo tanto miedo de que te vea alguien!

— ¡Pues yo, ninguno! Tiene que saberse; poco me importa.

Y ya frente a la joven, volviéndole el rostro para verle los ojos, le preguntó si estaba triste.

— No... Triste, ¿por qué?

— Lo estás; ¡vaya si lo estás!

— Es mi manera de ser; no lo estoy...

Pero a los ojos de Alonsa, para desmentirla, afloraron en seguida dos gruesas lágrimas...

— ¿Lo ves? — contestó Fraldao. — ¡Bien digo yo! Estás llorando. No quiero verte llorar.

— ¡No! ¡Pues no! — decía ella, enjugándose los ojos. — Ya no lloro. Pero esta vida mía...

Sentóla en un arca de pino que había al pie; sentóse él a su lado; cogióle las manos.

— ¡Ven acá, ven acá, tranquilízate! — suplicaba el joven. — Pero, ¿qué es lo que tiene tu vida?

— ¡Vaya!

— ¡Vaya qué; tranquilízate!

Alonsa se desahogaba: lo que aún le valía era el trabajo...

— ¡Al menos, mientras ando por ahí, que llueva, que nieve, hasta parece que se me alivian las penas!

Respiró muy hondo; mordióse el labio para reprimir las lágrimas.

— ¡Déjalo, ya te lo he dicho, no te apures! — continuaba Antonio. — Dios mejora sus horas.

— Sí, sí... Pero lo pasado...

Fraldao, para animarla, lo desdeñaba:

— ¡Vaya! ¡Lo pasado! ¡Lo pasado, pasado! ¡Lo pasado, dejarlo que se vaya!

Y mirándola, riéndose:

— ¿Me quieres?

— Sí.

— ¿Mucho?

— Mucho. No puede ser más.

Pero aquí, sin querer, vínole otra congoja, y escondiendo la cara en el delantal, como avergonzada, empezó a llorar angustiosamente.

— ¡Pero Alonsa! ¿Qué es eso? — decía el joven para calmarla. — ¡Oye! ¡Escucha! ¡Mira que me enfado!

— ¡No! ¡No! — repetía ella, sollozando.

— ¡Sí! ¡Sí! ¡Oye! Bien sé yo lo que quieres decirme...

Alonsa le rogaba que se callase, adivinando de lo que iba a hablarle.

— ¡No, no, Antonio! ¡Ten piedad!

— ¡Sí! ¡Tengo que decirlo! ¡El otro!...

— ¡Por el alma de tu padre, Antonio! — suplicaba Alonsa, cruzando las manos.

— ¡El otro, sí! ¡El otro! — insistía Antonio Fraldao. — ¿Quieres que te diga?

— *¡Oh, no, no! ¡Cállate!*

— ¡Sí! ¡Tengo que decirlo! Voy a decirlo: ¡Tanto como él, valgo yo ahora!

Ella apartó el delantal, asombrada:

— ¿Tú?...

— ¡Sí! ¡Yo! ¡Menos todavía!

— ¡Oh, Antonio! — exclamó Alonsa, cruzando las manos. — ¡No digas eso, que pecas!

Pero él, como clavándose un puñal, insistió:

— Ese te engañó, ¿no es verdad? ¡Te dijo que se casaba contigo, y no se casó! ¡Pero yo...

— ¿Pero tú?... — incitó la muchacha, sin comprender.

Fraldao le descerrajó:

— Yo... Fué un empellón que te di hacia la desgracia, separándote de él.

— ¡Pero si fué él quien no se quiso casar, Antonio! — dijo enloquecida la joven.

— ¡Si, lo fué! ¡Pero ahora, mujer de dos, mujer de cien! ¡Te hubieses quedado como estabas, que el deshonrado no eras tú!

¡Alonsa comprendió! Y cayó en un grande marasmo, que asustó al joven.

Para reanimarla, Fraldao dulcificó la voz y la atrajo hacia sí.

— ¡Ven acá! ¡Ven acá! ¡No te aflijas! ¿Vas a decirme toda la verdad? ¿Me lo prometes?

Ella no respondió, absorta...

— Lo prometes — dijo por ella Fraldao. — ¡Mírame bien entonces!

Ella le miró, serena.

— ¡Responde! ¿Le quieres todavía?

Chispearon de ira sus ojos encendidos:

— ¿Yo?

— ¡Ven acá! ¡Ven acá! — le dijo Antonio, con cariño. — Ya ves que aun he sido peor que él...

— ¡Antonio!

— ...¿Me perdonas?

— ¡Sí, te perdono!

— ¿Y te casarás conmigo?

— ¡No! ¡Eso no!

— ¡Pero, si yo no quiero más perdón que ese!

— ¡Déjalo!

— ¡Déjalo! ¿por qué?

Despreciándose a sí misma, la joven se encogió de hombros:

— ¿Y aun lo preguntas, Antonio?

Pero en esto, pareció que en el silencio de la calle, cerca de la puerta, se oyeran pasos...

— Escucha... — dijo Fraldao.

— ¡No es nadie! — replicó Alonsa, sobresaltada.

Pero Fraldao, desconfiado, quedó sobre ascuas, acordándose del bulto de la víspera.

Apartóse, midióla. Cogiéndola por las muñecas, le preguntó:

— ¿Lo oyes? ¡Tú me engañas!

La joven cayó de rodillas, como herida del rayo.

— ¡Por el alma de mi madre, Antonio!

Pero él rechazó el juramento:

— ¡No! Sólo diciéndome que sí a lo que voy a preguntarte: ¿Te casarás conmigo?

— ¡Sí! — respondió ella con energía.

Levantóse en un ímpetu Fraldao, apretóla contra su pecho, despidióse y, metiéndose el sombrero hasta las cejas, apagada la luz por precaución, dió vuelta a la llave y salió a la calle.

Cantaban los gallos... En casa, sentada junto a la lumbre, casi apagada, la madre de Fraldao rezaba el rosario, rogando por el hijo a Nuestra Señora: «Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo...»

* * *

Ya en lo obscuro, fuera, Fraldao se puso a olfatear, como si fuese un lobo. Había sentido pasos, no se engañaba, y era el bulto de la otra noche, ¡con toda certeza! Pero ahora, sondando con la mirada a su alrededor, en la tiniebla inmóvil y silenciosa, bajo el cielo melancólico, donde las últimas estrellas se apagaban ya, ningún bulto, ningún ruido, herían su atención. Sin embargo, ese aire frío que respiraba, juraría que un hálito enemigo lo apestaba, de alguien escondido por allí, en alguna parte... Pero un examen atento y escrutador, del oído principalmente, no le daba nada, y los ojos, inquietos en todas direcciones, como los de los lobos que tienen hambre, continuaban recibiendo de lo obscuro la misma impresión de vacío, que le afligía y le exasperaba.

— ¡Ah, perro! — gruñó el mozo. — ¡No encontrarte para comerte los hígados!

¡Oh, pero tenía que encontrarle! ¡Fuese como fuese! ¡Fuese donde fuese! ¡En el infierno! ¡Siete brazas debajo del suelo! ¡Había de dar con él! ¡Era el bulto de la otra noche, no hay duda! ¡Era el granuja que le acechaba!

— ¡Ojalá que encuentres la losa donde pones los pies, ladrón! ¡Había de abrirse la tierra y comerte, gran malvado!

Y al mismo tiempo que no quería marcharse lejos, y sondeaba en lo obscuro, con pertinacia, en dirección a la casa de Alonsa, entrábanle ganas de buscar más allá, más lejos, por todas partes; de no dejar pulgada que no escrutase, de mover y remover con las uñas, si preciso fuese, la propia tierra en que ponía los pies.

— ¡Perro del demonio! ¡Perro tiñoso! ¡Ojalá estés tan lejos del infierno como estás de mí, ladrón!

Ahora, como los ojos se iban habituando a lo obscuro, la exploración salía mejor; y conociendo el terreno como sus manos, y caminando por eso con seguridad, buscó, olfateó, hasta convencerse de que no había nadie.

— ¡Desapareció! ¡Ojalá venga un rayo que lo parta! ¡No doy con él!

Pero de repente tuvo un presentimiento:

— ¡Tate! ¡Huyó hacia la cueva! ¡Te encuentro detrás de algún castaño!

Y saliendo como una bala, tardó poco en descubrir un bulto que huía, y sintió todavía el ruido de los pies.

— ¡Ah, perro! ¡Ahora sí que sí! ¡Ya no te escapas, granuja!

Pero con la delantera que el otro le llevaba, y más aún corriendo hacia abajo, en aquel mismo instante le perdió de vista, desaparecido, como diluído en la obscuridad de los castaños.

— ¡Ah, ladrón! ¡Que era el último día de tu vida! ¡Pero se acabó! ¡Algún diablo tienes en favor tuyo! ¡Ah, malvado!

Y cogiendo del suelo dos grandes piedras, las tiró con furia al seno de lo obscuro. Pero sólo oyó el ruido de las ramas de los castaños, el ruido de los pedruscos al caer al suelo, y nada más.

— ¡Se acabó! ¡Se fué! ¡Alma del diablo! ¡No tenía que ser aún esta noche!

Y se volvió derecho hacia la aldea, furioso.

— ¡Mañana! ¡Deja! ¡No te has de escapar! ¡Yo te armaré la trampa si vuelves!

...Pero ahora, cuando regresaba, sólo le preocupaba saber quién sería el bulto, completamente inclinado contra Alonsa a la idea de que le hacía traición.

— ...¡Oh, qué gran tunanta!... ¡Tenía otro! ¡Cualquiera se fía!... ¡La gran tunanta tenía otro!...

Se detuvo frente a la puerta de la joven, insultándola con los puños cerrados:

— ¡Ah, traidora! ¡Ahora debía yo matarte! ¡Lo que tú necesitabas era morir! ¡Ah, traidora!

Y en un repente, enloquecido, fué a la puerta y llamó.

— ¡Si abre es porque le esperaba, la desvergonzada! ¡Y soy capaz de matarla! ¡La mato! ¡La mato, y se acabó!

Pero nadie respondía desde dentro; volvió a llamar. Pero de pronto, junto al postigo, oyóse la voz muy angustiada de Alonsa:

— ¡Vete! ¡Déjame! ¡No me persigas! ¡Por el alma de tu madre, ten pena de mí!

— ¡Abre! — rugió Fraldao, empujando la puerta.

— ¡No! ¡No! ¡Y si abres, me mato! — contestó desde dentro la voz de Alonsa. — ¡Vete! ¡Bien basta con lo que me hiciste! ¡Vete!

— ¡Oh! — gruñó espantado Fraldao. — «Lo que me hiciste...»

— ¡Había comprendido! ¡Comprendía todo, ahora!... El bulto, entonces, era José Cherugazo, el de Valdamadre... Y el malvado, después de haber engañado a la muchacha y de andar por allí engañando a otras, volvía a la misma para pasar el rato, ¡volvía a la misma por envidia! ¡Era la costumbre, ya se sabía! ¡Oh, qué gran canalla! Por eso ahora se acordaba cuando le encontró un día en la Cruz de la Carrera, camino del Soto; el malvado se echó a reír de cierta manera, como se ríen los lobos... ¡Le espiaba, aquel refinado granuja! ¡Ya estaba al tanto de todo! ¡Y era por envidia — ¡lo comprendía! — era sólo por envidia por lo que volvía otra vez a la puerta de Alonsa, a perseguir a la muchacha y a inquietarla!...

— ¡Oh, pero deja!... ¡No te irás sin lo tuyo!... ¡Grandísimo canalla, no te irás sin lo tuyo!

Y lejos ya, puesto que había dejado en paz a la muchacha, su gusto habría sido haberse ido a Valdamadre para ajustar las cuentas con aquel canalla.

— ¡Voy! ¡Me echo sobre él y me lo como vivo!

Mas pareciéndole aquello una sorpresa, reflexionó:

— ¡No! ¡Ha de ser de día! ¡A la luz del sol!

Y entrando casi contento en su casa, Fraldao fingió que reñía con su madre porque le había esperado, y, pidiéndole su bendición, se fué a la cama.

—¡No vayas a traer frío! ¡Todavía hay unas brasas!

—¡No, madre! ¡No se preocupe usted! Lo que yo no quería era verla levantada. Váyase a acostar, ande, y tenga paciencia.

El muchacho durmió el resto de la noche de un tirón, y al despertarse por la mañana para ir a trabajar, antes de romper el sol, le pareció todo aquello — lo que había sucedido la víspera — una pesadilla...

—¿Qué tal, eh? ¡Cómo las arma a veces el diablo! — decía acordándose, aterrado todavía.

En lo íntimo, sin embargo, salvo el odio al Cherugazo, Antonio Fraldao se sentía bien; y luego que la viuda le oyó cantar, ya levantado, también se alegró.

—¡Vaya, gracias a Dios, Antonio! — dijo ella, muy alegre. — ¡Gracias a Dios que te oigo cantar!

—¡Vaya, madre! ¡Es que he visto un pajarito nuevo!...

—¡Ah! — dijo la viuda, fingiendo que se admiraba. — ¿Y es bonito? — preguntó riéndose con cierta malicia.

—¡Ya lo creo que sí! ¡Y mucho!

La madre de Antonio no insistió, y el muchacho callóse también; pero cuando se despidió para marcharse al campo, a una mirada más escrutadora de la madre, Fraldao se echó a reír...

—Conque... —dijo, desafiándole, la viuda.

—Conque, madre, no es nada — respondió él, disimulando. —¡Es una cosa!

—¡Pero dila!...

Dudó. Hubo un silencio.

—¡Pues la diré! ¡Ea! ¡Se acabó! — dijo, condescendiendo, el muchacho. — Pero me ha de prometer usted primero que guardará el secreto...

—¡Lo guardaré! — prometió ella.

Otra pausa.

—Es que está pareciéndome que usted...

Detúvose otra vez.

—¡Anda! ¡Desembucha!

—...¡Que todavía va a tener una hija ahora, de vieja!

La madre soltó una gran carcajada, fingiendo que no comprendía.

—¡Lo que es eso! ¡A buena hora!... ¡Vaya una ocurrencia!

Y como el hijo estaba ya en la calle, corrió para decirle, desde la puerta:

—¡Oye, Antonio! — Y se reía mucho. — Lo que es ahora, sólo si fueran nietos...

Ya distante, el hijo volvióse hacia atrás, riéndose también:

—¿Y si lo fueran, madre?..

* * *

En las mañanas del final del verano, casi otoñales, el sol nace muy pálido, y ya hace frío. Pero ese mismo «airecillo» agreste, muy puro, enrarecido por la gran altitud, tonificaba la sangre de Antonio Fraldao, que horas antes había subido por aquellos mismos lugares con la cabeza casi ardiendo.

Ahora las ideas brotaban lúcidas y parleras, alegres como los pájaros ligeros que cantaban por cima de él. El campo también le parecía más claro y más alegre, y a ciertos árboles amigos suyos, que habrían conocido de niño a su abuelo, les oía que le felicitaban al pasar...

—¡Buenos días, Antonio! ¡De la que te has librado! Un pozo a los pies — le decía un olmo, — y por un tris no estás allí dentro...

—¡Es verdad! ¡Es verdad! ¡El demonio las arma cuando menos se piensa! ¡Nuestro Señor nos libre de tentaciones!

—¡Buenos días! ¡Adiós!

—¡Adiós! ¡Buenos días!

Y cierto palomar por donde pasó, todo encalado de blanco, le sonrió como una boda:

—¡Adiós, Antonio! ¿Cuándo te casas?...

En el Camino viejo, al saludar a las muchachas, Fraldao se puso a cantar:

Entre cañas y cañitas,
agua debe de nacer;
niña que estás en la fuente,
¿quieres darme de beber?

Ellas se lo agradecieron, riéndose.

—¡Adiós, señor Antonio, adiós!

Y como estuviese en el grupo Anita, la del Soto, que además de ser bonita era muy cantarina, le mandó esta «sólo para ella»:

Cerré en la mano sonrisas
de tu boca tan hermosa,
cuando abrí despúes la mano
era de color de rosa.

—¡Qué bonita es, Antonio! ¡Qué bonita! — dijo Anita, agradeciéndole la copla.

—¡Tú si que eres bonita! ¡Bonita como los amores! ¡Adiós!

Pero algo más adelante, cuando pasaba un riachuelo por unas piedras, una vieja que estaba lavando le preguntó:

—¡Antonio! ¿Conque dicen que te casas?...

La pregunta le sorprendió:

—¿Yo, tía Claudina?... — dijo, disimulando, el mozo. — ¡Quia! Tengo a mi madre. Para lo que gano, somos bastantes los dos. Y ¿cómo tan temprano por aquí? — preguntó sin detenerse.

—¡Los pañales de los nietos! ¡Qué remedio queda!

Fraldao iba ahora pensando, aprensivo:

—¿Sería brujería?... ¿O se burlaría la tía Claudina?...

Pero en la Cruz de Carlos, donde el camino forma una encrucijada para Valdamadre, se encontró, siguiendo la ladera que lleva a la aldea, al hijo de José do Cachao.

—¡Valentín! — gritóle desde lejos Antonio Fraldao.

—¡Qué! — respondió el otro, conociéndole en seguida.

—¿Vas a Valdamadre?

—¡Sí!

—¿Y eres capaz de hacerme un favor?

—¡Y hasta dos!

—¡Entonces, escucha! Dile a ese canalla de José Cherugazo...

—¿Al padre o al hijo?

—¡Al hijo! Dile a ese grandísimo canalla, ¡pero díselo!, que la primera vez que le encuentre, sea donde sea, que le he de romper con un palo la sesera. ¡Tan cierto como que hay uvas!

El otro quiso volver para atrás.

—¡No vengas, adiós! ¡Dile esto de parte mía!

—¡Antonio! — dijo ahora José do Cachao.

—¿Qué?

—Pero ¿qué diantres es eso?

—¡Es una cuenta pendiente! ¡Díselo!

Y José Cherugazo, prevenido poco después, sólo respondió esto a José do Cachao:

—¡Déjalo! ¡Estoy yo muerto por eso!

* * *

No tardaron mucho, pues, en encontrarse los dos; pero ni Fraldao buscó a Cherugazo, ni tampoco Cherugazo trató de ver al otro. Fué obra del acaso el que se encontraran ambos en el cabezo de las eras, en un día de feria, y avistarse fué lo mismo que ir el uno hacia el otro, ligeros y de cabeza erguida

Ya sabía Cherugazo a quién tenía enfrente, y porque el terreno le favorecía y el enemigo era de respeto, tomó la ofensiva en vez de defenderse, blandiendo un palo contra el adversario. Erró, sin embargo, el golpe, y, ligero como un gamo, Fraldao, echándose hacia atrás, púsose a esgrimir en el aire el palo; calculó y, apuntando a la cabeza al Cherugazo, le dió con toda su alma y le derribó del primer golpe; matóle.

— ¡Aquí del Rey! ¡Aquí del Rey! ¡Vengan!

Corría de todos lados la gente; era un torbellino alrededor del muerto. Habiendo tirado el palo, Fraldao, muy pálido, pedía a los que le rodeaban que le prendiesen.

— ¡Préndanme! ¡Préndanme! ¡He matado a un hombre! ¡Soy un desgraciado! ¡Que me prendan! ¡Que me prendan!

Y adelantando los brazos, angustiado que daba miedo, parecía ofrecer ya sus muñecas a los grilletes, mientras la feria, con mucho alboroto, se agolpaba toda en aquel lugar.

— ¿Qué es?

— ¿Qué ha sido?

— ¿A quién han matado?

— ¡José! ¡No vayas a meterte allí! ¡Ven acá!

— ¡Antonio! ¡Huye para aquí, que te van a espachurrar!

Eran madres que llamaban a gritos a sus hijos, mujeres a sus maridos: ¡un griterío y un bullicio! Y, por encima de ese vocerío espantoso, aquellos lamentos que hacen las poseídas, trágicos y espantosos, feroces como gritos de hienas: «¡Ihh!...»

Ya estaba preso Antonio Fraldao, y con la chaqueta al hombro, sin sombrero, seguía hacia el pueblo entre los guardias, detrás del alcalde, que abrían el camino; mientras otros, haciéndose cargo del muerto, formaban círculo alrededor del cuerpo, esperando a que viniese la justicia.

Pero, pasada la crisis, empezaba a comentarse lo acontecido, y ya había partidos:

— ¡Cherugazo fué el que atacó primero!

— ¡Fraldao, al defenderse, hizo lo que haría cualquiera!

¡Y que tal, y que cual!

— ¡Pero ya andaban reñidos!

— ¡Dejarlo! ¡Lo que pasó aquí es lo que vale!

— ¡Fraldao le había desafiado!

— ¿Quién te lo ha dicho?

— ¡Lo está contando allí José do Cachao!

— ¡Cuentos! ¡El caso es que no fué traicionero!

— ¡También Cherugazo le mandó a decir que muerto por eso estaba él!

— ¡Ya ves!

— ¡Ya lo ves! ¡El muchacho no tuvo la culpa!

— ¡Que no!

— ¡Que no!

— ¿De modo que se mata así a un hombre? — vociferó uno de Valdamadre.

— ¡Eso es otro caso! ¿Y si fuese Antonio el que hubiera muerto? ¿No le apuntó el otro a la cabeza?

— ¡Y antes!

— ¡Y antes, claro está!

— ¡Si no le dió fué porque no pudo!

— ¡Y si le da, se acabó!

— ¡Está visto! ¡Se defendió! ¡Cualquiera habría hecho lo mismo!

La corriente, como acequia impetuosa, era, pues, a favor de Fraldao; y cuando de allí a poco se oyó gritar de una manera desgarradora a una mujer, y se supo que era Alonsa, y por lo que lloraba, el incidente acabó de volver a la feria en favor del muchacho, y ya nadie, ostensiblemente, tomaba partido por el muerto.

— ¡Pobre Alonsa!

— ¡Pobre Antonio!

— ¡Y si fuésemos a quitársele a los guardias, muchachos! — dijo uno. — ¡Vamos a quitársele a los guardias!

— ¡Andando!

— ¡En seguida! — dijo uno. — ¡Vamos allá!

— ¡En seguida! — dijeron unos pocos.

Pero un viejo de Variz, que estaba a caballo para ver mejor, echóles a la cara la cabalgadura, conteniéndolos:

— ¡Alto! ¡Juicio! — gritó imperativamente. — ¿Qué vais a hacer?

— ¡Atrás! — vociferaban muchos al mismo tiempo. — ¡Atrás!

— ¡No hay atrás que valga! — repitió el viejo desde encima de la yegua. — ¿Quién me manda retroceder?

Rodeáronle; iban a echársele encima.

— ¡Bueno! ¡Entonces, que le juzguen! — increpó uno, con la boca llena de espuma. — ¡Que le juzguen, y le mandarán a Africa!

— ¡Y así será!

— ¡Así!

— ¿Qué pasa? ¿Qué pasa? — clamaron unos pocos en *crescendo*. — Al juez que le condenase, se le hacía lo mismo.

— ¡Lo mismo! ¡Está claro!

— ¡Está claro! ¡Se le hacía lo mismo!

— ¡Muera!

— ¡Muera!

El viejo se apeó, furioso:

— ¿Muera quién? ¡So grandes animales! ¿Creéis vosotros, so burros, que hay juez que condene al muchacho?

— ¡Viva!

— ¡Viva!

— ¡Tiene razón el tío José!

— ¡Viva!

— ¡Viva!

...Al mismo tiempo que las rejas del calabozo, abriéndose y cerrándose en seguida, recluían al mozo en nombre de la ley, y el Cherugazo, boca arriba, seguía extendido en la feria, esperando que le hiciesen la autopsia...

* * *

No fué condenado, en efecto, Antonio Fraldao. Absuelto unánimemente, al abrazo que le dió Alonsa a la salida de la Audiencia, con todos alrededor tratando de abrazarle, Fraldao respondió, siempre llorando, ¡besándola como un niño! Se habían casado en la cárcel, meses antes, cuando la madre de Fraldao, pobrecilla, temiendo por la suerte de su hijo, se había consumido ya, llorando, por él, y llorando por él, y rezando, había exhalado, sin verle, el último aliento...

T R I N I D A D E   C O E L H O

D I B U J O S   D E   R E Q U E N A   E S C A L A D A



EL DISCO

Por

MIGUEL ZAMACOIS

Traducción de B. de Laón

—Mi estimado señor Forumier, he venido hacerle una... pequeña... pregunta...

—Hágala usted, mi querido escribano. ¿Pero está usted preocupado?

—En efecto, lo estoy al más alto punto, mi estimado señor Forumier... Es delicado... Usted acaba de perder su querida esposa y mi pregunta va a parecerle intempestiva, fuera de lugar, sin ningún tacto... sin educación.

—Y entonces, ¿por qué la hace usted, mi querido escribano?

—Porque es necesario... Es necesario por una razón que debe quedar en secreto hasta nuevo aviso.

—¡Cuántos rodeos!... Hágame no más su pregunta:

—Hela aquí. ¿Si una vez... no se sorprenda usted, si una vez piensa usted en casarse, seré yo el encargado del contrato?

—Tenía usted razón, señor Mouillard, de prevenirme sobre su pregunta... Después de tres semanas es, en efecto, una extraña cuestión la que usted propone a un viudo sinceramente aquejumbrado.

—Tengo mis razones, como usted lo comprenderá bien, mi estimado cliente... Razones que usted conocerá posiblemente un día... Y ahora que usted me ha dado la seguridad de ser uno de los primeros en conocer su proyecto en caso de reincidencia en el matrimonio, le presento mis excusas y le renuevo mis condolencias a su duelo y a su inmenso dolor.

Un año justo después el señor Forumier se presentaba en casa del señor Mouillard.

—Mi querido maestro —dijo, apenas se había sentado,— a mi vez me hallo un tanto embarazado del objeto de mi visita... He aquí los hechos: Me vuelvo a casar y vengo a verlo según la promesa que le hice, para que redacte el contrato matrimonial... Soy un ser tierno, eminentemente sociable; tengo necesidad de una compañía, de una asociada, a trueque de ser pasto de una neurastenia aguda que me acedía... Voy a casarme con la señora Emma Boryean... La he elegido porque era una amiga excelente de mi pobre esposa y nuestra comensal asidua... Ella formaba parte de nuestro interior hasta cierto punto y conoce las costumbres y las tradiciones de mi hogar, de mi interior... Será algo así como si la amante sesión conyugal interrumpida continuara desde hoy...

—Es usted dueño, mi querido cliente, de sus sentimientos y de sus acciones —repuso el escribano.— Lo que me interesa a mí es que su gestión me desliga del secreto profesional y que puedo revelarle las razones de mi falta de tacto aparente de la vez pasada. Sabed que meses antes de su muerte, la señora Forumier vino a verme. Ella me entregó ante todo el testamento que hacía de usted su legatario universal, y luego me dió una caja de cartón lacrada con sellos rojos, diciéndome a boca de jarro:

—¿Señor Mouillard, tiene usted un fonógrafo?

—Sí —le contesté sorprendido.— Tengo un fonógrafo gracias al cual nos ofrecemos de tiempo en tiempo un concierto mi esposa y yo.

—Bien —repuso ella.— Esta caja contiene un disco que yo he hecho imprimir en una usina, diciendo que era una comedia de salón. Este disco, señor Mouillard, se lo confío con la misión sagrada de hacérselo oir a mi esposo en el caso, en que ya viudo, venga ulteriormente a informaros de su enlace con la señora Emma Boryean.

—¿Emma Boryean? ¿Está usted seguro que la nombró? —interrumpió estupefacto el señor Forumier.

—Le doy a usted mi palabra de honor... Y esta adivinación no tiene nada de extraordinario si se reflexiona que esta dama, siendo su amiga, hallábase cotidianamente mezclada a vuestra existencia; debíale usted atestiguar abiertamente, sin duda, una buena amistad, y la idea pudo venirle naturalmente a vuestra esposa de una unión eventual con esta persona, si ella desaparecía... Innumerables son los ejemplos de viudos que se casan con la hermana o una amiga de la extinta y de viudas que se casan con el hermano de su marido o con un amigo de éste. Si usted permite, vamos a oir el disco.

—Vamos —agregó el señor Forumier preocupado,— pero le aseguro que no puedo ocultarle la emoción profunda que voy a sentir al escuchar esta voz de ultratumba... Sobre todo después de los motivos que me han traído hasta aquí...

Habiendo ido a buscar en persona el fonógrafo, el escribano hizo saltar los sellos de lacre que cerraban la caja y apareció un disco negro y brillante finamente grabado. Dió cuerda al aparato, y dió por fin al disco un envión circular...

Primero se oyó el roce de la púa contra la ebonita, y luego una voz apayasada, pero reconocible de la señora Forumier, irrumpió súbitamente:

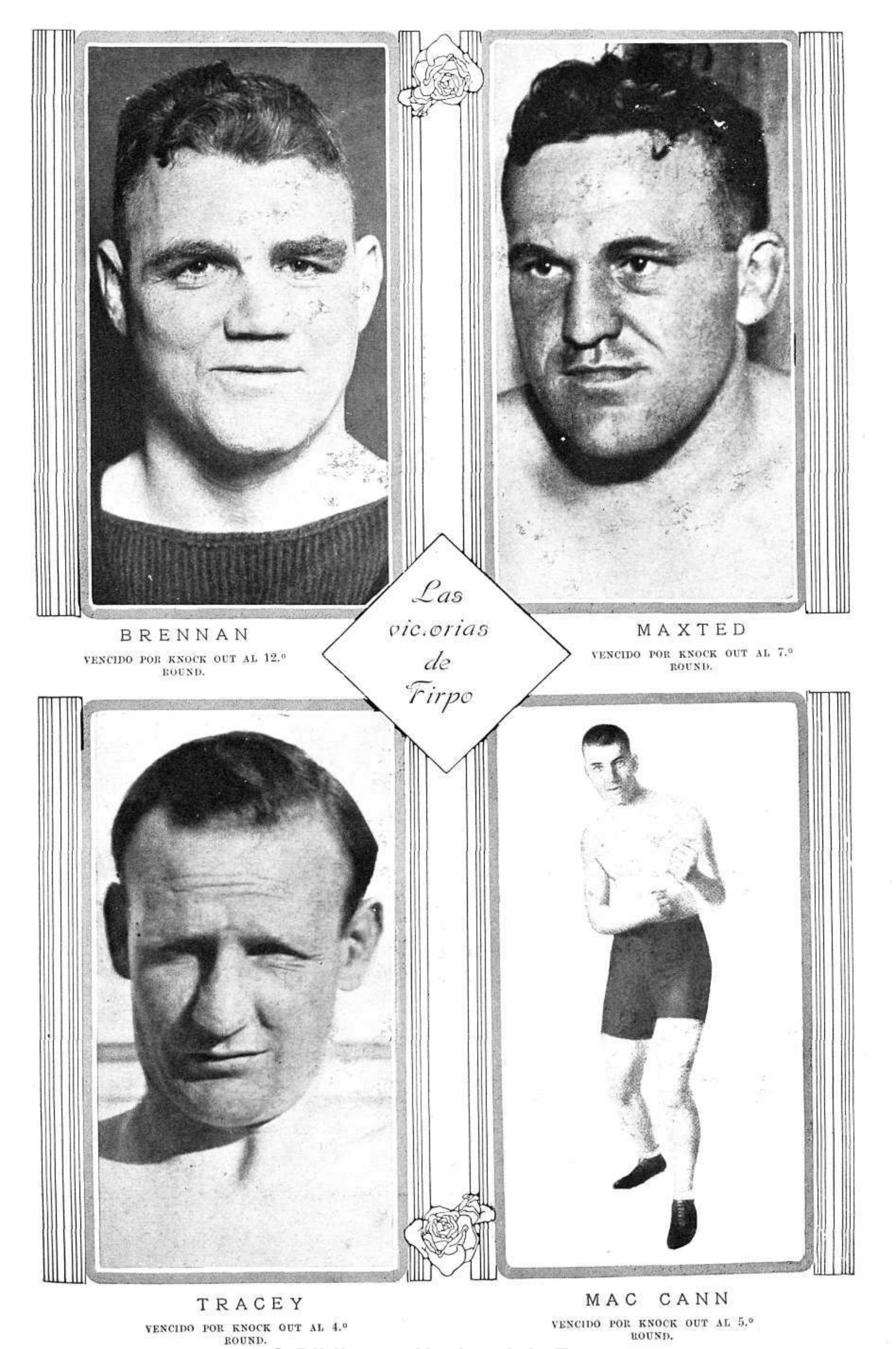
«Mi buen Francisco (era el nombre del señor Forumier), tu has resuelto casarte con Emma... Haz tu voluntad, pero antes escucha. Y no te fastidiaré con lo que voy a decirte... Sé que desde cuatro años Emma es tu amiga... que ella ha abusado de la hospitalidad afectuosa que le he dado para incautarse de ti, cosa que no es difícil porque tú eres débil e inconstante... He sufrido cruelmente, y si he soportado mi desgracia sin protestas aparentes fué porque temía perderte totalmente. He preferido el heroísmo de conservarte infiel... Gracias a mi coraje tuve al menos el placer de tu presencia, la alegría de algunos de tus buenos pensamientos y de tus delicadezas amistosas... Pero ahí se detiene mi resignación dolorosa. No quiero que aquella a quien debo mi desgracia se siente, secretamente triunfante, en el sitio de la que fué una esposa honesta. No quiero que una intrigante indigna tome el nombre y el título que fueron míos... Una intrigante indigna, te lo repito, mi pobre Francisco, y tanto peor si te hago mal al decírtelo. Yo también sufrí, y no lo merecía... ¡Una intrigante indigna, porque esta mujer que busca robar la consideración, te engaña desde hace tres meses (cuando yo lo supe) con tu buen camarada Grevigny!... Si no te he dicho esto, fué porque una vez desencadenado el drama no hubiera podido detener las consecuencias, tal vez trágicas, y yo hubiera sido —porque la pasión tiene misterios incomprensibles— la víctima definitiva... Fácil te será comprobar lo que te digo... ¿Te liberarás, si o no?... Poco me importa... Lo único que te pido, mi buen Francisco, es conservar vacío el sitio que merecí por mi ternura, mi constancia y mi fidelidad. Si tú cumples con mi pedido, en el más allá desconocido, donde me hallaré, me sentiré feliz y te perdonaré el mal que me has hecho sin sospecharlo.»

El disco había terminado... Con los ojos llenos de lágrimas el señor Forumier era presa de los sentimientos más contradictorios, e iba del acongojamiento hasta el furor.

—¡Yo lo sabré!... ¡Lo voy a saber!... ¡La canalla!... ¡Y la pobre inocente!...

Y fuése como un loco.

El señor Forumier lo ha «sabido». Ha enviado al diablo a la señora Boryean y al señor Grevigny, y más tarde ha comprado un fonógrafo. Un sólo disco da vueltas en él, y cuando el remordimiento pesa fuerte sobre las espaldas del señor Forumier, el pobre viudo oye con fervor la palabra reconfortante que lo perdona y que viene del más allá...



Las victorias de Firpo

BRENNAN

VENCIDO POR KNOCK OUT AL 12.º ROUND.

MAXTED

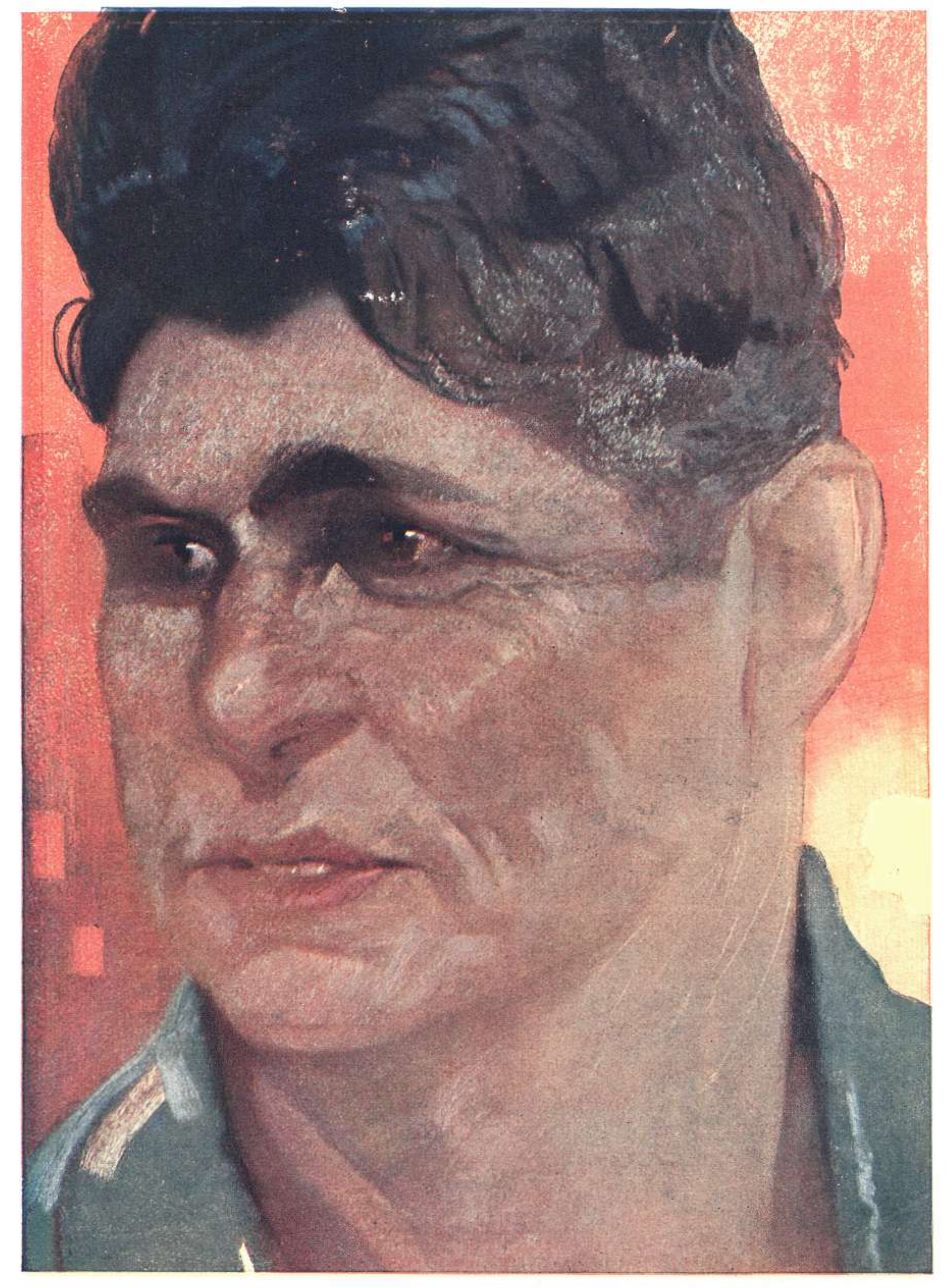
VENCIDO POR KNOCK OUT AL 7.º ROUND.

TRACEY

VENCIDO POR KNOCK OUT AL 4.º ROUND.

MAC CANN

VENCIDO POR KNOCK OUT AL 5.º ROUND.



FIRPO

De nuestro compatriota, cuya vertiginosa carrera hacia el campeonato mundial es la más rápida conocida, sólo podemos decir, de acuerdo con las opiniones más autorizadas de Norte América, que actualmente es uno de los más completos y formidables boxeadores del mundo.

PASTEL DE ALONSO



UNA MEMORABLE JORNADA PUGILISTICA EN NUEVA YORK

Firpo pone knock out a Mc Auliffe. Willard vence a Johnson

RECIENTE aun el triunfo sobre Brennan, la nueva pelea ganada por Firpo sobre Mc Auliffe en Nueva York, viene a colmar el entusiasmo general por el pugilista argentino. Esta última victoria lograda con un irresistible «swing» de su derecha en el tercer «round», acerca a nuestro compatriota al campeonato mundial. Si consigue derribar a Willard, su inmediato contrincante, Firpo estará en condiciones de ponerse frente a frente del coloso Dempsey, su más vivo anhelo, y entonces, con un esfuerzo de bravura, sentirse acaso único e indiscutible.

El gran boxeador en un ángulo del ring esperando la orden para comenzar el match. La habitual fisonomía de Firpo cambia totalmente al entrar en acción, siendo entonces enérgico y violento su gesto.

Jack Mc Auliffe, el excelente boxeador, invicto hasta su decisiva derrota por el campeón sudamericano de todos los pesos.

JESS WILLARD, el próximo contendiente de Firpo, cuya pujanza en el boxeo es enorme, puso fuera de combate en el 11.° «round» y por «knock-out» técnico, a su adversario Floyd Johnson, el joven y recio pugilista de habilidad y coraje reconocidos.



Original foto de Willard, el ex campeón mundial, que con su victoria sobre Johnson se ha colocado nuevamente como uno de los aspirantes al ansiado título.



Floyd Johnson, que por un tiempo constituyó una gran esperanza de que pudiera disputar a Dempsey el campeonato, descartado después de la derrota que le infringió Willard.

FLOYD JOHNSON, derrotado por Willard después de una reñida lucha, durante la cual el segundo lo castigó tan duramente, que el referee hubo de suspenderla al 11.° «round» por el agotamiento físico que presentaba el primero a consecuencia de los golpes sufridos.

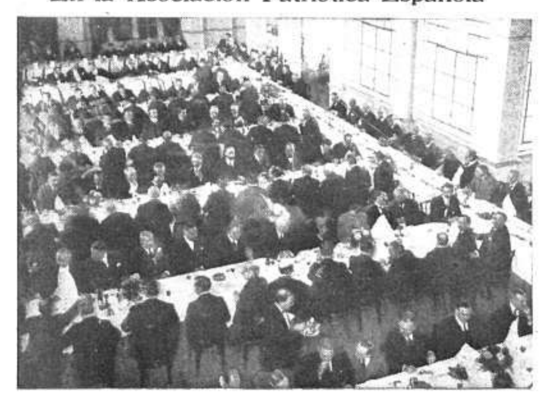
Mítin en homenaje a los delegados a la V Conferencia Panamericana



Vista parcial de la gran manifestación desfilando por la avenida de Mayo. El pueblo exteriorizó, de un modo tan espontáneo como sincero, su simpatía y su espíritu de solidaridad por la notable actuación pacifista y democrática de nuestros delegados a la V Conferencia.

El doctor Manuel Montes de Oca, con los miembros de la delegación panamericana por él presidida, asomándose a uno de los balcones del Club del Progreso para presenciar el popular desfile, a cuya cabeza hubo de ponerse en vista de la reiterada insistencia de los manifestantes.

En la Asociación Patriótica Española



Almuerzo servido en honor de don Antonio Larraechea, cuya brillante labor como presidente de dicha institución ha merecido los plácemes de todos los asociados.

Día de la Madre



Público que asistió, en la Asociación Cristiana de Jóvenes, al acto que se efectuó en homenaje a la madre, organizado para propagar y acrecentar sentimientos nobilísimos en el pueblo.

En la Sociedad Rural Argentina



Caracterizados caballeros que asistieron a la demostración ofrecida al presidente de la prestigiosa sociedad, ingeniero Pedro F. Pagés, para testimoniarle su adhesión por el éxito alcanzado por la exposición de la Granja, en la que se pusieron de manifiesto las inteligentes iniciativas del festejado.

Asociación Italiana Pro Schola





Familias de la colectividad italiana que asistieron a la fiesta celebrada en el vapor "Conte Verde" por iniciativa de las señoras de dicha asociación. El animado festival se singularizó por la asistencia de numerosos niños, que fueron atendidos y vigilados por una comisión de señoritas.

En la Embajada del Brasil





El Presidente de la República y su esposa doña Regina Pacini, retirándose de la embajada del Brasil acompañados del embajador don Pedro de Toledo y de altos personajes, después de haber asistido a la recepción — que resultó una hermosa fiesta de confraternidad — dada en su honor por el diplomático brasileño.

Enrique García Velloso



El distinguido escritor Enrique García Velloso que acaba de regresar de España donde realizó una proficua labor de acercamiento intelectual y que, a su llegada a Buenos Aires, hubo de internarse en el sanatorio Caride para que le hicieran una operación quirúrgica. El conocido literato fué visitado por significadas personalidades, de las que recibió vivas demostraciones de aprecio.

Congreso Sionista Argentino



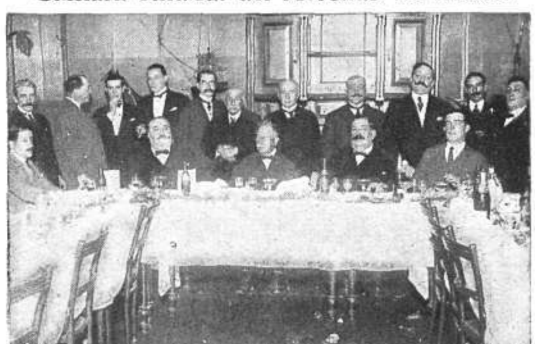
Uno de los delegados haciendo uso de la palabra en la sesión de apertura del 7.° congreso, en el que se tratarán asuntos de importancia.

En el Savoy Hotel



Jóvenes invitadas al animado festival organizado por la comisión de señoritas de la Liga Patriótica Argentina pertenecientes a la brigada de Flores.

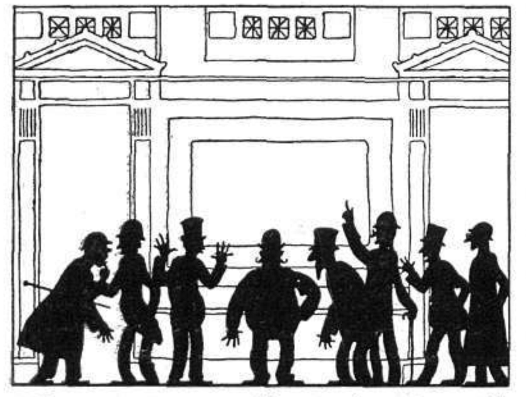
Cámara Sindical del Mercado de Abasto



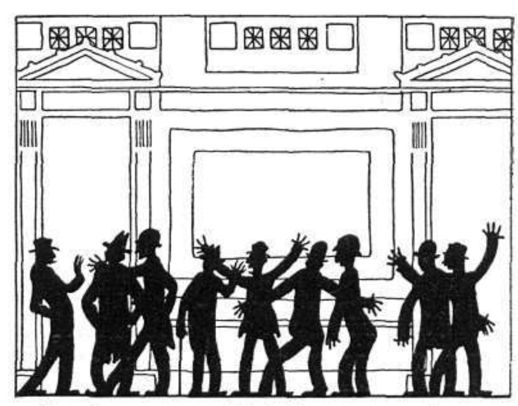
Directores y empleados superiores de la entidad que fueron comensales en el banquete celebrado con el objeto de estrechar vínculos de camaradería.

DICHO Y HECHO, POR SIRIO

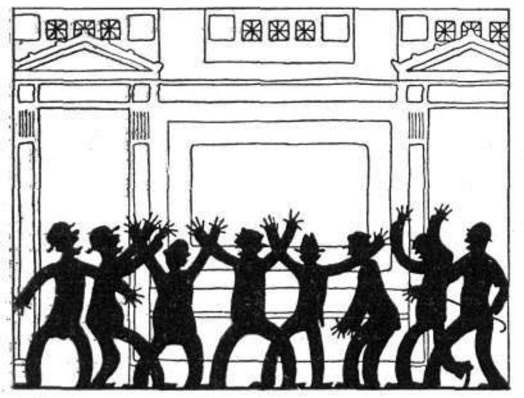
EFECTOS DEL MENSAJE



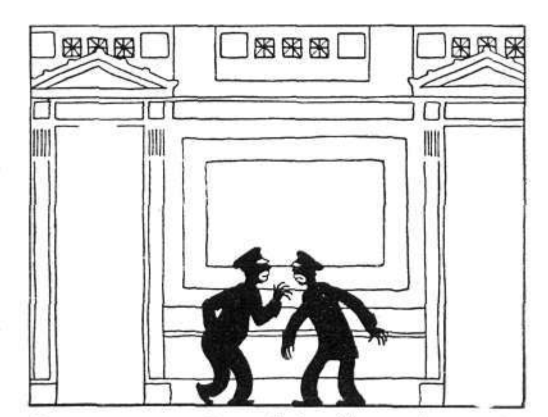
CONSERVADORES. — El mensaje está muy bien escrito.



DEMÓCRATAS. — Admirablemente escrito.

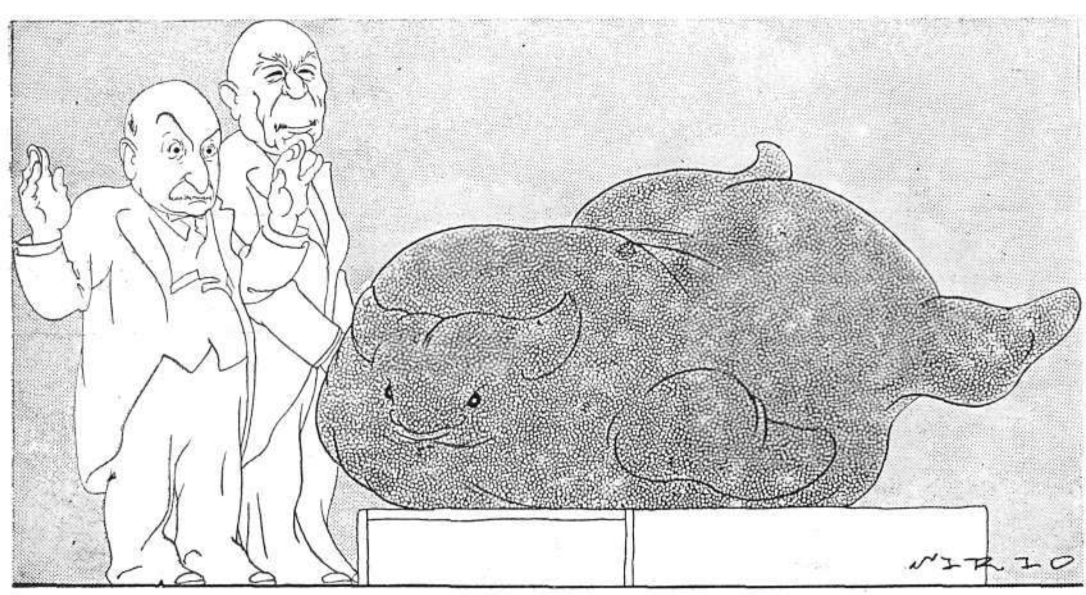


RADICALES. — Maravillosamente escrito.



ORDENANZAS. — Pura admiración por el mensaje. Puros aplausos. Puras dietas y... puro te con leche.

EL MONSTRUO MARINO



LOZA. — Ese monstruo marino debe ser un seudónimo del presupuesto.
GALLARDO. — ¡Si el presupuesto tiene poco de marino!
LOZA. — Pero tiene mucho de monstruo.

Te ofrecido en honor de la señora Regina Pacini de Alvear



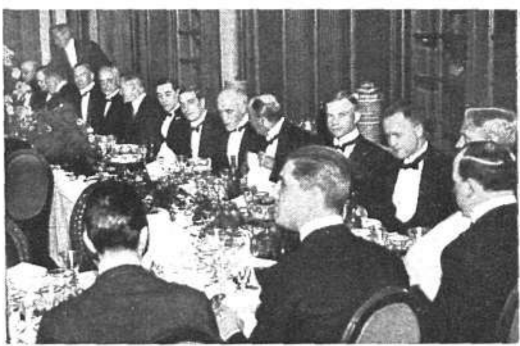
Conocidas figuras femeninas de nuestra sociedad con la esposa del Presidente de la República en cuyo honor dió un te, a bordo del trasatlántico "Conte Verde", la condesa Carola Colli di Felizzano, esposa del ministro de Italia, nota social que alcanzó prestigioso lucimiento por la distinción y la categoría de la concurrencia.

A bordo del "Conte Verde"



Banquete celebrado en el vapor "Conte Verde" por el directorio del Lloyd Sabaudo bajo los auspicios del ministro de Italia, asistiendo los ministros de Relaciones Exteriores y Marina, el jefe de la policía y personalidades de la colonia italiana.

Demostración al señor Roberto C. Love



Conocidos miembros del mundo de las finanzas y caracterizadas personas de la colectividad norteamericana que asistieron al banquete en honor del presidente del American Club y gerente del National City Bank of New York, don Roberto C. Love.

Banquete en obsequio de Mr. H. Fletcher



Mr. Henry Prater Fletcher, presidente de la legación norteamericana a la V Conferencia, acompañado de su señora, del embajador de su país Mr. Wallace Riddle, de otras distinguidas personalidades, entre las que se hallan los delegados argentinos doctores Montes de Oca y Saguier, y el ministro de Agricultura, doctor Le Breton, quien ofreció al primero una comida en el Plaza hotel.

FOTOS DE BELL

Campeonato Río de la Plata en el Buenos Aires Lawn Tennis Club

Jugadoras y jugadores que toman parte en los partidos de eliminación


Señorita L. Giusti.


Señorita A. M. Donovan.


Señcrita D. W. Boadle.


Señorita A. Bottrill.


Señorita J. Anderson.


G. R. Williams.


Señorita J. Ezcurra.


Señorita A. Daireaux.


Señorita E. Drabble.

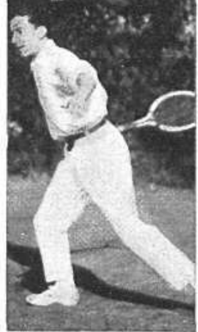

A. R. Dodds.


C. Zemborain.


Una notable jugada de M. F. Dumas y E. V. Brown. — Dados los adelantos alcanzados hasta ahora en las partidas, el interés por los resultados finales es muy grande entre los numerosos aficionados a este deporte.


C. Dumas.


F. Rojas.


A. Hortal.


E. Arrieta.


L. P. Groussac.


D. de Urquiza.

Campeonato ciclista de velocidad del Río de la Plata

Pruebas de selección de los corredores que representarán a la Argentina en Montevideo



Antonio Secchi, clasificado primero.



Eugenio Grett, que llegó segundo.



Victor Astori, clasificado tercero.



José Guzzo, que actuará como suplente.


Largada de los corredores que disputaron las interesantes pruebas eliminatorias frente al monumento de los españoles.


Llegada de la segunda serie, cuyo final dió por resultado la elección de los cuatro corredores citados.

Partido de football River Plate v. San Lorenzo de Almagro






Tres notables instantáneas obtenidas durante el reñido match jugado ante una enorme concurrencia en la cancha de los segundos, que terminó con el empate de un goal.

FOTOS DE ARROYO Y BELL.

DE ROSARIO



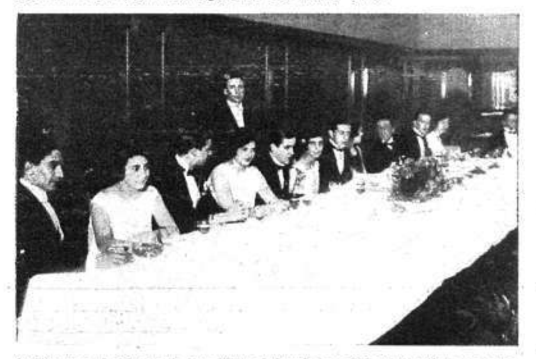
Familias de Facciano, Casals, Copiello y Klerks y un grupo de socios del Club Regatas Rosario que actuaron en los matches de tennis organizados durante la semana deportiva por dicho club.



Señoritas Colombres, Uranga, Fidanza y Alvarado presenciando las diversas pruebas.



El vicegobernador de la provincia y el intendente municipal rodeados de distinguidas señoras que asistieron al interesante torneo desde los jardines del Club Regatas Rosario.



Asistentes al "diner-dansant" celebrado en el Jockey Club en obsequio a la delegación de "yachtsmen" del Club Argentino de Buenos Aires que presidía el almirante Domecq García.



Animado aspecto que presentaba uno de los salones de la institución donde tuvo lugar la lucida velada, a la que concurrieron destacadas familias de la sociedad rosarina.

DE MONTEVIDEO



El Ing. Serrato, presidente de la república, contestando el discurso pronunciado por el nuevo ministro alemán, doctor A. Schmidt Elscop, en el acto de presentar sus credenciales.



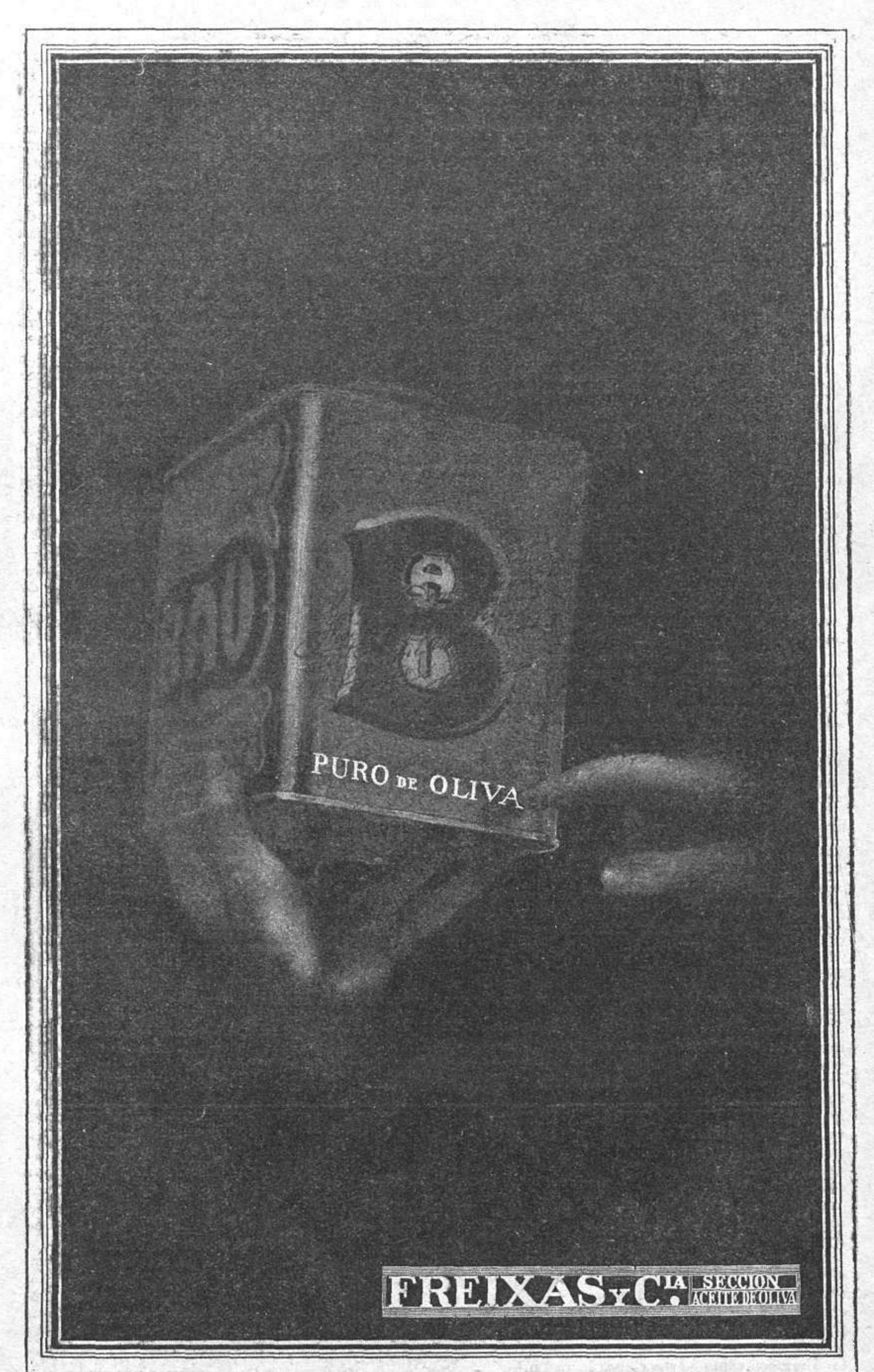
Inauguración de la Clínica Ginecológica en el hospital Pereyra Rossell. El primer magistrado saliendo del edificio después de haber presenciado la ceremonia.



Comisión directiva del Círculo de Bellas Artes que regirá los destinos de dicha sociedad durante su nuevo período.



Reunión de obreros gráficos y vendedores de diarios en la que se decretó la huelga contra las publicaciones de la capital.


PURO DE OLIVA
FREIXAS Y C.IA
SECCION ACEITE DE OLIVA

Los oídos del corazón

PARA CARAS Y CARETAS

En un pasaje de una de sus epístolas, la dirigida a los efesios — de donde salió la palabra *ad-efesio* — nos habla el apóstol San Pablo de «los ojos del corazón» (I, 18). Aquel libro místico alemán que se llama «Theología Germanica» y que tanto leyó y meditó Lutero, nos dice que el alma del hombre tiene, como su cuerpo, dos ojos, uno con el que mira a las criaturas y otro con el que mira al Creador y que sólo vemos con cada uno de ellos cuando cerramos el otro. Y Blas Pascal, en uno de sus Pensamientos — el 793 — dice que Jesucristo «ha venido en gran pompa y en prodigiosa magnificencia, a los ojos del corazón, que ven la sabiduría».

Pascal emplea en este pasaje la voz *sagesse*, que como el alemán *Weisheit* y el inglés *wisdom*, se distinguen y a las veces hasta se oponen a *science*, *Wissenschaft* y *knowledge*, a ciencia o conocimiento. Para la sabiduría, la sapiencia, la *sagesse*, ¿se ve o se oye? ¿Es con los ojos o es con los oídos del corazón con los que la percatamos? El corazón, en su recogimiento íntimo y entrañado, ¿ve u oye?

En nuestras errabundas lecturas por los libros, en estos tiempos de tumulto comunista casi olvidados, que brotaron en días de fe de espíritus reconcentrados en el seno de Dios, hemos venido a dar con aquel que a fines del siglo XVI escribió Ricardo Hooker, de la Iglesia nacional de Inglaterra, sobre las leyes de la política eclesiástica: *Of the laws of ecclesiastical polity*. Es obra clásica en la literatura inglesa y en la teología anglicana. De su estilo dice George Lillie Craik que es «casi sin rival por su sostenida dignidad de marcha».

El Prefacio de esta obra de Hooker se abre así: «Aunque no sea por otra causa, por ésta: que la posteridad sepa que no hemos permitido flojamente, por silencio, que las cosas pasen yéndose como en un sueño...» No bien leímos esto fué como una voz que oyéramos en el corazón y que nos decía que lo que pasa en silencio pasa como un sueño, que el sueño se ve y no se oye. Porque en los sueños, en efecto, no suele haber alucinaciones del oído; los sueños suelen ser silenciosos, cinematográficos. El corazón ve dormido, en sueños, pero sólo oye cuando está despierto.

¿Cómo, sin embargo, se nos habla de la visión y no de la audición beatífica? Y siendo que se ve al Verbo, a la Palabra, de Dios, que es sonido aunque sea luz. La palabra s u e n a más que luce. Es que acaso se ha creído que en la región celeste, etérea, como no hay aire no hay sonido, sin advertir que éste se transmite también por otros medios. En el teléfono no va por aire el sonido.

El corazón duerme y el corazón vela; y sueña. El gran poeta lírico portugués Joao de de Deus — o Juan de Dios — uno de los más grandes líricos del siglo XIX, decía: «Bebiste para olvidar las penas del corazón; mas él quien no se olvide, el quien no se adormece como se adormece la razón. Duermo, dice Salomón, pero duermo exhalando ayes, y mi corazón vigila y siento como sentía si es que aun no siento más. No es con vino con lo que extraes el veneno de ese amor, apagas al pensamiento y dejas al sentimiento sin equilibrio en el dolor. Tales nos hizo el Creador que sin la luz de la razón bien se reclina la cabeza, mas aun cuando ella adormezca vela siempre el corazón». Así Joao de Deus. Y veamos que apagar al pensamiento no es dejarle a oscuras sino que es acallarle, dejarle en silencio, y que si la cabeza descansa sin la luz de la razón el corazón vela cuando oye la voz de la conciencia.

Los sueños suelen ser silenciosos y en los sueños suele estar la voluntad muerta; el sujeto — más bien objeto — del sueño está sordo. ¿Dónde está la actividad? Nosotros decimos, en español, lo mismo ver *a* uno que oír *a* uno, suponiéndonos activos en la visión y en la audición, mientras que en griego se decía oír *de* uno, en genitivo, siendo curioso que el verbo que significaba en general sentir o percibir (*catar* en español) — *aisthanesthai*, de donde viene *aisthetike*, estética — venía a concretarse en oir. «Sentir de uno un relato» era oírselo. Y, sin embargo, el oir es tan activo como el ver, el escuchar como el mirar. Y hasta se escucha con los ojos. «Con los ojos abiertos ya sin vida — como queriendo oir, miraba al cielo — de la mano de Dios la palma abierta, — y caía el silencio». Así hemos dicho en un pequeño poema a la última palabra de Hamlet moribundo, que fué: «el reposo es silencio».

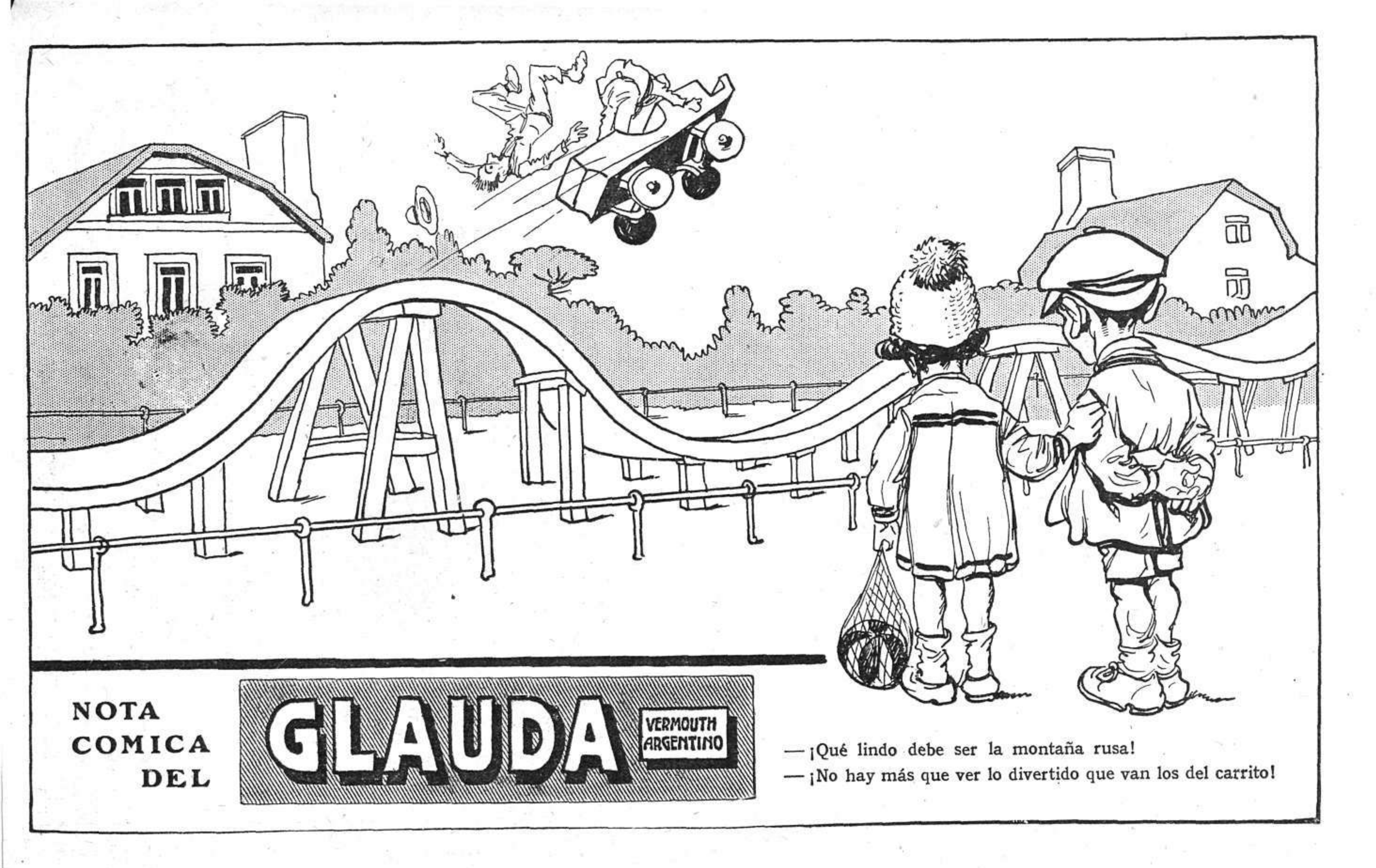
El corazón duerme y reposa en el silencio y no en la oscuridad, pues mientras ve sueña. Y sólo vela cuando oye. Sueña visiones, no palabras. Los fantasmas son para la vista, no para el oído.

Todo esto he estado entretejiendo estos días en el silencio de mi celda doméstica, lejos del bullicio civil de las muchedumbres, rumiando en mi corazón esta brava tormenta que se ha desencadenado sobre mi patria. Y recordando como el general don Juan Prim, el que trajo a España la revolución de setiembre de 1868, en que rodó el trono de doña Isabel de Borbón, hablaba de destruir «en medio del estruendo», lo existente. Quería ruido; sabía que sin ruido no hay revolución. Las manifestaciones silenciosas son manifestaciones cinematográficas, de ensueño.

¿Pero es que la revolución no es también sueño? ¿Y qué no es sueño? Píndaro le llamó al hombre «sueño de una sombra» y no sueño de un eco. ¿Qué diferencia va de un eco a una sombra? ¿No es el eco la sombra de un sonido?

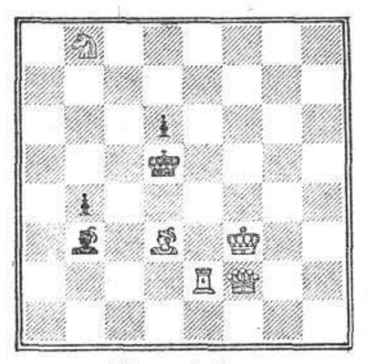
En tanto, corazón, aunque nada veas, escucha; abre los oídos, aunque cierres los ojos. Vale más que oigas a la P a l a b r a con las t i n i e b l a s que no el que veas el Sol en el silencio.

Miguel de Unamuno


NOTA
COMICA
DEL
GLAUDA
VERMOUTH
ARGENTINO
—¡Qué lindo debe ser la montaña rusa!
—¡No hay más que ver lo divertido que van los del carrito!

AJEDREZ

PROBLEMA N.° 2, por O. WURZBURG
Negras: 4 piezas



Blancas: 5 piezas
(Total: 9 piezas)

Juegan las blancas y dan jaque mate en dos jugadas.

Solución al final de Henri Rinck, publicado en nuestro número 1281, correspondiente al 21 de abril próximo pasado:
1: P 6 C R, P × P; 2: R 5 C R, R 3 C D; 3: R 6 A R, P 4 T D; 4: R × P R, P 5 T D; 5: R 6 D, P 5 C D; 6: P 6 R, P 6 T D; 7: P × P, P × P; 8: P 7 R, P 7 T D; 9: P 8 R (D), P 8 T D (D); 10: D 8 C D, jaque, R 3 ó 4 T D; 11: D 8 T D jaque y ganan.

Publicamos a continuación una partida jugada entre los ajedrecistas uruguayos José Félix Berasain y Héctor Anaya Oger, en el «Torneo del campeonato del Círculo de Ajedrez de Montevideo», con el propósito manifestado anteriormente de informar a nuestros lectores del movimiento mundial.

DEFENSA FRANCESA

	BLANCAS J. F. Berasain	NEGRAS Héctor Anaya Oger
1.	P 4 R	P 3 R
2.	P 4 D	P 4 D
3.	C 3 A D	C 3 A R
4.	A 5 C	A 2 R
5.	A × C (1)	A × A
6.	C 3 A R (2)	O — O
7.	A 3 D (3)	P 4 A D
8.	P 5 R	A 2 R
9.	P 4 T R !	P 4 A R ! (4)
10.	P × P al p.	T × P (5)
11.	C 5 C R	T 3 T R
12.	P 4 A R	C 3 A D (6)
13.	P × P	A × P
14.	D 2 D	A 5 D (7)
15.	C 3 A R	A × C
16.	P × A	D 2 R !
17.	D 3 R	P 4 R (8)
18.	P × P	C × P
19.	C × C	T 3 R
20.	O — O	T × C
21.	D 4 D	A 2 D
22.	P 4 A D	A 3 A
23.	T 1 C D (9)	T 1 D (10)
24.	P × P	A × P
25.	T 5 C	P 3 T D
26.	T × A	T (1 D) × T (11)
27.	A 4 A	D 3 R
28.	D 7 T	P 3 T R (12)
29.	D × P C	R 2 T
30.	A × T	D × A (13)
31.	D × D	T × D
32.	T 3 A	T 5 D
33.	P 5 T	T 7 D
34.	T 3 A	T 4 D
35.	P 4 C R	T 5 D

Tablas

Notas. — (De «Uruguay», revista uruguaya de ajedrez).

(1) La continuación habitual, 5. P 5 R, nos parece mejor.

(2) Si 6. P 5 R, A 2 R; 7. D 4 C R, O — O; 8. A 3 D, P 4 R !; 9. D 3 T, P 3 C D seguído probablemente de P 4 A D son buen juego.

(3) Las blancas preparan un fuerte ataque sobre el Rey negro, obligando a las negras a una defensa laboriosa.

(4) Creemos que la del texto sea la única jugada de la defensa.

(5) No hay otra para defenderse contra la arremetida de las blancas.

(6) Podía jugarse 12.... P × P, pero las negras no quisieron retardar el desarrollo de sus piezas.

(7) Con la jugada del texto, las negras inician la maniobra salvadora.

(8) Resultado de la maniobra iniciada en la jugada 14 y que desahoga el juego de las negras.

(9) La jugada del texto vuelve a poner a las negras en dificultades.

(10) Preferible era 23........ P 3 T D.

(11) La única respuesta; si 26........ T R × T; 27. A 4 A, D 3 D; 28. T 5 A R y ganan.

(12) Vuelven las negras a tener que jugar justo para salvar la partida.

(13) Las negras buscan el cambio de D, porque al final, a pesar de su peón de menos, debe ser tablas.

NOTAS DIVERSAS

«Uruguay». — Ha aparecido en la vecina capital esta revista de ajedrez. Tenemos a la vista el número 4, correspondiente al mes de marzo, el que tiene un interesante material de partidas de maestros europeos y aficionados de esta parte del continente.

Se destaca especialmente una colaboración del señor J. E. Loedel, sobre análisis del «Gambito Río de la Plata», y una traducción del mismo sobre los "Primeros pasos en la *clasificación de problemas en dos jugadas*", del que es autor Alain C. White.

Torneo internacional de Carlsbad. — Se ha iniciado en Carlsbad un torneo internacional de maestros, reuniendo un numeroso y selecto conjunto de maestros, entre los que se destacan Rubinstein y Alechín, ambos dispuestos a disputar a Capablanca el campeonato del mundo, quien no interviene en el citado torneo.

Nota de la redacción. — Toda la correspondencia para esta sección diríjase a nombre del redactor de la Sección Ajedrez de «Caras y Caretas», Chacabuco, 153.


Las señoras que abandonan
los cuidados de su cutis renuncian, de hecho, a la belleza física. Por el contrario, las que se preocupan de la piel del rostro, ostentan siempre encantos y atractivos faciales.
Con el uso diario del Polvo Graseoso
LEICHNER
se consigue la posesión de un cutis fresco, suave, delicado y transparente, que comunica a la cara de la mujer el natural hechizo de la juventud y belleza femeninas.
MENDEL y Cía.
Buenos Aires: Guardia Vieja, 4439
Montevideo:
Cerrito, 673
R. Mánica



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



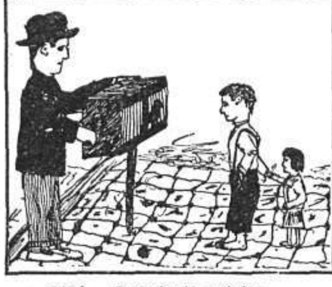
1411 — En el río.
MARÍA ANGÉLICA PATTI (Chile).



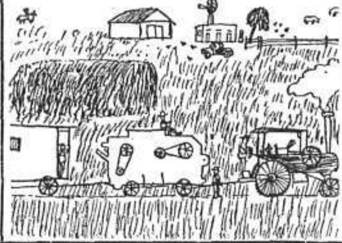
1412 — Mi mamá barriendo.
PEDRO ALBACETE.



1413 — Por el premio de CARAS Y CARETAS.
AURORA C. CÉSPEDES.



1414 — Oyendo la música.
RICARDO GUERRERO.

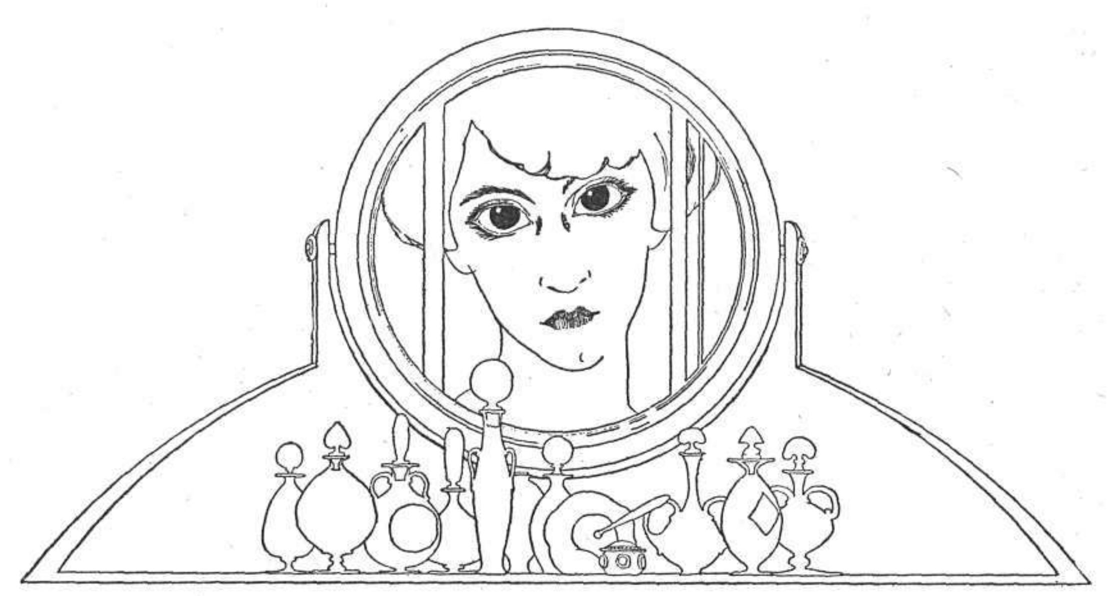


1415 — Una trilladora en marcha.
LEANDRO R. GIOFFREDO.



1416 — Jugando al football.
MARIO CORTE.

De los dibujos publicados durante el mes de abril han resultado premiados los siguientes números: 1380, 1381, 1384, 1385, 1387, 1388, 1390, 1393, 1395, 1397, 1398, 1400, 1401 y 1402.



EL OCASO de la BELLEZA y de la GLORIA

Frías ráfagas invernales del Hudson azotan Broadway a la altura en que el gran río ciñe su ribera oprimiendo el Riverside Drive, la magnífica avenida costeña de la urbe neoyorkina.

Broadway, la famosa arteria de la ciudad inmensa y trepidante, ondula sobre las eminencias y depresiones de la isla de Manhattan — *from down to up town* — mientras la oblicua cortante de su trayecto parece dirigir su tráfico enorme a precipitarlo en las aguas mansas del río. Por eso, de la calle 80 hacia arriba, los vientos helados que rizan la corriente llegan agitando torbellinos que ponen notas de pintoresca movilidad en la muchedumbre que transita.

La nieve aplastada por el correr incesante de millares de automóviles muestra una alfombra grisácea sobre la cual desliza perezosamente sus patines algún trineo cuyo caballejo, en el trotar cansado, sacude el tintineo de campanillas que recuerdan la capital de los zares en sus buenos tiempos de esplendor.

Es la burguesa hora nocturna en que los hombres, terminada la comida de restaurant, tres platos servidos simultáneamente de acuerdo con un sistema cuyas supuestas ventajas no se explican bien, se lanzan a buscar en el vaudeville o el cinematógrafo el pretexto plausible para acompañar a la *girl* amiga hasta la hora del sueño.

Todos van y vienen indiferentes, nadie mira a nadie, sin que la extravagancia estupenda de algunos tocados femeninos típicos de esta tierra donde el sentido del ridículo no es muy corriente, sea capaz de interesar la atención de los muchos que, andando solos, marchan en la suprema distracción de no pensar.

Por eso mismo, por esa indiferencia general que caracteriza a los americanos del norte, despertó poderosamente mi curiosidad, antes que su aproximación me permitiera juzgarla, una figura de mujer que avanzaba llevando en pos de sí la mirada de cuantos pasaban a su lado.

Alta, cimbreante, sus andares majestuosos y decididos no permitían calcular a su edad los años que delataba una cabellera de plata coronando la testa erguida.

Cerca ya, sus ojos azules de mirar nostálgico, que parecían perderse en la lejanía de un horizonte misterioso, me dieron la impresión de una tristeza rebelde traicionada por la expresión inconsciente de ese estado de alma.

Y yo como todos, pero atraído por un afán de observación menos pueril que la simple curiosidad de los demás, miré su rostro, volvíme a su paso con los ojos en ella y eché a andar por su camino, buscando no se qué revelación, pero seguro de que en esa dama de cabellos blancos habría de encontrar algo superior a la aplastante vulgaridad de mis amiguitas *yankees.*

Cabe advertir que, libre mi ánimo del interés que pudiera inspirar una mujer más joven, con menos experiencia aunque no con mayor donaire que aquella señora cuyos pasos seguía por las amplias aceras de Broadway, la exquisita coquetería que se manifestara en ella, apenas apercibida de lo que creyó sin duda maniobra galante, dió carácter momentáneo de aventura a lo que no era sino atracción de rasgos no comunes para la mente de un observador.

Y así anduvimos algunas cuadras. Ella aceptando tácitamente dentro de una hábil corrección la situación banal creada en su paseo por el supuesto Tenorio callejero que la escoltaba. Yo observando todos sus gestos y movimientos y con ansiedad creciente de averiguar la identidad de esa mujer X a quien veía despertar atención e interés en cuantos la descubrían.

Llegó ante la puerta central del Hotel Monterrey, donde la vi detenerse. Al pasar junto a ella me pareció que había emoción en su pecho palpitante que oprimía con la diestra y en la mirada lánguida que dirigía al *hall* resplandeciente de luz. Pasé, y en el escaparate de una joyería

la aguardé de nuevo. La vi aproximarse y una discreta timidez me hizo examinar con atención exagerada la colección de alhajas que brillaban bajo los rayos de una iluminación preparada al efecto. Se dijera que estaba cohibido como un colegial. ¿Por qué, después de vivir tres años en Nueva York, no sabía bien que la mujer americana en general, más aún que sus hermanas de otros países, gusta del hombre que no teme la superioridad que a ella le da la ley?

Sabiéndolo, en ese momento especial, colocado en un trance que no había pensado crear, me ruborizaba de que se me atribuyera la falta de consideración que en realidad guardaba a esa dama de aspecto sugestivo y revelador.

La oí llegar y detenerse a mi espalda. No la miraba, pero sentía su presencia y, lentamente, con la seguridad de encontrar una mirada que autorizara mi saludo como iniciación de una *interview*, abandoné el detenido estudio de las neoplasias de las ostras y los cristales de carbón a que me entregara momentos antes.

How do you do, madam?... y la respuesta amable y sonriente anudó la conversación. En inglés primero, su pronunciación de ese idioma me hizo creer que me encontraba en presencia de una francesa o belga.

— *Do you speak french?*...

— *Oh, oui, mon ami.*

Y así, familiarmente como si nos hubiéramos conocido siempre, seguimos juntos el camino Broadway arriba, mientras la charla ampulosa y sonora de mi compañera aumentaba el interés curioso de las gentes.

La visita reciente de los reyes de Bélgica a Nueva York, elegida por ella como tema y asunto de comentario e interrogaciones que me fué formulando, me confirmaron en que, valona o flamenca, debía proceder de los dominios de Alberto la interesante desconocida que hablaba un francés un poco duro y no había nombrado a París desde el primer momento. Y entre sus preguntas sobre los soberanos belgas llegó la que había de darme la clave del enigma andante que había seguido media hora por descifrarlo.

— ¿Ha visto usted a la dama de honor de la reina?

— ¿La condesa de Chimay? Sí, y muy de cerca el día que tuve el honor de ser recibido por S. A. R. el duque de Brabante en el Waldorf Astoria.

— ¿Conocía usted ese título? ¿Ha oído hablar alguna vez de la princesa de Caramán Chimay?

Miré su rostro y súbitamente el recuerdo de las pequeñas fotografías satinadas que hace más de veinte años, circulando dentro de los paquetes de cigarrillos de ciertas marcas, popularizaban los rasgos de las más notables bellezas femeninas de aquel tiempo, me hizo conocer la identidad de mi interlocutora.

— ¡Oh, sí! — respondí con aplomo y sin dejarle comprender que la descubría, — conozco y recuerdo la historia interesante de la bellísima princesa de Caramán Chimay. Americana, mujer de un noble de la corte belga, amante del viejo rey Leopoldo, que hizo por ella los mayores disparates al verse abandonado por la dueña de su corazón senil cuando se le fugó de un hotel de la capital francesa en compañía de Yanzy Rigo, el gran violinista tzíngaro, protegido del soberano. ¿Es así? — agregué con intención.

Y ella, deteniéndose, enarcando los cejas al encararme con el hábito dominador de los pasados tiempos, dejó caer con orgullo el título de alto rango aristocrático que le otorgó la ductilidad servil de un noble deseoso de agradar a su rey, que había hecho su esposa a la favorita del amo para mejor asegurarla para éste:

Je suis la princess de Caraman Chimay!

Y en ese momento, detenida a mi lado mientras los transeuntes seguían el desfile interminable en procura del Healy, el lujoso cabaret de la calle 95, o el Knigth Vaudeville de Broadway y 96; derecho el busto cuyas turgencias conservaban la esplendidez vigorosa de otras épocas; radiante la expresión de orgullo de ser quien era, pese a la obra del tiempo, la vi como debía ser antaño cuando, segura de su dominio sobre el viejo real amante, se imponía a los celos y la envidia que la rodearan en la corte de Bruselas.

Sus grandes ojos azules brillaban en una mirada triunfadora que revelaba una vida espiritual intensa, libremente manifestada en ese momento al encontrar el extranjero desconocido que, conociendo bien su historia de mundana célebre, le demostraba que esa novela de la vida real había traspasado los límites del escenario de su pasado brillante, llegando hasta las generaciones jóvenes de hoy que nacian entonces.

Y agregó:

— Sí, soy la princesa de Caramán Chimay, la mujer más hermosa del mundo en los tiempos en que había más belleza clásica en esta humanidad que degenera. ¡Pobre viejo Leopoldo; no podré olvidar nunca la desesperación con que se aferraba a mi cariño! Era un hombre de talento y sabía bien que cuando se es viejo no basta ser rey para encender pasiones y asegurar fidelidades.

Una sonrisa canallesca, una expresión de burla velada que me pareció sacrílega, delataba en ese instante a la cortesana caída de las alturas de una fastuosa vida galante al montón tenebroso del vicio que en las grandes ciudades iguala a los individuos de ambos sexos en la prostitución lamentable del amor.

Reemplazada en el afecto del monarca por la baronesa de Vaughan, en quien encontrara aquél un alma buena que necesitaba su vejez solitaria; única culpable en la proscripción que le acarreó su fuga, le inspiraba cierto rencor la memoria del hombre al que sus besos mintieron tanto los amores que nunca sintió.

Nerviosamente, como si desahogara un ansia de hacer conocer el mundo de recuerdos que la agitaban en turbulencias rebeldes ante la caducidad del poder de aquellos sus encantos hechiceros de otrora, dió rienda suelta a un verboso torrente en el que se mezclaban las reminiscencias de sus tiempos de gloria y riqueza con la expresión amarga de sombrías jornadas de una bohemia que el desequilibrio moral de Yanzy Rigo le había hecho arrastrar hasta conducirla a la ciudad áspera de Father Knickerboker. Pasado el «cuarto de hora» de celebridad de ambos, perdido en ella el prestigio de su belleza que fué vedada, por el entregamiento mancillante que la abatió de su antiguo pedestal de favorita de un rey; en él por la

decadencia de sus facultades artísticas en una vida crapulosa que restaba al estudio las horas que demanda la técnica de su magnífico instrumento musical, descendieron en loca peregrinación esos dos seres que en el instante supremo de la vida fácil, ebrios en la orgía luminosa que les brindara la juventud, la belleza, la fortuna y la fama, bajo la influencia mareadora del espumante champagne, quisieron remontarse a la fantasía de su imaginación enferma.

Ambos fueron ingratos y desleales para con el protector común, pero se detiene la censura que pudiera merecer esa conducta en el orden general de la vida, considerando que Yanzy Rigo y la princesa de Caramán Chimay se amaban, o creían amarse, y la atracción recíproca bajo el imperio de Amor encuentra pasta más propicia aún en los temperamentos cultivados por el arte que en el resto de los mortales. La amante del rey Leopoldo poseía, como artista, la facultad de admirar y cultivar la propia belleza, en la que el alma encuentra las emociones más hondas.

Llegué con ella hasta la entrada de una modesta casa de departamentos. Terminaba la atropellada relación de largas andanzas por los países nórdicos, los Balcanes y Turquía, hasta cruzar el océano para buscar en otro hemisferio el rostro de la Fortuna de la que en Europa ya empezaban a ver la espalda; la contracción de los músculos faciales en un rictus doloroso de impotencia mostraba claramente las huellas de todo lo vivido en una borrasca de años que derrumbara toda su grandeza pasada y un suspiro cerró la confesión de todo lo hecho, la revelación de todo lo ocurrido. Estábamos delante de un retiro indigno, por cierto, de las mansiones de que disfrutaron en tiempos mejores, cuando él oía batir palmas a todos los públicos y recibía honores en todas partes, y los hombres y las mujeres, con admiración o con envidia, veían pasar en el gran mundo la magnífica belleza de la princesa de Caramán Chimay.

Al despedirme fuí invitado para visitarles, y esa invitación determinó a su vez la visita que fuí a hacer al Hungarian Restaurant, un Maxim sin pretensiones del *down town* neoyorkino, en cuya orquesta el Rigo de antaño rascaba con desgano la danza negra que con el nombre zootécnico o cinegético de *fox-trot* ha venido a encanallar más aún que nuestro tango el espíritu de la juventud alegre del presente. Algún trago furtivo de licor le hacía reaccionar de su cansancio, y así recordaba fugazmente aquella su manera de «decir» que hizo célebre al tzíngaro.

Al penetrar pocos días después en la salita fría y desmantelada a que fuí introducido en el departamento que albergaba a la pareja, fuí encontrando los despojos de lo que fueron detalles de riqueza y derroche entre el mobiliario miserable como restos de un naufragio en una costa roqueña y desamparada. Un retrato al óleo de Rigo le mostraba joven, llena de fuego la mirada de sus ojos negros, reluciente como ala de cuervo la ondeada cabellera, cubierto el pecho de las condecoraciones otorgadas por el entusiasmo de sus oyentes reales y principescos. Otro de ella, esculturalmente desnuda y tendida sobre la verde alfombra de una pradera, cubierta a medias por el raudal de sus cabellos de oro, inmortalizaba el prodigio de sus formas, ese lienzo que ha de ser objeto de museo cuando la pálida señora del Misterio haya conducido en el último viaje a la célebre cortesana. Una soberbia piel de oso polar extendida delante de un diván perniquebrado, la armada cabeza sin dientes ya y caída de lado por el mal trato de un pisoteo de más de cuatro lustros seguramente, causaba con la mueca dolorosa de sus fauces aplastadas la impresión de que había sensibilidad en su relleno de paja y que sufría también la tortura de una miseria que los iba ahogando.

Hablé con Rigo y sentí pena ante la desvalorización total de su personalidad artística. Los vi juntos delante de mí y penetré fácilmente en el drama de hastío, de mutuo reproche, de cansancio amargo y tétrico que epilogaba esas dos vidas en un ocaso plomizo de día tormentoso. Palabras duras y bravías, miradas de encono y sonrisas de agrio sarcasmo, herían a cada instante la susceptibilidad de la princesa de Caramán Chimay, «la mujer más hermosa del mundo en los tiempos en que había más belleza clásica en esta humanidad que degenera», y la de Yanzy Rigo, el tzíngaro virtuoso del violín que con su ejecución magistral y con la mirada quemante de sus ojos fué recogiendo lauros y haciendo sonar la trompeta de la Fama.

No los vi más. La visión de su caída me era dolorosa. Poco después una noticia del «New York American» me hizo saber que Yanzy Rigo, gravemente enfermo de broncopneumonía, había sido internado en el Roosevelt Hospital. A ella no la mencionaba.

¿Qué fué de ellos; vive Rigo o terminó sus días en un camastro de una sala común; qué es de ella; cayó en la nada ese astro de belleza y de gloria que yo vi de cerca en un ocaso lamentable de cielo plomizo y tormentoso?

JUAN JOSÉ MUNDIN SCHAFFTER

N. DEL A. — La verídica relación contenida en este artículo desmiente un «canard» europeo lanzado hace algunos años relativo a la muerte de la princesa de Caramán Chimay. En el mes de enero de 1920 la famosa mundana y Yanzy Rigo vivían en la ciudad de Nueva York, en el departamento 5.º de la casa sita en Broadway, 2836, donde los visitara, pudiendo comprobar de manera indudable la identidad de ambas personas.



La madre. — ¿Qué te ha pasado para que me pongas esa cara?



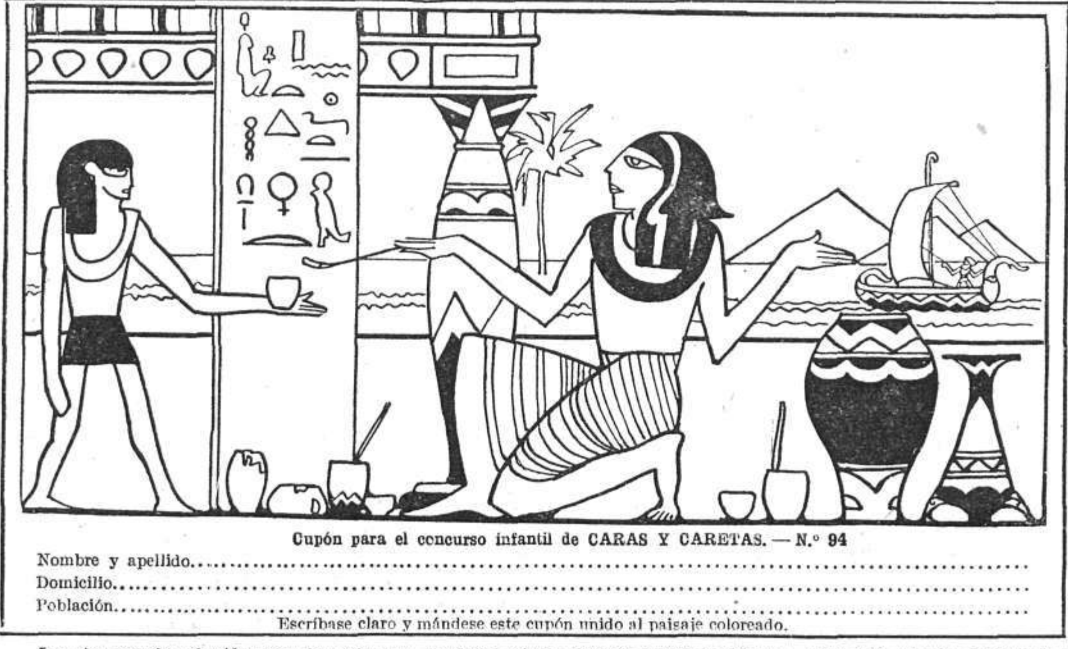
— Querida mía, nada es imposible...
— ¡Tú no conoces a mi marido!



— ¿Qué has hecho para ponerte tan gordo?
— ¡Nada!

CONCURSO INFANTIL PARA COLORRAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección:
Concurso infantil de CARAS Y CARETAS — Chacabuco, 151-55, Buenos Aires.
Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — N.º 94

Nombre y apellido...

Domicilio...

Población...

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

Los cien premios ofrecidos para los niños que revelaran más condiciones artisticas y de buen gusto para colorear el dibujo del Concurso N.º 93 han correspondido a los firmados con los nombres que a continuación se expresan:

Alfonsin, Elena.
Anastasio, Felipe.
Atena, Aurora.
Arata, Juan Carlos.
Avila, José.
Acuña, Carlos Arturo.
Abruzzinia, Elisa.
Azzaretti, María Luisa.
Accaroni, Amanda.
Ansuini, Esther.
Auviña, Chiche.
Ambrogio, Leonidas.
Ahlers, Dora Argentina.
Aversa, Adalgiza G.
Alfano, Lucía.
Agote, Rosita.
Andrés, Rubens.
Bordo, Herminia.
Bonvicino, Rosa.
Balaguer, Jenaro.
Bessega, Rodolfo.
Bianchi, Héctor Orlando.
Bulcasi, Francisco.
Barrena, Laura Esther.
Bidart, Ruby Iris.
Bover, Dante.
Blanca, Corina A.
Baro, Angélica.
Cribari, Jenaro.
Casas, Jorge.
Cravello, Nélida A.
Canziani, Horacio F.
Campiantico, Esther.
Capitán Gestas, M. V.
Carro, Luis.
Chacón. Sara J.
Chiarandini, Virginia Elsa.
Dinella, Lucio.
Dúmeo, Sarita.
Elios, Juana.
Fariña, Ernesto A.
Fortier, María E.
Fronchini, Adela A.
Freguerman, Catalina.
Fabini, José.
Favergiotti, Catalina.
Filandro, Rosa.
Faita, Héctor I.
Genovesi, Orlanda.
Galian, Francisco.
Gambetta, Elena.
Gómez, Amelia.
Iglesias, Angel.
Kroger, Eythel A.
Lecchi, Isolina.
Ligalupi, Ibel.
Lugea, Joaquin E.
Lastreto, Bartolomé E.
Morales, Albino.
Mihura, María Luisa.
Moral, Cecilia.
Mata, C. de la
Mandatori, Manuel.
Marrero, Néstor A.
Migliorini, Sonnica.
Marti, Daniela.
Nisi, Marcelo.
Nadales, Celina.
Nigus, Wilfredo.
Nabarro Luna, A.
Ochoa, Esther.
Olalia, Jorge.
Olivier, Azucena.
Perotti, Rosa.
Pascual, Juan.
Pontiroli, Dora Elisa.
Pachá, Isidora.
Plana, Margarita.
Pujol, María Esther.
Rummel, Ruperta.
Rembado, Edmundo L.
Ruiz, Filomena.
Rapaccioli, Sastenia C.
Rosales, Francisco.
Sanguinetti, Elsa C.
Sigliani, Rosa.
Soler, Roberto.
Serrador, Pepita.
Suhilar, Nélida A.
Trotta, Elida.
Temboury, María L.
Tarsitano, Rafael.
Trepat, Lucrecia N.
Tejera, Berta A.
Tresarrieri, Toraida D
Uran, María.
Ventura, Herminia.
Vigon, Alba.
Vergés, Tula.
Zazá, Carmen.

Los niños premiados residentes en la Capital deberán presentarse a retirar sus premios a esta Administración los días 22 y 23 del corriente mes, de 9 a 12 y de 15 a 18. — A los que residan fuera de la Capital rogamos soliciten sus premios por carta.


FERNET-BRANCA
Abre el apetito.
Facilita la
digestión.
NO FALTE EN NINGUN HOGAR
Importadores:
HOFER y Cía.
Buenos Aires
FERNET-BRANCA
FRATELLI BRANCA E COMP.
FERNET-BRANCA
AMERICA del SUD

Grupo de niños que concurrieron a la hermosa fiesta infantil organizada en el domicilio del señor Carlos Zanotti festejando la ceremonia de imponer nombre a una muñeca.


MURCIA
Cabo de Palos
Cabo de Gata
LA TRIGUEÑA
EL MEJOR CARABANCHEL
ELABORADO SOLO CON
ANIS-SEMILLA, DE MURCIA
HERWIG & C.IA
ROSARIO
HERWIG
Superior
LA TRIGU

LA MODA AL DIA

Por

LUZ Y SOMBRA



Pasa con cierta frecuencia que, al cruzarnos con una mujer elegante, el sombrero que ella lleva se nos aparezca de repente como un detalle resucitado de una época remota de nuestra vida:

«Un sombrero igual llevaba mi madre aquel año en que...»

¿Cuántos han pasado? Veinte, treinta, ¿cuántos? Nos vemos a nosotras en aquella época ya tan lejana, época feliz, seguramente, o época de algún acontecimiento de mucha importancia en nuestra casa. Y si, por una parte, sentimos cierta simpatía hacia esta desconocida transeunte ignara del instante de rejuvenecimiento que nos da, al mismo tiempo tenemos que reconocer que esa parte de nuestra elegancia ha resistido a los años, a los lustros y a los siglos, con una tenacidad abrumadora. El sombrero que llevaba nuestra madre, el primero que recordamos haberle visto en su adorada cabeza, bien podría hoy servirnos a nosotras sin ninguna variación. Desde que cayó el uso de las pelucas, las mujeres llevan los mismos sombreros, invariablemente metidos en la cabeza, pequeños o grandes, siempre iguales, algunos levantados sobre la cara, con más preferencia no levantados, capa de sombras que domina nuestras siluetas ambulantes, parte de nuestra misma sombra.

Cuando vamos a casa de la modista de sombreros no buscamos la novedad, lo original, lo ingenioso que, al contrario, es lo único que nos atrae en casa de la modista de vestidos. Buscamos el sombrero que mejor siente a la cara y que, posiblemente, no sea una copia del mismo que acabamos de sacarnos.

De esta falta de deseo en la compradora deriva la escasez de creación por parte de la modista. Si una pequeña cloche, con una fantasía de las recién llegadas, entusiasma a la clienta y le hace cerrar los ojos frente al cartelito del precio, ¿por qué buscar más?



Y es así como todas las vidrieras de sombreros de señoras en nuestra capital —¡y son tantas! —nos ofrecen el mismo espectáculo: dos o tres sostenes de madera cada uno con su sombrero: aquí una cloche negra con una cintita de color y una cocarda; al lado un sombrero de ala tiesa, seguido por un tricornio... ¡Desconfinada pobreza! Ninguna tentativa de emancipación, ni siquiera en el arreglo de la vidriera, ¿y para qué? El sombrero es artículo de primera necesidad... ¿Para qué gastar en imaginación? Sin embargo he visto en otras partes usar grandes y pequeños maniquíes, algunos de tamaño natural (de cuerpo entero, no como los de los peluqueros) completamente vestidos. En la vidriera de la casa K, de sombreros, por ejemplo, el maniquí llevaba el cartelito: «Vestido de la casa X», la que había prestado el modelo para aquel maniquí, y a su vez, en la vidriera de la casa de vestidos X, el maniquí llevaba otro cartelito: «Sombrero de la casa K», o de otra que hubiese dado el sombrero en cambio del vestido. Con esa forma de propaganda recíproca cada uno tiene la ventaja de presentar sus artículos mucho mejor que sobre un simple sostén, o sobre un maniquí no ataviado como hubiera debido de serlo, y no hay mayor gasto gracias a la reciprocidad. La compradora, a su vez, se siente atraída por el buen gusto de la casa K, que además de tener buenos modelos goza de la amistad de la casa X; y todos ganan, también las que, no pudiendo comprar, se contentan con forjar sus sueños frente a los maniquíes sonrientes...

Todas las revistas de modas extranjeras gritan su ¡Eureka! — aunque quizás prematuro — frente a la probable decadencia de la cloche, llamada «la siempreviva». Los nuevos modelos que grandes casas parisienses estrenan en homenaje a la primavera allá renaciente, son livianos y alegres. Las cloches, cuando las hay, son todas florecidas, como pequeñas glorietas, no con adornos sino por el género mismo, y largos drapeados de tul — llegando a veces hasta el borde del vestido — las enriquecen vaporosamente. El turbante evoluciona: de delante sube muy alto, detalle bonito y muy sentador.

Los sombreros grandes son toda una fantasía; ya sean de seda o de tul o de taffetas o de cualquier otro género, llevan su nota individual y característica. Se nota una sensible preferencia para los grandes moños traseros y muy altos, cinta double face o de terciopelo, moños ajados con arte, y de los cuales ya hemos hablado en otra ocasión.

Los turbantes de lamé son con frecuencia acompañados de un largo vuelo de tul o de puntilla.

El sombrero grande es esencialmente liviano: ya no es capa de sombras sino aureola.

La inspiración es primaveral, se comprende. Sin embargo, nada mejor que aprovecharla aquí, en nuestros tristes meses de invierno. Fuerte será el contraste entre esas pequeñas glorietas en flor, esos enroscados luminosos, esos grandes sombreros como telas de araña de hilos dorados, y las frías, negras noches de junio, dominadas por un cielo rojizo, horrible como una pesadilla, y por un frío penetrando hasta en el alma, un frío que parece hacer estremecer hasta los pobres árboles bajo su accidentada corteza.



Fuerte será el contraste y agradecidos nos estarán los hombres.



Distinguidas señoritas de la sociedad local que celebraron un picnic en el hermoso parque de esta ciudad.

De Darragueira (F. C. P.)



Concurrentes al almuerzo criollo realizado en esta localidad para conmemorar el 43.° aniversario de la iniciación en la carrera militar del comandante señor J. Víctor París.

LOS DESORIENTADOS

Nosotros varones, modernos taciturnos y cavilosos, frutos desazonados y ardientes de una Edad compleja y atormentada, curiosos sin medida, impacientes sin freno, sensibles sin ponderación, desengañados por muchos siglos de amargas experiencias, viejos y tristes en plena juventud; nosotros, hombres de poca fe, repletos de lecturas atropelladas y mal digeridas, galeotes de lo presente, sepultureros de lo pasado, augures de lo porvenir; nosotros, pequeños mundos desconcertados y caóticos, maestros de pesimismo, de pedantería y de tristeza, cada vez más hambrientos, cada vez más sedientos de emociones y novedades... — RICARDO LEÓN

—

PRÁCTICAS POLÍTICAS

... No gobiernan los papeles sino los hombres. Tanto valen los gobernantes, tanto valen sus prácticas políticas. Colecciones de leyes no atajan desafueros. Los holandeses no defienden sus tierras bajas de la furia del mar con diques de cartón, sino de piedra y argamasa hidráulica. La abnegación y la rectitud de los ciudadanos es la piedra con que se construyen los diques políticos para defensas de las libertades; y el consenso de todos en el propósito de buen gobierno, la argamasa que las petrifica en bloque indestructible. La constitución más antigua es la inglesa; data de siglos; y, sin embargo, entre todos los pueblos, es el inglés el que goza de libertad mayor y más efectiva democracia. Su instrumento constitucional es malo, tosco; pero su manejo admirable. Don José de la Luz y Caballero lo dijo hace años de años: «libertad que no habla inglés no es libertad». — RICARDO JIMÉNEZ, ex presidente de Costa Rica.



Todo el confort de la ciudad en su casa de campo

podrá Vd. tener instalando un práctico

Equipo Eléctrico "PETTER"

(de fabricación inglesa).

PETTER JUNIOR

Le proporcionará agua corriente para el baño, toilette, cocina, etc.

Le suministrará una luz blanca y fija en todas las dependencias de la casa.

Tendrá una fuerza motriz económica para accionar molinos, desnatadoras, bombas, cinematógrafos, calefacción y demás máquinas usuales en el campo.

Hay existencia para entrega inmediata

Maquinaria inglesa.
La más perfecta del mundo.

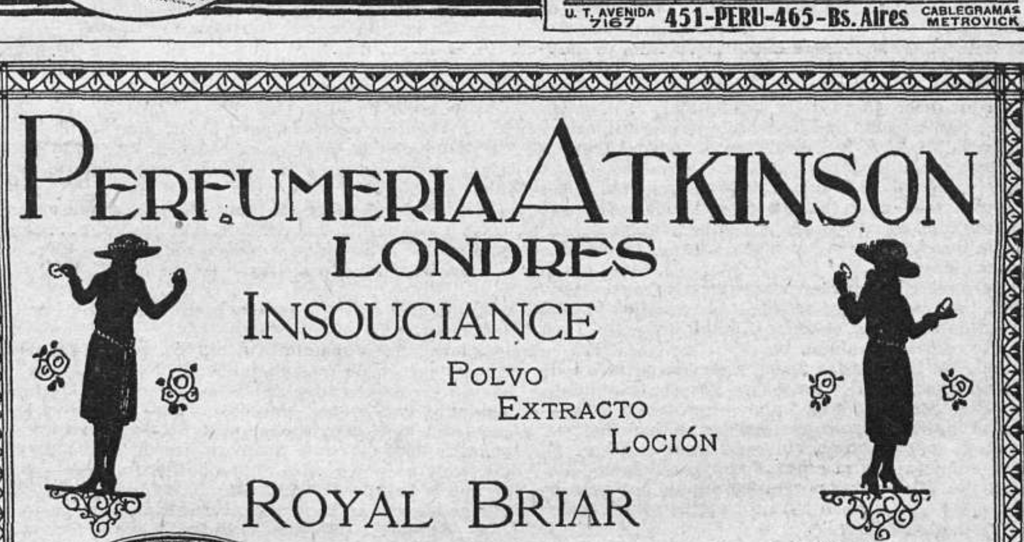
PETTER-PUMP

Todos nuestros equipos son de manejo sencillo y están siempre listos para el trabajo.

Solicite catálogos e informes a:

En Rosario: Barnes y Gross-Calle Mitre, 665.
En Santa Fe, Córdoba, Mendoza, Tucumán, Bahía Blanca y otras localidades próximamente.





PERFUMERIA ATKINSON
LONDRES

INSOUCIANCE

POLVO
EXTRACTO
LOCIÓN

ROYAL BRIAR

POLVO
EXTRACTO
LOCIÓN



POLVO ROYAL BRIAR
ATKINSON

AGUA DE COLONIA
DE
FAMA MUNDIAL



POLVO INSOUCIANCE
ULTIMA CREACIÓN DE ATKINSON



LO QUE VA DE LA SEMANA



Entre todos los medios de locomoción que ofrece la capital me quedo con el Anglo-Argentino.

El coche de caballos resulta demasiado lento; el auto demasiado ligero; el Lacroze demasiado difícil para montar cuando está en marcha.

El Anglo tendrá sus defectos, pero resulta siempre el Rey de los Tranvías, y conste que no hablo porque me hayan otorgado un pase especial... ¡Nada!

Hablo no más en homenaje a la verdad.

Diariamente me paso dos horas por lo menos a bordo de una fragata del Anglo.

Y dos horas diarias representan algo: son 730 horas al año.

La estadística no es una de las materias que más me llaman la atención; sin embargo la cultivo durante las demoras inevitables que sufren los coches debido a los mil y un inconvenientes del tráfico.

¡Vivimos tan poco!...

Los años de la infancia, de la niñez, casi no vale la pena de contarlos... No los contamos. Hasta los diez y seis abriles no hay nada que valga la pena. Todo es una preparación para la vida verdadera, que dura hasta los cincuenta más o menos. Así que resultan 34 años hábiles, reducibles a 30 en cifra redonda. De los 30 dormimos unos 10 por lo menos, a razón de ocho horas diarias. Durante el sueño quedamos en una inconsciencia completa.

Quedan, pues, 20 años disponibles. Pues bien; de estos veinte años sacrificamos al Anglo 14.600 horas, admitiendo un promedio de dos horas por día para trasladarnos de un punto a otro. Agreguemos a éstas las que podemos perder en tren, en la peluquería, en lo del sastre, en fin, en el sinnúmero de quehaceres cuyo resultado, visto desde el punto de vista del provecho pecuniario, resulta nulo o pasivo, y veremos cómo la vida, considerada fríamente, resulta un soplo.

¿Qué me dicen ahora de la estadística?... ¡Qué bonita!... ¡Qué ciencia tan agradable para estudiarla y practicarla!... Con la estadística se puede llegar a demostrar cualquiera cosa...

Pero volvamos al Anglo... Miren que con pocos centavos hay modo de caminar en esta dichosa Buenos Aires, mirando de arriba abajo a miles y miles de ciudadanos atareados como hormigas, rozando obstáculos de todas clases.

Nuestra metrópoli raras veces se encuentra en estado normal. Casi siempre sus calles están revueltas bajo el pretexto de los cables eléctricos, de los caños del agua corriente, del adoquinado, etc.

Al lado de las veredas aparece una larga hilera de cabezas humanas a flor de tierra. Parecen individuos sepultados vivos, y son jornaleros que hacen excavaciones en una zanja para cambiar las cañerías del gas.

Más allá una bandera colorada y un tablero. El tablero anuncia que el señor Pedro Guglielmini, empresario de afirmados, por orden municipal prohibe el paso a los coches mientras no terminen los trabajos de adoquinado de la calle.

Otra cuadra más adelante la Alemana coloca un cable y rompe la vereda, mientras a la derecha se construye un edificio sobre dibujos del arquitecto tal, tirantes de la casa tal otra, calefacción, ascensores y cristales de la compañía no sé cuantos.

Parece que la ciudad está arreglando los desastres ocasionados por un temblor de tierra.

¡No cualquiera circula por nuestras calles!... Hay que tener la mirada lista, fijarse en donde se ponen los pies y mantener el oído alerta, no hacerse los desentendidos a los tu-tuuh de los autos y los campanillazos de los tranvías.

Cuatro o cinco peones se cuelgan desesperadamente de una larga soga que corre alrededor de un juego de roldanas. Allá arriba, a 20 metros de altura, se balancea pavorosamente una enorme caja de hierro que no se decide a entrar por la ventana... Si se cayera ¡qué desastre!...

Y todo el mundo está asegurado... Lo dicen los enormes tableros que cuelgan en los edificios en construcción... Seguros contra accidentes...

Pero los pobres peatones que caminan afanosamente, salvando obstáculos de todas clases, por cierto que no lo están y arriesgan el pellejo a cada segundo.

Es que el peligro de todos los días termina por perder toda su importancia moral. Ya nadie le hace caso.

Hombres de edad van haciendo equilibrio sobre esos montoncitos de tierra que parecen tirantillos, dispuestos a lo largo de las veredas, y cuidan mucho de no resbalar, porque un mal paso es lo mismo que hacerse aplastar por el tranvía que viene...

—Tan-tán... Tan-tán...

El campanillazo se vuelve rabioso como la imprecación de un enemigo que se acerca... ¿Será el 16? ¿El 20? ¿El 27? ¿El 21? Llegan como expresos y el motorista que habría visto con agrado que el ciudadano de cierta edad se hubiese dejado de hacer ejercicios físicos, suelta una letannía de adjetivos mayores:

—¡Otario!... ¡Tortuga!... ¡Animal!...

No hay tiempo para agradecer. Otro tan-tán mucho más amenazador llega a los oídos, casi contemporáneamente al coche. Con una mano apretáis fuerte el ala del sombrero para que no puede volar y os recostáis con las espaldas al cerco de madera que lleva escrito en grandes letras: «Entrada Prohibida».

Una lluvia de cascotes cae desde arriba entre una nube de tierra y cal, felizmente sin consecuencias de consideración fuera del susto y de un imprevisto cambio de color en el traje.

Un pasajero apurado para bajar, con un pie en el estribo y con la derecha en el pasamano, mira hacia atrás para saludar a un amigo a quien sonríe amablemente.

Por supuesto, no ve que aguantáis la lluvia de los cascotes y las insolencias del motorista; se larga... os da un formidable empujón y os obliga a una media vuelta.

Una voz furiosa grita:

—¡Hijuna!...

Como si la culpa la tuvierais vos, pobre víctima del tráfico porteño.

¿Quién cruza las calles a ciertas horas? Es cierto que el agente de facción funciona de director de orquesta y con la varita señala los «piano», «pianísimo», «andante con moto», «largo»... Pero... En el momento en que, con la energía de la desesperación, os echáis cabizbajo como quien se tira de arriba de una pileta de natación para el zambullido, un cochero os arrima la lanza del coche a dos dedos de la nariz. Esta vez podéis ganar la vereda y desahogaros a gusto:

—¡Bestia!... ¡Negro!... ¡Indio!...

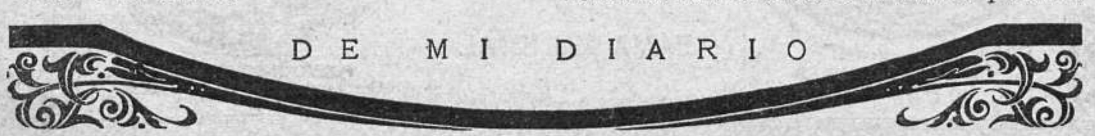
El cochero sonríe como si nada fuera y... con razón.

El caballo de una chata, un cadenero, baja las orejas e intenta un mordisco al brazo derecho.

Por suerte no alcanza más que a dejaros la manga húmeda y blanca por la espuma que le sale de la boca.

Esto no es vivir... De ahí que por mi parte no abandone el tranvía nunca, por breve que pueda ser la distancia que debo recorrer.

Resulta algo difícil conseguir que paren los tranvías, mucho más si es un hombre el que tiene que subir. Sin embargo, con una pequeña treta lo consigo. Levanto la mano derecha como un «fascista» que saluda



D E M I D I A R I O



PERIPECIAS DEL TRAFICO



a su jefe y adelanto hacia los rieles arrastrando una pierna, como si me sintiera martirizado por los dolores reumáticos. Nueve veces sobre diez consigo que paren o cuanto menos que griten: — ¡Completo!

No dejo de reconocer que la «carrozza di tutti» tiene sus inconvenientes.

Los tiene. Si por casualidad debemos sentarnos cerca del motorista, en los primeros asientos, es fácil sentir entre las piernas una especie de víbora de acero, un alambre muy grueso, que sirve para cuartear a otros coches en el caso de que descarrilen.

Hay avisos que maldita la gracia que le procuran al viajero:

« ¿Quiere usted un servicio fúnebre elegante, barato, « de primera? Cajón tallado, coche de cuatro caba- « llos, etc.? Pida usted, etc...».

Ni tiempo le dejan a uno para morir... Con todo descaro le dicen: — Nosotros pensamos llevarlo a la Chacarita; ya verá usted, ¡muy barato!...

En lugar de sentaros adelante tomáis asiento al ladito mismo de la entrada y entonces todos los que entran y los que salen van a ejercer un agradable roce, capaz de hacer perder la paciencia al mismo Job, y por fin un enorme señor, a pesar de sus disculpas, os quitará el sombrero al pasar.

Lo mejorcito todavía es ubicarse al lado de la ventanilla. Las molestias son limitadas. Lo peor que puede pasar es que un nenito se enamore de la calva reluciente y empiece a hacer ejercicios caligráficos con la manecita que saca húmeda y pegajosa de la boca, lo mismo que sacaría una pluma de un tintero.

—A ver—dice la mamá.—A ver, eso no se toca, ¿sabe?

— Déjelo hacer, señora...

— Disculpe... ¡Es tan atrevido este diablillo, tan atrevido!... ¿Sos atrevido vos?

Y la excelente mamá se come a besos a la criatura... Pero como la criatura no sabe nada de estas cosas, sigue dibujando: Es entonces cuando la madre echa mano a las medidas heroicas:

— ¿Quiere quedarse tranquilo? Deje eso que es...

Y aquí una palabra, que indica algo que los niños aprenden a despreciar desde cuando ven la luz del día.

— Está bien, señora, está bien...

La señora se pone color tomate maduro.

Un carro cargado de arena ocupa la vía y sigue a paso de caracol, confiado en que nadie puede con él. El motorista patea con fuerza sobre el resorte de la campana y el carrero no se da por aludido. Empieza entonces esa graciosa marcha a tirones hecha expresamente para sanar a los neurasténicos. Un metro y ¡track!... Otro metro y lo mismo.

El público, después de seis o siete maniobras de éstas, empieza a resoplar con fuerza y a moverse en actitud poco tranquilizadora sobre los asientos.

Carrero y motorista atacan el dueto de amor:

— La... ¡Te voy a tirar del carro!... ¡Bruto!

— ¡Qué vas a hacer tú, desgraciado!... ¡Hambriento!...

Interviene el agente y el carro sale de la vía. Carrero y motorista ahora marchan aparejados: el segundo saca la llave y el otro levanta el látigo:

— ¡Vení, hijuna!...

— ¡Vení vos, infelí!...

— ¡Bajate, gallina!...

Ni muertos ni heridos; pero mucha pérdida de tiempo. Otros doscientos metros sin tropiezos y de nuevo alto. Dos señoras, en lugar de consultar una guía, optan por consultar al motorista:

— ¡Diga, chst!... ¿Va por Arenales éste?

— No, señoras...

— ¿Es éste el que pasa por Vicente López, Montevideo... y...?

— No: tienen que tomar el 10... Este va al Retiro...

Dos pasajeros impacientes se prenden del cordón del timbre y tocan tres, cuatro o cinco veces seguidas; el guarda, con ojos que echan chispas, saca una enorme cacerola cronométrica y con un dedo apunta la hora, mientras dice en voz alta a su colega el motorista:

— Estamos atrasaos, hombre... Vamos, vamos aprisa.

Sigue la marcha. Revienta un par de fusibles con el ruido de dos pistoletazos y... relámpagos azulados, inquietud entre los pasajeros que empiezan a mirar para arriba. La cosa se arregla en el acto con un gesto heroico del guarda. Vuelven a quemarse otros dos fusibles y tres o cuatro de los más temerosos se bajan, renunciando a las emociones del viaje.

Sigue la marcha. El trolley sale y apalea el cable, que se balancea pavorosamente como una amenaza de muerte sobre las cabezas de los transeuntes.

El mayoral da prueba de una regular puntería y pone la cosa en su sitio. Se respira. En el cruce de la calle un carrito de verdulero, llevado por delante por obra y gracia del salvavidas, se vuelca y por el suelo aparece una pequeña sucursal del Mercado de Abasto Proveedor.

Veinte, treinta tranvías se detienen uno tras otro. Todo el personal se baja de los respectivos coches para estirar las piernas:

— Tenemos para rato...

Verdulero y motorista empiezan otro duetito de amor:

— ¡Tano!...

— ¡Animal!... ¡Gallego!...

Con paso sacerdotal se adelanta el representante de la autoridad, que escucha sin inmutarse las quejas de uno y otro y saca del bolsillo la libreta: El agente no es muy literato que digamos.

— Su nombre de usted y apellido...

— «Domenneco Giraldo»...

— ¿Cómo?

— Do-me-ne-co Giraldo.

— ¿Qué es eso?... ¿Así?...

— Noo... Bueno: ponga Domingo.

— ¡Ah!... Diga Domingo... ¿Domingo Yi?... Escríbalo usted, ¿quiere?

— «Non saccio!» (No sé).

Un pasajero de buena voluntad se presta al papel de secretario. Después de veinte minutos están apuntados los nombres y apellidos de los culpables, los repollos quedan en el suelo y el tranvía prosigue su marcha triunfal.

Hemos salido a las 8.30 de Plaza Once y a las 9.45 en punto estamos en la esquina de Sarmiento y Maipú. Por diez centavos no se puede pedir más. Una manga de diarieros se avalanza sobre la plataforma trasera y grita desaforadamente el título de cuantos diarios salen por la mañana.

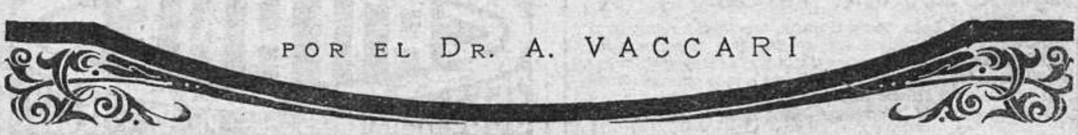
Un extranjero que no debe ser muy «castizo» todavía pide un diario que vale cinco centavos. El canillita, distraído, se olvida el vuelto de los diez.

— ¡Che, mochacho! — le grita el forastero. — Deme cinco... ¡sinvergüenza!

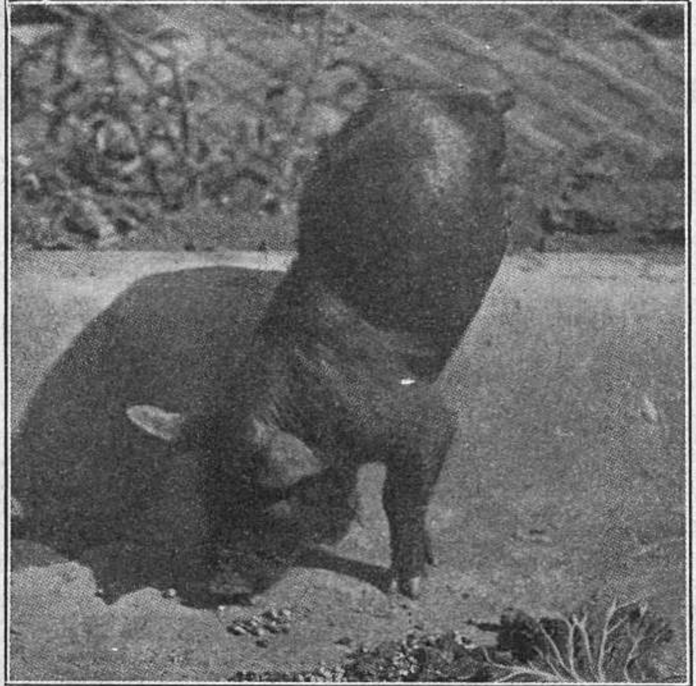
El chico sonríe de una manera socarrona, le da los cinco de vuelto y agrega:

— ¿Yo? ¡No me parece!...

POR EL DR. A. VACCARI



Un curioso ejemplar



9 DE JULIO. — Fotografía de un chanchito que, debido a un capricho de la naturaleza, nació privado de sus patas traseras y se ha visto obligado a marchar con las únicas dos que tiene. Con una habilidad que ya la quisieran muchos acróbatas para sí, este cerdo, que cuenta cuatro meses de edad, camina perfectamente, no arrastrando el resto del cuerpo, sino guardando el equilibrio sobre sus patas delanteras en la admirable forma que puede verse en el grabado. Nacido en la chacra del señor José Marino, y pronto pasará a ocupar un puesto en los dominios del señor Onelli, el director del Zoo.

ANTROPOFAGIA

Los ingleses han anunciado que la miseria había obligado a los rusos a convertirse en antropófagos.

Ninguno de ellos ha recordado que uno de sus reyes, y de los más famosos, había sido antropófago — sin saberlo — pero sin lamentarlo después de haberlo sabido.

Un día, al salir, de una enfermedad, ante los muros de San Juan de Acre, Ricardo Corazón de León quiere a todo precio comer carne de puerco. No hay ningún puerco. Se da muerte a un joven sarraceno, fresco y tierno. Se cocina y se sala. El rey lo come y lo encuentra muy bueno; después de lo cual él quiere ver la cabeza del animal. El cocinero se la trae temblando. Ricardo se echa a reír y dice que el ejército no tiene ya nada que temer del hambre y que tiene provisones a su alcance.

Sólo nos falta citar el nombre del historiador que ha recogido esta anécdota. Es simplemente Taine, en su *Historia de la literatura inglesa.*

Si ya no hubiera quién amara, el sol se extinguiría.

VÍCTOR HUGO.

El amor verdadero es luminoso como la aurora y silencioso como la tumba.

VÍCTOR HUGO.

¡Hay que saber amar! ¡Hay que saber sufrir! ¡pero ante todo hay que saber resignarse!

ALFREDO DE MUSSET.

De Navarro

Concurrentes al almuerzo ofrecido a sus amigos por los señores Bildostegui, Bontento y Díaz festejando el primero de Mayo y el haberles correspondido un alto premio en la Lotería Nacional.

PÏU

POR ERNESTO MORALES

DIBUJOS DE GIGLI

Piú no tenía quince años, pero su ágil belleza salvaje se atraía el ansia de los más bizarros hombres de la tribu. Piú poseía la belleza de un agua de manantial ante la que, sedientos, se inclinan las bestias más feroces: esos eran los fuertes guerreros guaraníes ante la bella Piú.

Mas tenía ésta un don malo: Creyérasela que fuese un agua de manantial su belleza, que a pleno sol y cielo, junto a los paisajes verdes, se ofrendase; pero una vez que alguien, sediento, atraído por su promisora frescura a ella se llegase mordido por las ansias, esa agua desaparecía debajo mismo de las fauces secas hacia ella tendidas; porque Piú era coqueta.

Peligroso juego el de la coquetería, más entre primitivos, donde el amor y el odio son hermanos gemelos.

—¡Terminarás mal, Piú! — le había sentenciado el agorero de la tribu, un viejo que tenía la carne del color del tronco de lapacho a fuerza de recibir estrujones del viento.

Piú sonreía a la advertencia, y alejábase del viejo, gruñidor como un tapir; alejábase cimbreando su ágil cuerpo, tal como si fuese él un tallo gracioso y una brisa tenue lo rozara. Y sus ojos, cuando escuchaba aquellas advertencias del agorero, relucíanle de extraño modo. Ya no eran dos flores, según alguno de sus rústicos amantes le asegurara, porque las flores no se encienden con simbólica luz, y su brillantez tiene mucho de dulce y manso.

Y proseguía ofreciéndose al amor, para luego huir, desdeñosa. Muchos apenados andaban por ella, y muchas riñas terminaron trágicamente; y si aquello malavenía a los jóvenes entre sí, enojaba a los ancianos de la tribu. Ya eran bastantes los enemigos contra los que ésta había de luchar: bosques sombrosos, fieras indómitas, lluvias y huracanes, guerreros amos de la flecha que envenena, para que una chiquilla de la propia tribu saliese de ella para sembrar la discordia, tal una flor que esparciese en su torno un letal aroma.



Los seres sobrenaturales, dioses que bien amaban a quienes adorábanlos, estarían irritados contra ella; y una vieja, tenida por maga entre los suyos, conjuró contra Piú la cólera del Padre de las Aguas; y E-Yara la oyó: Piú, maligna, hasta entonces sembradora de penas, en adelante convertida en vegetal, como condenada hallaríase a hacer el bien a todos. ¿Qué más castigo para un malo? Falta él entre los más crueles del Infierno dantesco.

Común es a las legendarias creencias aborígenes el mito vegetal. No es raro ver como, por virtud de fuerzas ocultas, los seres humanos, pérfidos por lo general, se veían metamorfoseados en bondadosos árboles, en gentiles plantas, que a su vez concluían por ser dioses de esos hombres mismos a los que tanto mal hicieron en vida.

La yerba (caá) fué adorada por algunas tribus guaraníes; otras adoraron el copal (anguay); así como ciertas quichuas adoraron el algarrobo (tacu), y ciertos americanos el canelo (boighe). Reconocido es el culto que entre los súbditos del Inca se celebraba a la coca, hacia la que rendían veneración, tanta que sólo en tierras del monarca podía cosecharse, y teníasela por tributo caro a los dioses.

E-Yara (Padre de las Aguas) pensó en castigar la maligna belleza de Piú, metamorfoseándola en vegetal. Y ya se sabe cuánto es poder del terrible señor de las aguas, que es también un pertinaz enamorado.

Desde su morada de la misteriosa laguna Iberá, en donde los comarcanos le atribuyen que vive en compañía de seres monstruosos, salió E-Yara, no en su prístina contextura de enano, sino en la de un grácil flamenco de encarnado plumaje, forma preferida entre las infinitas que es de su poderío tomar.

Y así, estático flamenco, fakir adorador del sol y de la invisible brisa, plantóse en medio de las aguas, cercano al lugar en que Pîú solía ir para contemplarse largas horas sobre la especular y casi inmóvil laguna.

Intentaba este humilde dios de las tierras americanas lo que realizó el tonante Júpiter con otra hija de los hombres: Leda; y éste, metamorfoseado en cine, consiguió hacerse amar de la desdeñosa; no lo consiguió E-Yara trocado en rojo flamenco.

Inútilmente pasó frente a la joven las muertas horas; como enamorada de sí, la coqueta no reparó en que aquel hermoso flamenco la contemplaba con ojos de hombres que desean.

¡Ah, pero grande era el poderío del Padre de las Aguas! Dueño es él del Pira Nú (pez negro), al que se le atribuye el tamaño de un vacuno. Este Pira Nú tiene por misión la de hacer zozobrar las embarcaciones, para luego devorarse los náufragos. Dueño también es él del Yagua-ron, monstruo que socava las costas de los ríos para que todo animal que a ellas se llegue, caiga. Yagua-ron los destripa y luego sólo les come los pulmones.



Mas era Ú-pora el siervo de que E-Yara habría de servirse para el castigo de Pîú.

Ú-pora tiene la virtud de perder su monstruosa contextura para adquirir la humana. Adquiere la forma de un negro, salta rápidamente del agua a la tierra, y apodérase de la mujer de quien él se halla enamorado, o su dueño E-Yara deseaba adueñarse para convertirla en otro de los seres diminutos que tiene secuestrados en sus dominios de las islas impenetrables de la Iberá.

Ocurrió esto con Pîú. Se apoderó de ella Ú-pora; mas una vez apresada, no la gozó. E-Yara, merced a uno de sus conjuros, habituales de su poder infinito, convirtióla en un gracioso vegetal de tallo cimbreante como la cintura de la joven, de florecillas pequeñas como sus ojos...

Y desde entonces, en las márgenes de los ríos y los lagos donde antaño vivieran los guaraníes, elévase el junco: gracioso, ágil y bello como el cuerpo púber de una doncella.



—¡Tomá Seneguina y dejáte de toser!

De Rosario

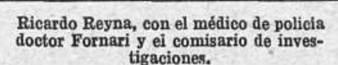
Rencillas entre vecinas han dado origen al sangriento suceso desarrollado en la Avenida de Francia N.º 185. Justiniano Cazón, marido de Elena García, y un hijo de ambos llamado Eloy, resolvieron tomar venganza en la persona de Amaro Ferreyra, hermano de Angela, con quien Elena había reñido. Padre e hijo tuvieron un violento altercado con Ferreyra, interviniendo en él Ricardo Reyna, *amigo* del último, trabándose los cuatro en reñida lucha. Eloy Cazón sacó un cuchillo; Reyna hizo lo propio hiriendo *ferozmente* a Justiniano Cazón, quien se desplomó exánime. El asesino fugó.

El comisario Avelino Grau, el subcomisario Ramón A. Rodríguez, el auxiliar E. Barrionuevo y varios agentes acudieron al lugar del combate, alcanzando a separar y detener a Eloy Cazón, gravemente herido, y a Amaro Ferreyra, con dos tajos en el muslo. Reyna, *también* herido de un hachazo en la cabeza, se constituyó preso más tarde.





Justiniano Cazón, muerto por Reyna.



Ricardo Reyna, con el médico de policía doctor Fornari y el comisario de investigaciones.

Eloy Cazón, herido gravemente.

LOS·CONSEJOS DE·HAMLET



NA noche sin estrellas, mientras paseaba a lo largo del río pensando en un sueño extravagante, el príncipe Hamlet, que me honra desde hace muchos años con su amistad, apareció a mi lado, y dijo:

—Amigo, tú comienzas a estar enfermo podrido. Nadie se ha dado hasta hoy el placer de anunciártelo. Mas yo no he de obrar así. No te toques la frente; no te pongas pálido. No soy doctor, aunque haya consumido mis lozanas mocedades en la triste Vittenberg. Sin embargo, percibo de lejos el hedor de esos miasmas terribles de que no hablan los médicos de grandes barbas encanecidas. Tu mal está en el espíritu, amigo mío, solamente en el espíritu. Yo mismo, en tiempos ya remotos, estuve enfermo, muy enfermo, y tuve necesidad de una espada con mucho filo y de un brebaje amargo para curarme de raíz. Ahora, al cabo de tantos siglos, estoy perfectamente bien de salud, y tal vez por eso entretengo mis ocios ocupándome de la salud de los demás. Esta noche me cuidaré de la tuya. Te repito que andas gravemente, terriblemente, peligrosamente enfermo.

Dicho esto, calló y continuó paseando a mi vera. Le miré — ¡qué delgado encuentro al príncipe Hamlet! — y le dije:

—Y... ¿no puede revelarme, príncipe mío, en qué estriba mi mal? ¿Ni dónde puedo libertarme de él?

Hamlet volvió hacia mí su rostro, y con la mano — ¡qué sutil y delicada era aquella mano suya! — me condujo bajo un farol. Y cuando estuvimos dentro del rojizo círculo, se encaró conmigo, me miró hasta adentro y musitó, despacio:

—Mírame. "Aseméjame".

Y no he tornado a ver desde ese momento el rostro de mi querido príncipe Hamlet.

No he tornado a verte — ¡oh buen príncipe! — ¡Pero tantas, tantas veces, en estas noches cargadas de calor sensual y de aroma de hierba segada, he vuelto a meditar tus últimas palabras! Y he buscado el mal en que nos parecemos, príncipe melancólico, y creo haber topado con este mal medroso, del que ni aun siquiera osaste pronunciar el nombre. Harto más que la espada y el veneno fué esa dolencia que te mató, enigmático Hamlet, y este mal terrible que nos trueca en hermanos en las noches solitarias en que vienes a visitarme y me dices, con tu voz velada, las cosas singulares y graciosas que no oyeron ni Horacio ni Polonio.

Y este mal, Hamlet de mi alma, este terrible mal, ¿no es tal vez el "pensamiento", no es tal vez la "reflexión"? ¿No eres tú, por ventura, el melancólico héroe de aquella familia de hombres que piensan, no lo que hacen, sino lo que podrían y deberían hacer? ¿Acaso no eres tú de aquellos enfermizos y afeminados espíritus que prefieren las palabras, que son hembras, a los actos, que son machos?

Y ese mal — ¡oh príncipe de Dinamarca! — no solamente en mi alma está empollando sus tósigos. No soy yo el único que en esta edad y en este planeta me parezco a ti. ¡Veo tantos en torno a mí que te asemejan! Existe abiertamente una tribu de Hamlets, a los cuales no ha visitado aún el fantasma, que no son esperados por ningún padre indefenso, pero que llevan, como tú, en el alma, el sutil y terrible mal de la reflexión que lima y de la querencia que vacila. En mí mismo, como en ellos y en ti, la pálida sombra del pensar descolora por el momento el rico tejido de la vida.

Pero tú has curado de la enfermedad muriendo. Y nosotros — ¿sabes? — queremos vivir. Queremos vivir con el pecho abierto, con el pie que no retrocede nunca. Queremos vivir a marchas forzadas, en tiempo acelerado, una vida que no sea caminar, sino correr, danzar, volar.

No he tornado a verte — ¡oh buen príncipe! — y, sin embargo, tengo para mí que hablas hoy en mi corazón y con mi boca. Mas no podría jurarlo. Asi como tú te mueves entre la ironía y la angustia, así yo no sabría decir si mi espíritu habla en ti o si el tuyo en mí habla. Pero éstas son ciertamente las palabras del discurso que "deberé" pronunciar:

—¡Adelante, amigos míos, adelante todavía! ¡Valor! ¿Son demasiado cortantes vuestros aceros, están demasiado afiladas vuestras armas de combate? No os espantéis por una gota de sangre: no temáis si vuestro espíritu gime levemente. ¡Sin debilidad, amigos, sin miedo! Trabajad más, calad, arañad en el fondo, adentro, aun más adentro, precisamente en la entraña, en la más íntima profundidad. No dejéis ninguna fibra cubierta; haced que no quede intacto un solo depósito, ni obscuro el pliegue más apartado. Hollad bien dentro; poned al aire cada plaga y cada nervio. Y el duro hueso también, no os detengáis en los huesos, ¿eh? Dentro del hueso hay algo que vive, hay sangre que escurre, hay pulpa, y hay tuétano. ¡No tengáis piedad, amigos, ninguna, ninguna, ninguna piedad! ¡Coged vuestra alma y colocadla bajo el sol! ¡No importa que se haga árida, no importa que se abrase. Necesitamos mostrarnos ante la gente trozo a trozo. Sed, amigos, los cirujanos, los verdugos, los asesinos de vuestras almas.

Atorméntese cada uno sin descanso como el héroe de Terencio; como el Dios que se ofrece en holocausto, cada cual ofrezca a sus hermanos, de alimento, su propio espíritu. Que sepan todos en la ciudad, en la patria y fuera de ella, en remotas tierras, si es posible, que en estos tiempos vamos a la iglesia a coquetear con Cristo, y que hemos imaginado aventuras y viajes circulares y fantásticos. Hagamos saber al mundo que ayer nos recreaba Apolo y que hoy miramos hacia Weimar; que somos viejos y que somos jóvenes, que ha tiempo dejamos a Nietzsche a medio camino, y que mañana, acaso, abandonaremos al dulce poeta. ¡Seamos, en fin, los pregoneros, los narradores, de nosotros mismos! ¿No es éste, por ventura, el signo de nuestra superioridad? ¿La señal de la aureola de nuestra grandeza?

Aceptemos, pues, la carga y no nos enojemos al hacer y deshacer nuestros pregones. Todos los días pesémonos en la balanza del espíritu, pulsémonos a todas horas, publiquemos cada década el boletín de nuestra salud y de nuestras enfermedades.

Y, sobre todo, tracemos proyectos, amigos míos. Hagamos muchos, grandes, continuos proyectos. El proyecto, ¿no es el te, el café, el opio, el haschich de la vida? ¿No es el substitutivo, el escamoteo, la banderola de la realidad? ¡Cuánto te he querido, brezado y acariciado, dulcísimo y benignísimo Dios, en el secreto de mi alma! ¿Quién cantará alguna vez tus alabanzas, quién hará para ti una apología con proemio, apéndice y notas? ¿Quién te amará como te he amado?

Dos felicidades, Dios mío, causas a los hombres. Una, la de tener un pretexto para no hacer nada en la ansiedad de la elección; y la otra, la de insinuar que gozamos hoy lo que para mañana meditamos. Eres, por ende — ¡oh proyecto! — el doble y santo sendero del reposo, la doble escala de ascensión a la perfecta ociosidad.

Hagamos, pues, proyecto, amigos. Que nuestra vida se componga de planes y de diseños. Que la muerte no nos arranque sino promesas, que la vida no sea para nosotros más que una esperanza en la eternidad. ¿Qué digo? Habéis hecho todo esto a lo cual os exhorto, lo estáis haciendo ahora mismo. Confesad más bien que no habéis hecho otra cosa. ¿No somos actualmente hombres que hacen un consumo enorme de fantasía, y novios pudorosos de la vida y de la gloria?

Sentimos bramar en derredor la vida como un gran mar entre el canto de las sirenas y el zumbido de la carnicería. Y estamos aún aquí, en la orilla, con los pies sobre la arena que cede, sin haber saludado las primeras horas. Ni siquiera todos estamos en la orilla. Muchos están todavía encerrados en sus casuchas, en sus añejas casuchas entre el calor paterno y la celda mística. Y contemplo a estos muchachotes, que tienen grandes mapas bajo los ojos, y con los dedos señalan las rutas y con los ojos persiguen los confines. Y a la cabeza de cada mapa está escrito: "el mundo".

Por la noche, cuando las estrellas nos dejan más cavilosos, cuando los hombres vuelven de sus faenas y tienen tiempo de meditar en lo que han hecho y en lo que harán después, cuando pasan por las calles las canciones y las rondas de los que no pueden olvidar, remiramos nuestros mapas y buscamos, con los

ojos húmedos y con las manos temblorosas, el itinerario de nuestro destino.

¡Horrible ansiedad la de estas horas de rebusca! ¡Medroso temor el de los precipicios y el de las fiebres! En estos mapas está trazado todo con señales graciosas y vivas. Ahí está, por ese lado, el país de lo Tierno, pintado de azul y de rosa, con bosquecillos bien podados, con riachuelos de plata en los cuales pican los pececillos de oro. Ahí está también el país del Terror, hosco de florestas, salpicado de sangre, áspero de montañas, sin ríos ni lagos, árido y cruel como el corazón del que muere en un acceso de ira. Y al lado, por singular coincidencia, está el país del Sueño, cubierto de ligeros vapores, preñado de fantasmagorías, con desiertos que se animan al soplo de la Morgana, con precipicios que hacen nacer, por arte de encantamiento, los puentes bajo el pie de los peregrinos. Y allá, a lo lejos, se columbra el país de los Mercados, con su tierra gruesa y sus espesos pesebres; el país de Dios, con las campanillas de los ermitaños y la armonía de las basílicas; el país del Verbo, rumoroso de gritos e insoportables de hedores.

Estas comarcas y otras bien distintas vemos nosotros en el mapa del mundo, de noche, bajo el claror de la casera lámpara. Y sabemos de las rutas que conducen a los tesoros y que transportan al éxtasis y al arrobamiento; que nos llevan a la cunita del niño o nos arrojan al Océano sin orillas, que tienen por meta la locura o el poderío, la tumba o el trono. Todos vemos esas comarcas, y las seguimos señalándolas lentamente con nuestros dedos calenturientos. Y pasan las horas graves y tristes, pasan los hombres aullando y las mujeres riendo, y nosotros seguimos las encrucijadas del camino y descubrimos sus atajos, adivinando los senderos, y los señalamos a nuestro cuerpo que espera el perfecto retiro y la conquista de cada tierra. Mientras, transcurre el tiempo con su crueldad tácita.

Escuchámosle a nuestra puerta pisando despacito, opacamente, como un ejército de demonios descalzos. Cada día es un demonio, cada hora es un demonio, cada minuto es un demonio. — ¡Oh, amigos! — ¿Ninguno se acuerda de eso? ¿Ninguno grita eso a las gentes? ¿Deberé, pues, recordaros con espanto que cada día, cada hora, cada minuto, nos hace menos jóvenes menos fuertes menos eternos? ¿Os haré temblar pensando en la muerte del tiempo, en la muerte de la vida, en la muerte que no conoce redentores, que no sabe resucitar? ¿Deberé deciros, una vez más, todavía más, con terror y con vehemencia, que tenemos tenue hilo para tejer, suave aire para respirar, pocas bocas para besar, pocos instantes para crear?

¿No habéis pensado nunca todo esto? ¿No habéis sentido este acosar del rápido destino, que no se para nunca? ¿Ya no os sorprende alguna vez mientras tartamudea y vacila vuestro espíritu, mientras arrojáis desde el balcón vuestros guiñapos, mientras meditáis vuestros itinerarios, no os sorprende el desdén, el desprecio, la repugnancia de vosotros mismos? ¿No habéis sentido nunca un ímpetu violento, una sacudida formidable que os haya obligado a escapar de la sala anatómica y de la carta geográfica? ¿No habéis probado nunca una ansiedad salvaje, indómita, de esconder vuestras intimidades y de hacer trizas vuestros "mapamundis" pintados?

¡Hacedlo, y hacedlo bien algún día, amigos! Exclamad:

—¿Por ventura estamos aquí para dar espectáculos con nosotros mismos? ¿Qué empresario divino nos ha escriturado? ¿Acaso estamos en la feria para vomitar por la boca majaderías acarameladas como un joyero mentiroso? ¿Debemos consumir la vida, átomo por átomo, gota a gota, decir aquello que queremos hacer en lugar de hacerlo, pintar con alegres señales los éxitos que no obtengamos, trazar los caminos reales donde no posaremos nuestras huellas?

Un pequeño esfuerzo, amigos. Arrojemos todo eso en el mar furioso lleno de espumas, que de tal suerte nos atrae. El mar es un dios prudente, que sabe guardar secretos; no nos traicionará jamás. No tirará a las orillas los cadáveres de nuestros propósitos. Acabemos un día por narrar bellamente aquello que somos y que queremos ser; cesemos de proponernos, con acentos heroicos, las fugas nocturnas y las exploraciones. Caminemos. Que, por última vez, las palabras sean lacayos que no precedan a rey alguno.

—¡Hacia el norte o hacia el sud! ¡Clásicos o románticos!, ¿qué importa? ¡Por Cristo o por Satanás: en el fondo es lo mismo! Líricos o dramáticos, dueños de la forma o dueños de la voluntad: aquello que queramos o podamos o sepamos. Pero, en el nombre de Dios, hagamos algo, démonos a nosotros mismos, a los compañeros, a los enemigos, nuestra obra, la prueba de nuestra potencia conquistadora o engendradora. ¡Que todos hagan su labor, grande o pequeña; que todos recojan su cosecha, ora de avena humilde, ora de grano rubio!

La nave está junto al ribazo, en el puerto, barnizada de negra brea, con las velas desplegadas al viento, con todas las banderolas en la luz. El capitán, a proa, explora el horizonte; el contramaestre se inclina, con la vista en la carta marina, estudiando la ruta venidera. Pero la nave sigue junto al ribazo, las áncoras permanecen clavadas en el fondo, la nave no se mueve, no zarpa aún.

A las puertas de la ciudad, el caballero ha montado a caballo. Pero el caballo no se mueve, el caballero no hinca espuela, la espada no sale de la vaina.

Tú, hombre, estás en el umbral de la vida. Y se descubren tus ojos fríos que miran a distancia. Y se oye el estremecimiento de tu corazón que desea y que odia con igual vehemencia. Y se escucha tu respiración bramadora de fiera que está para arrojarse en tierra.

Pero advierte que al momento de la ansiedad sucede el de la impaciencia. La nave ondea y se mueve en el espejo de las aguas y hace gemir a las amarras que la retienen a tierra. El caballo trota y teme, y alarga el hocico hacia el prado henchido de perfumes, hacia la campiña que resuena...

JUAN·PAPINI

DIBUJOS DE SIRIO



Cariño Maternal

LOS días que preceden a la llegada del bebé deben ser para la madre los más felices de su existencia.

Los sueños y los augurios de un bebé rebosante de salud, se disipan frecuentemente en el pensamiento de aquellas mujeres enfermizas y atormentadas por dolores.

El Compuesto Vegetal de Lydia E. Pinkham aliviará los dolores que anteceden al parto y fortalecerá a la madre, capacitándola para tener un hijo sano y robusto. Y más aún—servirá de reconstituyente al organismo, restableciendo su normalidad y manteniéndolo vigoroso durante el período de la lactancia.

Se Vende en Todas Las Farmacias.



6

Desea un hijo?

"Estoy agradecida porque el Compuesto me hizo mucho bien. Mi esposo y yo les damos las gracias, porque estamos seguros de que el Compuesto nos dió un hijo."

Natalia de Cabral,
Santiago de los Caballeros,
Rep. Dominicana.

Compuesto Vegetal De Lydia E. Pinkham

LYDIA E. PINKHAM MEDICINE CO., LYNN, MASS.



ARROYO SECO (F. C. C. A.) — Concurrentes al picnic organizado por el Círculo de Obreros conmemorando el 1.° de Mayo, y al cual asistió el R. P. Antonio D. Rodríguez.

SIEMPRE DISCOS NUEVOS

DE GRAN EXITO



YA ESTAN EN VENTA LAS ULTIMAS NOVEDADES EN BAILABLES, CANTOS NACIONALES, OPERAS Y MUSICA CLASICA.

Solicite Suplemento gratis N.º 17.

Algunas Novedades de la semana

Discos Victor, de 25 ctms. $ 3.— c/u.

Orquesta Típica Fresedo

73711 (**Modulando.** Tango.
(**De Buen Agüero.** Tango.

73713 (**Por fin solos.** Tango.
(**Que Rubia Papa.** Tango.

73715 (**Cabecita Rubia.** Tango.
(**Yo te condeno.** Tango.

73732 (**Hasta Dempsey no para.** Tango.
(**Rico.** Tango.

Orquesta Típica Flores

73733 (**Irma.** Tango.
(**Cielo Azul.** Tango.

Discos dobles Nacional, $ 3.— c/u.

Orquesta Roberto Firpo

Danza delle Libellule. Shimmy.
Hijo Mio. Tango.
Pick Me Up. «Levántame». Shimmy.
Buenos Aires. Tango.
Patagonia. Shimmy.

Discos dobles Electra, a $ 3.— c/u.

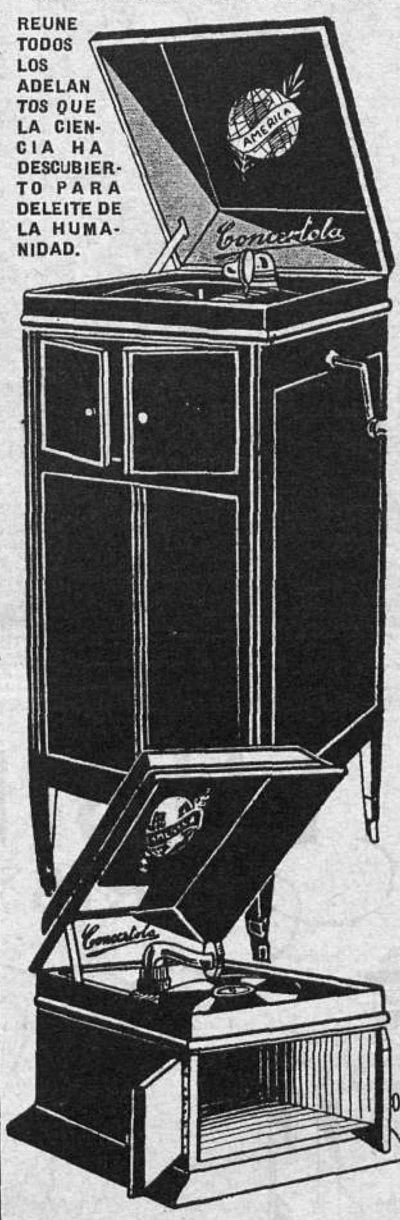
Orquesta Iribarren

Siam. Shimmy. **Sirenas.** Shimmy.
Fate. Shimmy. **Eleonor.** Shimmy.

CONCERTOLA

EL INSTRUMENTO DE DIVERSION MAS COMPLETO Y PERFECTO QUE EXISTE.

REUNE TODOS LOS ADELANTOS QUE LA CIENCIA HA DESCUBIERTO PARA DELEITE DE LA HUMANIDAD.



INDISPENSABLE en todo hogar donde se aprecia la buena música; proporciona alegría, instrucción y placer.



NUESTRAS
GRANDES OFERTAS
LO MEJOR A LOS PRECIOS MAS BAJOS POSIBLES.

N.º 451. — **Elegante CONCERTOLA,** con persianita delantera. Con 6 piezas y 200 púas a pesos......... **45**

N.º 327. — **Rica CONCERTOLA** en nogal o caoba con puertitas delanteras. Con 6 piezas y 200 púas a..... $ **75**

N.º 4. — **Magnífica CONCERTOLA** para mesa. Rica madera roble o terminación caoba, motor suizo de dos cuerdas reforzadas. Con 6 piezas y 200 púas a.. $ **125**

N.º 4 bis. — **Espléndida CONCERTOLA.** Regio mueble en roble o terminación caoba, motor suizo de dos cuerdas. Con 6 piezas y 200 púas, a pesos......... **150**
O bien $ **25** al contado y **10** mensualidades de pesos **14** cada una.

N. 5.—**Regia CONCERTOLA,** mueble serio y elegante. Rica madera roble o terminación caoba, gran motor de dos cuerdas. Con 12 piezas y 600 púas, a..... $ **250**
O bien $ **25** al contado y 10 mensualidades de pesos **25** cada una.

PIDAN CATALOGOS

N.º 21. Grafófonos, Concertolas y Victrolas.

N.º 22. Todos los mejores discos de las buenas marcas.

Enviando $ 0.20 en estampillas.

CASA AMERICA

STAHLBERG & RIGOTTI

A. de MAYO, 979
Buenos Aires

No tenemos SUCURSALES
NO CERRAMOS LOS SABADOS



Aspecto del salón del Club de Regatas Santa Fe durante el baile celebrado por los socios después de las regatas internas efectuadas últimamente.

Mozos de cafés y hoteles reunidos frente al local de su sociedad conmemorando el día del obrero.

Apólogo de la preocupación

Motivos sentimentales

¿Creéis que si no existiera o procurásemos abolir la preocupación, podríamos vivir? Esta es una pregunta más difícil de contestar que la de la zarandeada ley de la relatividad. La preocupación en este moderno baratillo de las nuevas teorías ocupa un estante de la nueva ciencia que tiene hoy por principal figura a Freud. Ahora que despiertos y dormidos roncamos ciencia, sería bueno buscar el origen psicopático de la preocupación. ¿Qué es este fenómeno de la vida ordinaria? No quisiera encarecer la mercancía esmerilando la sesera para procurarme la chispa divina que despeje las sombras que se condensan en los vericuetos del espíritu. La respuesta hay que buscarla en este hervidero de sensaciones que es nuestra vida bautizada por la milagrosa vulgaridad.

La preocupación es algo que siempre nos saca de apuro, y me apuro en declararlo para que se enteren aquellos seres que, sonrientes como herederos, fingen despreocuparse del teje maneje que forma la vida.

Preocupados estamos todos: la vida interior, hecha de retazos de pasiones, ilusiones y contorsiones, nos hinca fuertemente en el corazón. A unos la volubilidad de la fortuna; los gestos de la gloria, los guiños de la conquista, los halagos del poder a otros, todos sentimos que una pequeña cadena ata por momentos nuestra atención. Si estamos en un baile, en el teatro, en una visita, suspendemos la atención, nos adentramos en nosotros como caracoles asustados, y fijamos el pensamiento en algo ajeno al lugar y al momento que vivimos. ¿Qué es eso sino la preocupación? Pero no siempre es ella la que viene avasallando nuestros pensamientos. A veces, y muchas, la llamamos y acudimos a ella para que nos salve de un apuro. Cuando no hemos cumplido con el amigo; cuando nos equivocamos; cuando rezagamos algo que teníamos dispuesto a ser lo primero, no nos queda otro escape que decir que estamos preocupados...

La preocupación, pues, es cosa psicológica y cosa humana, ya que sirve para disculparnos de olvido o para justificarnos de hacer vida interior.

Así que es un argumento apodíctico. ¿Quién no nos disculpa si le decimos que estamos preocupados?

Cuando no se paga una cuenta — sobre todo en esto se abusa del fenómeno interior — hay el justificativo enlutando el espíritu a la funerala con la consabida frase salvadora; cuando se elude el regalo de bodas, nada más correcto que atribuírlo a la honda preocupación.

Viene a ser un aplicativo prodigioso para escaparnos de cualquier cumplimiento. Eso en cuanto a la emulación — de la que en su mayoría está concebida nuestra existencia — que en eso descendemos más bien del camaleón que del mono; — pero en cuanto al fenómeno en sí, gran parte de nuestros actos se produce en medio de una inconsciencia infantil. Pensamos hacer una cosa y ejecutamos otra sin que medie para ello un deliberado propósito. La preocupación impregna nuestra célula nerviosa y con el mismo acto se produce otro fenómeno. ¡Cuántas veces la mano que arma al criminal es producto de un acto subconsciente producido por la preocupación!

A una injuria a veces hay que buscarle el origen en una preocupación. (También sería prudente hallarla en el elogio como en la sátira.)

Momentos muy apreciables hay en la vida en que el hombre más pundonoroso ensaya gestos mentirosos. Los más veniales los ha de hallar en la preocupación. Esta es la fuente a cuyo manantial se van a refrescar los labios que mienten.

Los estados estáticos, los dolorosos cilicios que se han impuesto algunos eremitas, renunciando a los goces de la vida ordinaria, no son nada más que hondas preocupaciones que han sobrecogido a sus espíritus. En la evocación de Santa Teresa, por ejemplo, no hay otra cosa que el egoísmo de posponer una vida real molesta por una soñada mejor. Preocupación, nada más que preocupación. La vida ascética se colma de cosas presentidas, dominada o subyugada al fenómeno abstracto de la vida ordinaria. Es una especie de escafandra con que descendemos al fondo de nosotros mismos, rebuscando extraños corpúsculos que se agitan en el espíritu.

Si nos propusiéramos rebuscar lo que ha ocurrido en el ánimo de los más tozudos anacoretas, de los más rebeldes predicadores del ascetismo, estoy seguro de que todos estaban dominados por la preocupación del mejor vivir.

Y de la vida de ahora no se diga nada. Preocupación es sinónimo de vivir. Nos movemos acechados por el canibalismo civilizado. Tenemos que hacer jácaras, aunque ficticias, para distraer los enemigos que pululan a nuestro lado. Todos estamos preocupados por hacer el bien del mal o aprovecharnos de la caída ajena. Elevamos preces o murmuraciones jaculatorias para salvarnos del fenómeno que apologamos.

No pasan muchos días sin que encontremos a un amigo que está cohibido, maltrecho y zarandeado, anegado en un mar de malos pensamientos. El amigo busca casa o se casa, cosa que cose a cualquiera a las más acerbas preocupaciones. Hallamos también al que tiene un expediente ventilándose y sólo lo hace cuando el ordenanza chanflón se le ocurre la ocurrencia de sacudirle el polvo para que no se borre el pergeño de identidad. No le falta preocupación al padre de familia que no encuentra al trasnochado doncel que acate la mala visión de sus jamonas hijas. Ni escasea la suegra que se crispa con la holganza o aventura del desaguisado yerno.

Todos somos víctimas de la preocupación. Está hecho así nuestro espíritu. Siempre necesitamos algo fuerte para sentir el escozor.

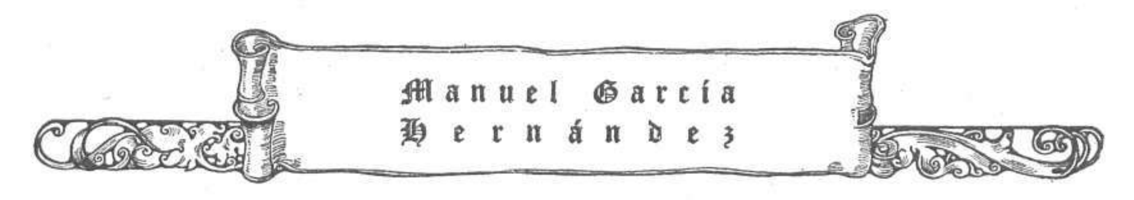
Ahora sacude a casi todo el mundo la preocupación de vivir. A Rusia, el hambre; a Europa, el

miedo; a América, el armamento. La vida está hecha de retazos. Es como de un vestido que se ha ido formando con recortes o saldos de liquidación. Unos son de tonos suaves, plácidos, y otros chillones, que ofuscan los ojos.

Necesitamos de la preocupación como de una madrina de guerra. Que nos consuele, que nos mande un retrato, un tarro de dulce de leche y unas cartas que nos den la sensación de que alguien se preocupa de nosotros.

Estamos preocupados y necesitamos que alguien se preocupe de nosotros.

Es, pues, digno del apólogo.





EN EL PORTAL DE BELEN

— Ya le previne que no quería niños en la casa.

EN EL CAFE DEL COMERCIO

— ¡No me hable de ese ladrón; me ha devuelto una moneda falsa después que había pasado las penas del mundo para pasarla!

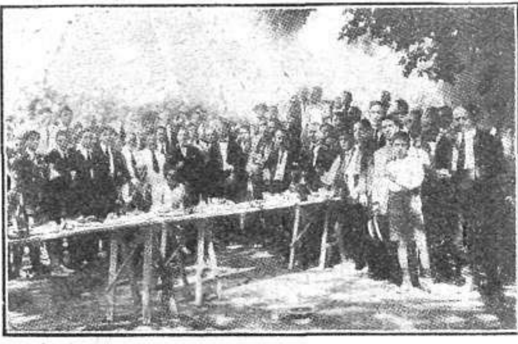
De San Juan



Las autoridades de la provincia encabezando la manifestación que se organizó para presenciar el acto de la inauguración de la placa colocada en el monumento al general San Martín conmemorando la batalla de Maipú, donativo de las damas patricias

El gobernador de la provincia, señor Aquiles Castro, con un grupo de damas sanjuaninas, acompañando a la familia Irigoyen en su excursión por la ciudad.

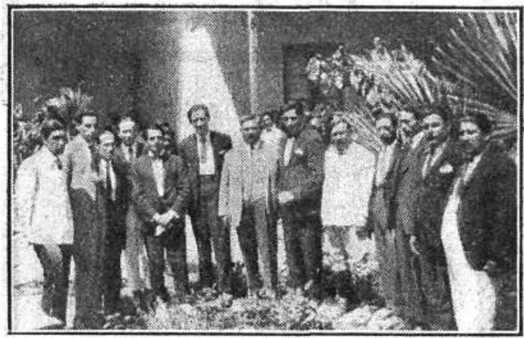
De Mendoza



Picnic ofrecido por el director general de industrias, ingeniero Arminio M. Galanti, festejando el aniversario de su gestión.



Fiesta campestre y almuerzo criollo ofrecida por el intendente municipal del departamento de San Martín, señor José F. Martínez.



Demostración de simpatía al jefe de policía, señor Juan Muti, por sus subordinados y destacados vecinos.



Excursión campestre llevada a cabo por los jefes y personal de la Compañía de Hoteles Sudamericanos.

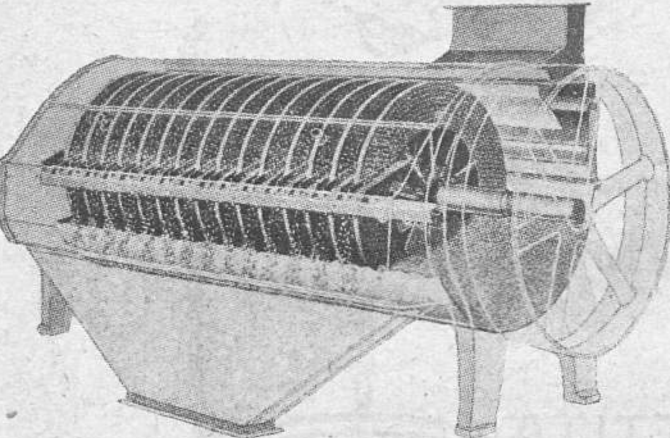
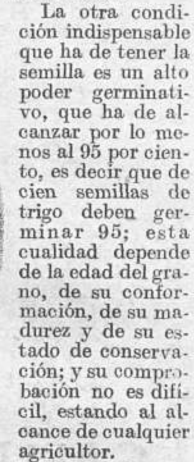

GALLETITAS
cubiertas con chocolate
"MORENAS"
Exquisitas, finas y deliciosas
cual los mejores bombones
importados.
INDUSTRIA ARGENTINA
M. S. BAGLEY & CIA. LDA.
MONTES DE OCA 169 - BUENOS AIRES
GALLETITAS
GALLETITAS
MORENAS

AGRICULTURA

VALOR DE LAS SEMILLAS CULTIVADAS

Ya sea por efecto de la enseñanza agrícola que se difunde en todos los ámbitos del país, o bien por la experiencia adquirida a costa de tantos fracasos, va extendiéndose entre los agricultores la convicción de que deben emplear buena semilla de trigo para obtener buenas cosechas, y algunos tratan de conseguirla o formársela eligiéndola de sus chacras; pero aun así, hay muchos que ignoran o no tienen en debida cuenta las condiciones que debe reunir la semilla para obtener de ella buena reproducción.

La pureza de la variedad es condición previa que debe tener el grano destinado a la siembra; y a este respecto estamos en verdad tan desorganizados que hoy en día es difícil, si no imposible, conseguir un trigo Barletta, un trigo Ruso, un trigo Francés de raza pura en ninguna parte del país; se encuentran cuando más «tipo Barletta» o «tipo Ruso», es decir, algo parecido a esos trigos; y esto porque con los malos cultivos y las mezclas que se hacen en chacras y galpones, se han perdido las variedades originarias.

Una limpiadora y clasificadora de trigo a discos verticales.

El volumen, el peso, el color, el olor, el aspecto del grano, también son condiciones que constituyen las buenas o malas calidades del grano para siembra; y hay, en fin, dos condiciones más que son esenciales y de la mayor importancia, esto es: la pureza o limpieza de semillas extrañas y la facultad germinativa.

La semilla *sucia*, es decir el alto por ciento de semillas extrañas que contiene, es condición común y general y es el defecto principal de este detalle de nuestra agricultura; es difícil conseguir un lote de semilla limpia en absoluto, y esto tiene una causa común de origen: la trilla, en la que no se observa cuidado alguno; el dueño de la trilladora, que trabaja a tanto por quintal, no permite ir despacio, aplicar las zarandas necesarias, cerrar los ventiladores, trillar un grano limpio; en este caso cobraría más y el colono lo que quiere es llenar muchas bolsas; el resto no le importa.

Es inveterado también el sistema de dejar las chacras llenas de malezas, y si se agrega el descuido en la trilla y la siembra de semillas sucias, se comprende cómo con todo esto se viene a perpetuar la condición lamentada, pues hasta en tierra nueva y virgen se siembra semilla sucia, con lo que se siembran las malezas, aun antes de que invadan los campos cultivados por su natural difusión. De ahí que la cebadilla, la enredadera, el nabo, el yetón, el joyo, la quinoa, el yuyo colorado y la larga lista de semillas extrañas desmejoren el grano como semilla y como producto.

Ahora el agricultor tiene un medio muy sencillo a su alcance para limpiar su semilla y mejorarla, esto es, pasarla por la aventadora o la clasificadora antes de la siembra, aparatos éstos que no solamente separan las semillas extrañas sino que también clasifican la semilla según el tamaño de sus granos, para emplear en la siembra los más gruesos y voluminosos.

La otra condición indispensable que ha de tener la semilla es un alto poder germinativo, que ha de alcanzar por lo menos al 95 por ciento, es decir que de cien semillas de trigo deben germinar 95; esta cualidad depende de la edad del grano, de su conformación, de su madurez y de su estado de conservación; y su comprobación no es difícil, estando al alcance de cualquier agricultor.

En un plato se coloca un papel secante grueso o un trapito, que se mantiene constantemente mojado, y sobre éste se colocan 100 semillas de trigo, tomadas del montón, como vienen, dispuestas en diez filas de diez granos cada una; se cubren después con otro plato y se deja; al cabo de tres o cuatro días las semillas empiezan a germinar; se cuentan las que han germinado dentro de seis o siete días y ese número representará el por ciento del poder germinativo de la semilla; así, por ejemplo, si solamente 80 hubiesen germinado, será esa una semilla deficiente, y sembrándola habrá que cargar la mano un poco porque solamente las ocho décimas partes de la semilla empleada germinará.

Las escuelas de agricultura y los agrónomos regionales ejecutan gratuitamente análisis de semillas, y también, con una módica tarifa, el Ministerio de Agricultura de la Nación y la Bolsa de Cereales.

Multiplicando el coeficiente de pureza de una semilla por el que representa su poder germinativo, y dividiendo el total por cien, obtendremos lo que se llama el valor cultural de la semilla, es decir, el valor real de la misma, lo que debe tenerse en cuenta en la siembra y también en las transacciones comerciales, considerado el grano como semilla.

EN LA HUERTA: LA ARVEJA Y SU CULTIVO

Una leguminosa que puede cultivarse en gran escala y con resultados beneficiosos es la arveja, que se adapta fácilmente a todas las zonas, aunque prefiere las templadas y frescas, y a todas las tierras las de mediana consistencia, no demasiado gordas.

Sobre tierra bien arada y rastreada convenientemente se siembra en surcos distantes de 50 a 80 centímetros, según se trate de variedades enanas o de enrame, a profundidad de 3 a 5 centímetros, empleándose de 80 a 100 kilogramos de semilla por hectárea, y desde febrero hasta agosto; con siembra temprana se consiguen chauchas y arvejas frescas y verdes.

Entre las variedades enanas son renombradas: orgullo del mercado, llena canasto, imperial, maravilla de América, triunfo del mercado; estas últimas azucaradas; entre las de enrame: príncipe Alberto, Normandía, de 40 días, catalana del país y ojo negro; entre las sin hebra o cometodo: cuerno de cabra y Bretón.

A las variedades altas, cuando las plantas tienen de 15 a 20 centímetros de altura, hay que colocarles enrame para sostenerlas.

La cosecha para grano verde se efectúa a mano y sucesivamente, a medida que se vayan formando; y para grano seco se hace antes de que se abran las vainas, segando las plantas con guadañadora y emparvándolas para trillarlas más tarde.

Una hectárea de arveja, bien cultivada puede dar de 3.000 a 4.000 kilogramos de chaucha verde o 1.500 a 2.000 kilogramos de granos secos, lo que constituye un rendimiento beneficioso en alto grado.

HUGO MIATELLO,
Ing. Agrón.


La desesperación que se apodera de toda dama elegante que ve desaparecer su hermosura se evita empleando constantemente en su toilette el JABON HIGIENICO, la CREMA HIGIENICA y el siempre deliciociosamente perfumado POLVO GRASOSO
Brissac.
Sus tonos, de Blanco o Rachel para las morenas y Rosado para las rubias, lo hacen ser el preferido por nuestro gran mundo.
Dentro de cada caja lleva un cupón que con 25 de ellos, da derecho a una caja completamente gratis.
Agua de Colonia AUREOLE. Esta riquísima agua de colonia en perfume de Ambré, Vertiver o Verbena y en elegante frasco de fantasía es la preferida por las personas de buen gusto.
Este cupón es copia del que va dentro de cada caja, y no tiene ningún valor.
L. AUBERT y Cía.
JORGE NEWBERY, 3443-55
U. T. 2045, Belgrano
Representante en Montevideo:
SASSOLI y ALONSO
Rondeau, 1440/42
GUARDE ESTE CUPON, TIENE VALOR
Serie D
548765
La Perfumería Higiénica
Brissac.
PARIS
AUREOLE
PEINOLINA. Especialmente preparada por la perfumería Brissac; no es grasienta, alisa el cabello y da firmeza al peinado.
PERFUMERIA HIGIENICA
Brissac.
Buenos Aires
Peinolina
Alisa el cabello y dá firmeza al peinado
No es grasienta
PERFUMERIA HIGIENICA BRISSAC
BUENOS AIRES
POLVO GRASOSO Brissac
PARFUMERIE
CRÈME HYGIÉNIQUE
Brissac
JABON HIGIENICO Brissac
PERFUMERIA HIGIENICA Brissac
$ 1.40 la caja
$ 2.00 el tarro

De Córdoba

CAPILLA DEL MONTE. — Grupo de niñas y niños que tomaron la primera comunión en la iglesia parroquial.

ARROYITO. — Concurrentes al banquete ofrecido por un grupo de distinguidas señoritas a su común amiga la señorita Adelina Gerlotti, con motivo de su próximo enlace.

Una Joya Musical...

Y el complemento indispensable de su piano es

1326

SONATA QUASI UNA FANTASIA
"CLAIR DE LUNE", DO-SOSTENIDO MENOR

Revisado y Anotado por Charles Dennée

L. van

Adagio sostenuto (♩= 60)
Si deve suonare tutto questo pezzo delicatissimamente e senza sordini
segue
sempre pp e legato

"La MEJOR MUSICA del MUNDO"



COMPUESTA DE 5 HERMOSOS VOLUMENES, que constituyen, tanto por su manufactura como por los valores musicales que encierran, un delicado y clásico exponente de lo que pueden hacer las modernas artes gráficas unidas al genio musical de los Directores de esta riquísima Enciclopedia del Arte, que no debe faltar en ningún hogar donde se haga un culto de lo bello y haya un espíritu superior capaz de comprender las maravillosas concepciones de los genios musicales más grandes y famosos que existen y han existido en el mundo, en todos los tiempos.

Parcialmente mencionaremos a continuación algunos de los tantísimos compositores que están representados en estos 5 volúmenes de **LA MEJOR MUSICA DEL MUNDO.**

Puede Vd, adquirirla

LOS CLASICOS

Bach, Handel, Haydn, Beethoven, Mozart, Spohr

LOS DE LA ESCUELA ROMANTICA

Schubert, Schuman, Mendelssohn, Chopin, Listz

LOS CLASICOS MODERNOS

Brahms, Dvorak, Grieg, Scharwenka, Tschaikowsky, Rubinstein, Paderewski.

LOS ESCRITORES MODERNOS DE PIEZAS DE SALON

Delibes, Thomé, Schutt, Jensen, Godard, Bohm, Tours, Schytte, Rheinbergerg, Lacombe, Bendel, Lanciani, Smith, Louis Ganne, Bergé.

LOS ESCRITORES DE PIEZAS POPULARES

Offenbach, von Fielitz, Nollet, Gottschalk, Nicodé, Leybach, von Flotow, J. Strauss, Pestalozza, Pieczonka.

LOS COMPOSITORES DE PIEZAS DE FAMA MUNDIAL

Lichner, Durand, Merkel, Gurlitt, Reinecke, Behr, Ravina, Heins, Loeschhorn, Reinhold, Ascher, Kullak, Le Couppey, Lack, Kummel, Lechetizky.

Nuestro obsequio

UN EQUIPO FOTOGRAFICO KODAK BROWNIE.

Listo para retratar, revelar y fijar, compuesto de:

- 1 Cámara Brownie, N.º 0.
- 1 Rollo de Películas
- 1 Lámpara Kodak.
- 2 Cubetas bull's Eye.
- 1 Tubo Revelador.
- 1 Paquete 1/4 libra Fijador.
- 1 Prensa Eastman.
- 1 Paquete (2 docenas) papel Solio.
- 1 Tubo Viro-fijador.

A SU SOLA FIRMA ◆ SIN FIADOR NI GARANTIA

Los que nos remitan el presente cupón incluyendo el pago inicial de $ 6.— m/n recibirán como obsequio gratuito, conjuntamente con la colección de 5 tomos, un hermoso equipo fotográfico, según detalle.



Pedido directo a: **The University Society Inc.**
RIVADAVIA, 850. — Buenos Aires

Adjunto con este cupón la suma de $ 6.— para que me remitan **"La Mejor Música del Mundo"**, compuesta de 5 tomos, conjuntamente con el obsequio que ofrecen. Me comprometo a abonar el saldo restante en 17 mensualidades de $ 6.— c/u., la primera de las cuales haré efectiva 30 días después de recibida la mercadería.

Firma........................Profesión............
Nombre....................Apellido................
Dirección..
....

Ciacomo Puccini

Este compositor italiano, que ha interpretado en los últimos treinta años el genio melódico de su tierra, tuvo un error en su carrera artística; antes bien, tuvo dos. El primero fué de musicar, nueve años después de Massenet, la «Manon Lescaut»; el segundo fué de haberse olvidado, por unos días, de sí mismo, escribiendo la «Lodoletta».

Con todo, hay maestros a docenas que quisieran escribir antes de morirse una ópera como «Lodoletta», que, a pesar de su poca consistencia orgánica, tiene páginas de una belleza reveladora del talento descomunal de su autor. Pero «Lodoletta» debió haber nacido antes que «Le Villi», antes que «Edgar»; en vez nació después de «Bohéme» y constituyó necesariamente algo así como un desliz artístico; hubiera sido lo mismo si Verdi hubiese escrito «Un ballo in maschera», después de «Otello» y de «Falstaff».

En lo que atañe a la «Manon» de Puccini, habría sido, como es, una gran ópera de no existir la de Massenet. Nadie puede negar que el drama del abad Prevost ha sido hondamente sentido por Puccini; hay trozos de una intensidad dramática tan elocuente, tan arrebatadora, que quizás no se encuentran en la «Manon» del gran compositor francés; sin embargo, puesto a juzgar entre las dos, todos preferimos la de Massenet, tal vez sin poder explicar la razón ni a nosotros mismos.

A pesar de sus triunfos, que se repiten, más o menos completos desde 1884, no todas fueron flores en la carrera de Giacomo Puccini. Si no conoció el hambre, conoció algo que se le parecía mucho; y muchas veces si quiso asistir a la representación de alguna ópera musical tuvo que entrar en el teatro «de ojito», como se dice en el lenguaje pintoresco de nuestras plateas.

El padre de Puccini había sido maestro de música él también; pero también el padre de Rafael fué pintor, y también el de Leopardi fué literato; pero son padres que desaparecen cuando asoman los hijos. El de Puccini desapareció en serio, pues se murió cuando el futuro autor de «Tosca» era un chiquilín.

Giacomo Puccini nació en Lucca en 1858. En su familia la música era una tradición; así encontró en la misma casa sus primeros maestros; pero lo difícil no era estudiar música, lo difícil era conciliar los estudios con la exigencia de un hogar donde una señora viuda debía proveer a cinco hijas y dos hijos.

Sea como sea, un día Puccini obtuvo penetrar en el «sancta sanctorum», en la Meca de todos los músicos: en Milán.

La reina Margarita se había interesado por él, facitándole una bolsa de estudio por un año en el Conservatorio de la capital lombarda. Tuvo por maestro a Bazzini y a Ponchilli; estudió mucho, tuvo que olvidarse muchas veces que el hombre normal acostumbra a comer todos los días, gastó muchas suelas de zapatos paseando bajo la bóveda transparente (cuando no hay neblina) de la «Galleria», y por fin, una noche de otoño del año 1884, logró que fuera juzgada por el público del teatro «Dal Verme» su primera ópera: «Le Villi»; y lo logró gracias a unos amigos, mejor dicho, a unos admiradores de su talento musical, quienes pagaron en parte los gastos; entre los obladores había Arrigo Boito, el autor de «Mefistófeles».

La obra no entusiasmó ni mucho menos. Sin embargo, sin exagerar su importancia, los que entienden de música aseguran que en «Le Villi» está en gérmen toda la gran música de Puccini; y nosotros, los que no entendemos, pero podemos juzgar subjetivamente por las sensaciones que experimentamos, encontramos en «Le Villi» la pequeña fuente murmullante, la pequeña fuente que a lo largo del camino se volverá ancho y caudaloso río de armoniosas bellezas.

Al público le gustó más su segunda ópera: «Edgar», que es de 1899. Pero el público, a lo que parece, se equivocó, lo que acontece a menudo. Y sospechamos que el público se equivocó, pues en la historia artística de Puccini el «Edgar» tiene un lugar tan pequeño, que casi no se ve.

El primero, el gran triunfo, fué el de «Manon Lescaut», en 1893. Y tres años después Puccini lanzaba a la gloria, y no sería atrevido decir a la inmortalidad, su grande, inalcanzable «Bohéme».

«La Bohéme» no muere. La novela de Henry Murger, hermosísima, había sido olvidada desde mucho; vino Puccini, y cosechó tanta gloria que pudo hacer con ella una aureola también para el olvidado novelista francés.

«La Bohéme» no muere por su humanidad; no muere porque encierra el secreto de todas las verdaderas creaciones artísticas; cada espectador puede decir: «Yo la habría hecho así».

Mimí, Musette, Rodolfo, Marcello, Schaunard son tipos que quedan en los siglos como Hamlet, como Valjean, como Fígaro, como Alonso Quijano el Bueno.

Vino en 1900 «Tosca», collar de hermosura; pero sin alcanzar, ni mucho menos, a «Bohéme». Ni «Madame Butterfly», ni «La fanciulla del West», a pesar de las muchísimas páginas de música genial que contienen, subieron artísticamente tan alto como «Bohéme».

¿Es que estaba cansado el maestro? Eso lo dijeron los que hacen crítica como podrían hacer tortas; los que no llegarán nunca a comprender que ni en la vida ni en el arte, no todos los días son para heroísmos. Pero el Maestro, para satisfacción suya y del arte, quiso abrir, a los sesenta años, su segunda juventud; y nos dió el «Trittico»; y, musicalmente, alcanzó la cumbre donde vive su eternidad de gloria Shakespeare.

«Giamni Schicchi», «Il tabarro», «Suor Angelica»; tres aspectos de la eterna tragedia de la vida, tres momentos musicales, tres monumentos de técnica e inspiración.

¿Es el «trittico» superior a «Bohéme»? Es otro mundo. ¿Quién puede decir si «Los novios» de Manzoni son superiores a «La fante de l'abbé Mouret» de Zola? ¿Es más grande «Childe Harold» de Byron o la «Ifigenia» de Goethe?

Problemas insolubles. Para nosotros nos basta afirmar, sin temor de equivocarnos, que Giacomo Puccini continúa la tradición musical del pueblo italiano y es, como su pueblo, un manantial de melodías, de armonías que no se acaban nunca.

ITÁLICUS.

SARRASQUETA Y LOS ASALTOS

CONSEJOS PARA LIBRARSE DE ELLOS



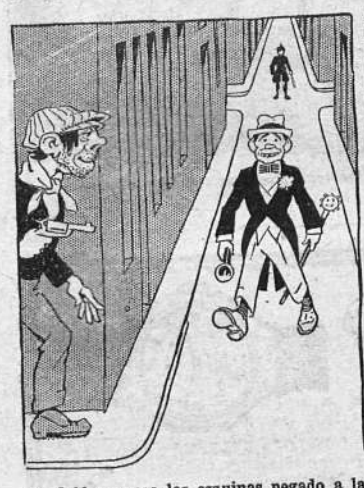
Vístete interiormente con una tupida malla de acero, con la que irás a salvo de puñaladas, porque hombre prevenido vale por dos.



No olvides llevar un pito de policía, para en caso de peligro salir pitando, y un bastón de hierro para defenderte.



Y una lámpara eléctrica portátil para alumbrar el camino por los sitios donde el alumbrado no es muy espléndido.



No dobles nunca las esquinas pegado a la pared sino camina por el medio de la calle, de modo que si por rara casualidad hay algún vigilante, te vea venir.



Cuando veas llegar a varios tipos sospechosos, para despistarlos toma el aspecto de atorrante y te dejarán pasar con desprecio.



Antes de confiar en la policía, en la cota y en el bastón, debes confiarte en los amuletos contra la jetta y llevar siempre gran cantidad de ellos.



Si tienes valor, entrénate con Firpo en el científico arte del boxeo, y al que pretenda asaltarte, en el primer "round" ponle "groggy" y luego "knock out".



Y si no admites la lucha, tira el pito, el bastón, la lámpara y los amuletos, y acordándote del invicto Rico, confía la salvación a tus pies.



Pero lo más eficaz para que no te asalten, es que después de tomar todas las precauciones debidas te encierres heroicamente en casa.

DIBUJOS DE REDONDO

De Santiago del Estero

Alumnos de la Escuela Mercantil Provincial fundada por el actual gobernador, doctor Cáceres, y que funciona bajo la dirección del señor Salvador Martínez.



AUTOMOVILES DODGE BROTHERS

Aquellos que han estado años manejando automóviles son sus más entusiastas compradores.

El automóvil les satisface completamente. Admiran su belleza. Remarcan su comodidad. Insisten de la manera más enfática en las altas cualidades de sus funciones.

El motor es de 30-35 H. P.

El precio:
completamente equipado, con su quinta goma... $ **4.550**

(puesto sobre wagón Buenos Aires).

JULIO FÈVRE Hijo & Cía.
Av. Leandro N. Alem, 1620-40
Buenos Aires
Sucursal Rosario:
Entre Ríos, 579

TEATRO DEL SILENCIO

«El flirt»

Comedia «especial» en ocho actos, ofrece una singular particularidad: no nos dice en qué lugar del planeta ocurre la acción y los apellidos de todos los personajes son típicamente españoles: Rodríguez, Gómez, González. El argumento, que nosotros pensábamos se desarrollaría en salones mundanos donde suele tener su general asiento el flirteo, nos localiza las escenas en un pueblo incógnito, probablemente enclavado en tierras mejicanas, y la familia de los Rodríguez, a juzgar por los bigotes de algunos de sus miembros y amigos, insinúa, por tan discreto signo capilar, su naturaleza latina. La protagonista es una muchacha, por cierto muy bella y muy anglo-sajona, que se dedica al coqueteo con varios amigos, prometiéndoles su amor saltarín y caprichoso. Ella tiene la culpa de que uno de sus novios comprometa a su buen padre en un negocio sucio, y aunque al final llora, suspira y se arrepiente de sus veleidades, aceptando a uno de sus novios rechazados, no nos convencen sus zalamerías.

En cuanto a la interpretación, sin olvidar al pibe entrometido que se burla de su hermanita, esta película es excelente.

«La madre, el mejor amigo»

De acuerdo. Con lo que no estamos tan de acuerdo es con esta madre tan excesiva de carnes como de bondad para con sus hijos, uno de los cuales, «distrae» cierta suma de un banco. Aplaudamos la bien intencionada moraleja de esta cinta y no demos importancia a los intérpretes, incapaces de salir airosos con un argumento tan flojo. El viejo administrador de la madre — Vera Gordon — es el único que nos agradó en el desempeño de su papel.

«¿Es el matrimonio un fracaso?»

El matrimonio es... una lotería, ya lo hemos dicho alguna vez; y la felicidad de los contrayentes depende de tantas, tan diversas, tan pequeñas y grandes causas, que hablar de ellas viene a ser como dedicarse a contar las arenas de una playa. En esta película se bromea acerca de los mal casados, todos los cuales, después de considerarse solteros por una combinación del argumento, suspiran por volver al redil casero más por hábito que por afecto y por aquello de que más vale lo malo conocido...

Los artistas Lila Lee, Lois Wilson y Walter Hiers, éste último el rollizo actor que ahora viene a reemplazar a Tripitas, como "lucero" de la Paramount y con un sueldo muy decente, supieron dar comicidad a las escenas, haciéndonos pasar una hora divertida.

«Haciendo películas»

Es una graciosa comedia en tres actos representada por inteligentes pibes capitaneados por Johnny Jones, un expresivo muchacho de apenas quince años que ya sabe ganarse muchos dólares.

Listo como un diablillo y después de haber cobrado dos «extras» en Los Angeles, monta un negocio por su cuenta y filma «La cabaña del tío Tom», que en vez de salirle sentimental le sale cómica, constituyendo un éxito de risa que le permite pagar a sus acreedores.

Agradable producción que nos ha permitido regocijarnos con las ingenuas travesuras de artistas menores por la edad pero no por sus cualidades escénicas.



Leatrice Joy, caracterizada de china en la película "Cabeza de Java", conversa con el galán joven Thomas Meighan, protagonista de la cinta "De vuelta a casa pelado".

«Libros y faldas»

Comedia dramática en seis actos, nos satisfizo cumplidamente. Charles Ray, el protagonista, es un verdadero actor que no necesita de asuntos extraordinarios y extravagantes para cautivar el interés del público. No le hace falta tampoco boxear ni cabalgar a lo cow-boy: le basta presentarse en escena y caracterizarse con el esmero artístico a que nos tiene acostumbrados, y luego, con su acertada mímica, completar el personaje y darnos así un fiel traslado del mismo.

Lástima que, sin necesidad, se haya introducido la nota grotesca en esta cinta de tan interesante sencillez: las escenas de los pantalones, es decir, del hombre sin pantalones y en plena recepción mundana, hace reir a los espectadores simples; pero, sobre ser un recurso ya gastado, no agrega valor alguno a la trama.

«El ídolo del norte»

Adivinan ustedes quien podrá ser? Pues la «estrella» Dorothy Dalton, la cual entusiasma con sus ingeniosas travesuras y por su entereza de ánimo a los habitantes rurales del norte canadiense, donde se dan las aventuras sensacionales como las manzanas en California.

Aquí no falta el drama violento para «mover» la cinta, pero tampoco faltan arrumacos amorosos y el honesto y feliz desenlace de rigorosa necesidad en toda película de los optimistas productores yanquis.

Interesante.

«El prisionero de Zenda»

Notable cinta tomada de una novela de A. Hope, nos presenta excelentes espectáculos cinemáticos; tipos, conjuntos y paisajes obtenidos con esmero muy ponderable, sugestivas escenas que patentizan el adelanto alcanzado por este arte y un argumento que, sin ser una maravilla, contiene, sin embargo, una buena dosis de trama emocional y curiosa como como para cautivar nuestra atención durante todas las escenas. La ha dirigido Rex Ingran, director de verdadero prestigio, y la han interpretado artistas concienzudos, tales como las «estrellas» La Marr y Alice Terry y los «luceros» Levis Stone y Stuard Holmes.

Es una cinta que ofrece una visualidad muy agradable juntamente con un asunto bien explotado.

«El primer amor»

Tiene por heroína a la delicada Constance Binney y se basa en un desengaño amoroso que le cuesta una enfermedad, bien que el convalecer, como justa compensación a sus cordiales sufrimientos, aparezca otro caballero y le ofrezca su fortuna y su amor, desquitándola así del mal gusto que le dejara su primer novio el calavera, que le sacaba los dólares con pretextos para luego gastárselos en farras «húmedas» en compañía de «girls» tan bonitas como despreocupadas.

Muy edificante... Los novios farristas, aleccionados por las enseñanzas de esta cinta, deberán usar de mayor discreción en sus devaneos, no dejándose sorprender por sus novias en un restaurant cualquiera.

Cuestión de no olvidarse del refrán tan verdadero, que dice: «ojos que no ven, corazón que no siente».

Narciso Robledal.

Para ser ricos

Mande su dirección y recibirá amplios folletos de los cursos que enseñamos por correspondencia.

TENEDOR DE LIBROS, CONTADOR MERCANTIL, TAQUIGRAFIA, CORRESPONDENCIA, ORTOGRAFIA, CALIGRAFIA, AGRIMENSURA, ARITMETICA, MECANICO, ELECTRICISTA, DIBUJO MECANICO, DIBUJO ARTISTICO, CHAUFFEUR, CONSTRUCTOR, VENDEDOR y MAQUINISTA.

Devolvemos el dinero al alumno desconforme durante los dos primeros meses de estudio.

ESCUELAS SUDAMERICANAS
Por correspondencia
1059, LAVALLE, 1059. — Buenos Aires

Nombre.................................
....
Dirección..............................
....
Localidad..............................

Sus uñas se lucen

a cada movimiento de sus manos

Por eso es necesario mantenerlas siempre hermosas y brillantes, y para ello nada mejor que el sistema CUTEX que embellece las uñas en forma entretenida y agradable y de la manera más moderna, **sin necesidad de cortar la cutícula.** Use usted desde hoy las especialidades perfeccionadas

CUTEX

El **Estuche CUTEX Compacto** que ilustramos en esta página, contiene todos los útiles y elementos necesarios para dar inimitable belleza a sus uñas. El **Líquido CUTEX** remueve sin riesgo alguno esa cutícula dura y seca que rodea la base de la uña, la suaviza, le da firmeza y la conserva intacta. Usese luego **Blanco CUTEX** en el borde de las uñas para darles la blancura de la nieve.
Y para terminar, emplee usted cualquiera de los maravillosos **Pulimentos CUTEX.** Ellos dan a las uñas ese brillo de joyas deslumbrante y deliciosamente sonrosado, que tanta distinción proporciona a las manos.

El precio del Estuche CUTEX Compacto, es de $ 2.20 y se vende en las principales Perfumerías, Farmacias y Tiendas.

Si en su localidad no lo encuentra, envíe al concesionario en Buenos Aires el importe en giro postal o efectivo, en carta certificada, y a vuelta de correo recibirá su pedido.

NORTHAM WARREN CORPORATION
New York, E. U. A.
Unico Concesionario: E. Herzfeld
Maipú, 533. Buenos Aires



De Tucumán



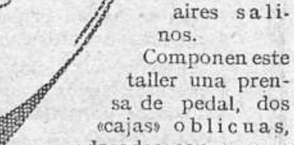
Concurrentes al baile organizado por el Club Sportivo Comercio a beneficio de su caja social.

El gobernador, señor Octaviano Vera, con sus ministros y demás acompañantes al pie de la estatua de San Francisco Solano, al cual el pueblo le atribuye un reciente milagro.



MERCEDES.—El gobernador, señor León Guillet, los ministros señores C. Taboada y doctor Rómulo Fonseca, autoridades provinciales y público que asistió a la inauguración de la Biblioteca "Vicente Martínez" y "Celda Modelo" que funcionará en la cárcel de esta ciudad.

Tipógrafo *de* mar



Junto al mar, frente a la constante visión azul, la lectura de un libro me trae a los ojos y al espíritu una evocación de imprenta. ¿Por qué esta novela, leída en tierra, no me produjo, como ahora en el barco, tanta sensación a papel impreso y minerva trepidante?

Es, sin duda, que en esta hora perezosa de a bordo — hora de isla — renacen en mí las inclinaciones instructivas. Y es que en todo escritor hay una entrañable pasión por la letra de molde. La frase literaria, estilizada en palabras sinfónicas sobre la cuartilla, cobra una viva carnazón en el alfabeto de estaño.

El olfato del escritor trashumante tiene nostalgias de olor a imprenta. En más de alguna ciudad exótica adquirí periódicos en lengua para mí desconocida, por el afán sensual de oler a tinta fresca.

Mis años verdes de adolescencia, florecidos como tallos al calor de una estufa — ¡oh, salas de redacción — tuvieron por savia esa tinta oleaginosa y pregonera que, filtrándose en mi juventud cual venenosa sangre negra, tiñó para siempre mi corazón de una obscura melancolía.

Evoco esas noches ardorosas en ciertas redacciones de diarios que ya murieron, y de todas aquellas luchas extintas, que hoy me parecen muy lejanas, a fuerza de intensidad, viene al recuerdo una ráfaga heroica. Me parece estar viendo la sala de los «cajistas», cuando aun no se generalizaran los linotipos; una decena de tipógrafos, de pie, junto a las cajas parando tipos en el «componedor»... Pérez, el regente, repartiendo los originales que descendían prendidos a un gancho de hierro hasta la planta baja... En el patio, cerca de la prensa Marinoni, una barrica de tinta y una bovina de papel. Y, flotando en este ambiente de galeotes noctámbulos, al runrunear de los correctores de pruebas y bajo las luces cárdenas de las bombillas eléctricas, como un nimbo trágico que se deshace en humo y penetra en los pulmones, el horror físico del sutil polvillo de estaño que empalidece y lima las carnes del cajista.

A mí siempre me fué familiar la caja oblicua en la que se ostentan pequeños papeles impresos con nombres que sirven de muestrario: frases inconexas, nombres de países o de heroínas de ópera, desde el tipo gordo de madera hasta la más minúscula versalita.

Yo había visto muchas imprentas, pero todas olientes a bodega, a cuarto cerrado, agostándose la vida bajo la luz artificial. Por eso me supo a cosa nueva, a originalidad no explotada por la literatura, esta pequeña imprenta de a bordo.

Está instalada en un camarote cuya claraboya, abierta al mar, lo orea de aires salinos.

Componen este taller una prensa de pedal, dos «cajas» oblicuas, adosadas con correas al férreo muro de la cámara, y un negro y profundo armario atestado de cartulinas en blanco. Próximo a una guillotina un alto taburete, en el que suele descansar el buen viejo que oficia de tipógrafo y prensista.

Todo es confusión en el exigüo local, más reducido aún por tener en su centro, como un árbol, el tubo de un ventilador, que, más arriba, sobre el puente, abre su fauce pintada de rojo.

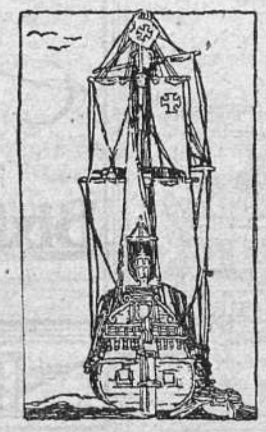
Por las mañanas, al discurrir por la banda de estribor, atisbo al «tipógrafo de mar». Así lo he bautizado, pues me parece exótico este silencioso artista que prepara, solo en su minúscula imprenta, la refinada impresión de los «menús».

Es un viejo enjuto, alto, de nariz aguileña manchada por el bermellón del whisky. Su cabeza pequeña, coronada de greñas de plata, es característica por estar siempre inclinada sobre el hombro izquierdo, como si su oído buscase atento el ritmo de su corazón. Da la sensación de un viejo pájaro descarnado que quisiera ocultar la cabeza bajo el ala para dormirse. Fuma, fuma incansablemente en una tosca pipa, cuyo horno tiene la forma de un barrilito.

Le he contemplado de lejos, a hurtadillas, para no molestarle con mis miradas indiscretas. Es parsimonioso, lento; todo lo hace de pie junto a la «caja» llena de tipos, como si fuese un sacerdote oficiando en su altar.

Viste arbitrariamente. Un chaleco de jersey de lana y una blusa de dril, propia de un obrero, desdicen junto a su campanudo pantalón de marino improvisado.

En los muros de su cámara hay una colección de «menús» de todas las fechas, los cuales harían delirar a un hambriento. Preside esta galería de documentos gastronómicos una vieja tricromía de la Reina Victoria de Inglaterra, pesando la corona sobre los blancos cabellos de abuelita.



Yo he logrado distraer al tipógrafo de mar, sacándolo de su habitual silencio. Algunos días he entrado al camarote-imprenta, descubriéndome, procurando estar quieto, sin molestar, como lo hacen los niños tímidos al entrar en un recinto donde hay personas mayores. Le veo trabajar. Compone despacio, encorvado; ladeada la cabeza sobre el hombro como si en su fatiga buscase el propio corazón por almohada. Por lo general sus dedos están dorados, como si hubiese destrozado alas de mariposas, pues imprime con oro la mayoría de los

«menús». En todas las travesías hace una lista con los nombres de los pasajeros de primera y segunda clase, la que edita en una elegante cartulina orlada por la divisa mercante del barco. El sobrecargo obsequia a todos los del pasaje con estas cartulinas dispuestas a guisa de folleto, en los que han de perdurar los nombres de quienes convivieron en este hotel flotante. El conserva de cada viaje entre Liverpool y Valparaíso estas listas con nombres de personas que no volverá a ver más.

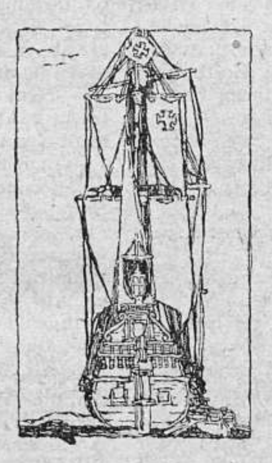
El «tipógrafo de mar» es un observador. Por los camareros indaga la personalidad de todos los pasajeros que le interesan. Apostado en la puerta de su camarote, suele seguir con los ojos a las damas que pasean por cubierta. En más de algún viaje un nene rubio, embarcado en puerto inglés, hizo amistad con el viejo tipógrafo.

Yo he logrado charlar con Smith. Se llama Smith, y ha sido tipógrafo desde los veinte años.

Una tarde entro en su camarote. En el «smocking-room» me aburría. Es la hora de la siesta, tan necesaria a esta altura del trópico.

—¿Qué tal, Smith? ¿No se aburre de trabajar con este calor?

Smith está en mangas de camisa. El «ojo de buey» abierto al mar; zumbando el ventilador sobre sus canas brillantes.



Smith habla. El no se fastidia. Está ya habituado a trabajar. El no ha hecho otra cosa en cincuenta años; de seguro la muerte le ha de sorprender, de pie, con el «componedor» en la mano.

Quizá el calor de esta hora tórrida, que ilumina de oro el camarote-imprenta, o algún furtivo trago de whisky han logrado despertar la locuacidad de Smith.

—¿Hace mucho que viaja?

—Cinco años, solamente. Yo siempre trabajé en Liverpool. Cuarenta años he sido tipógrafo en la imprenta «Pearson Brothers». Son editores de la Biblia. Desde hace más de medio siglo no se edita otro libro en sus talleres. Millones de ejemplares han salido de esa vieja imprenta. Grandes, pequeños, con grabados sobre acero, con cromos en colores, encuadernados en cuero o tela, o bien a la rústica. Desde la Biblia de cantos dorados, ilustrada con maravillosas estampas, hasta la Biblia que se vende por un chelín a los soldados y cocineras.

—¿Conocerá usted muy bien el libro santo, amigo Smith?...

—Casi de memoria. He compuesto centenares de veces sus pasajes. Toda mi juventud, toda mi madurez y parte de mi ancianidad la he vivido entre los versículos y cantares de Salomón. No hay en el Génesis y en todos los Libros y Escrituras Sagradas, frase que no haya llegado hasta mis ojos y repercutido en mi corazón.

Los ojos azules, desleídos, del anciano, se avivan al recuerdo. ¡Con qué extraña pasión habla de «su Biblia»!

Se ha erguido como un pastor evangélico. Todo su aspecto de obrero ha desaparecido, y hay en su rostro una transfiguración. Su voz salmodiosa se eleva entonando frases de los Cantares. Es como una humareda de incienso su palabra encendida; en el camarote-imprenta todo se hace silencio y misticismo, parece que el sol rojo, hundiéndose en el mar, en este atardecer del trópico, es la pupila de Jehová mirándonos hasta el fondo de las conciencias. Smith, cuando se le habla de la Biblia, se transforma, se engrandece, adquiere relieves desconocicidos.

Pero luego, como avergonzado de haber desnudado su espíritu religioso ante la mirada curiosa de un extraño, se encierra en su mutismo. Ha vuelto a trabajar, moviendo la prensa de pedal para imprimir los «menús».

Y como si quisiera echar prosa sobre su lírica exaltación, va leyendo en voz alta la carta: Jamón de York, pato asado con salsa de manzanas, cordero a la escocesa, «roastbeef», pudding... te...

Pero yo insisto:

—¿Y por qué abandonó usted la Biblia? ¿Por qué se vino al mar a componer «menús»?

—Un disgusto de familia. A los ingleses nos es muy fácil acostumbrarnos a la vida marina. Estamos formados al ambiente de isla. No nos ahogamos en la pequeñez de un barco. Un vapor es para nosotros como una islita amparada bajo los colores de nuestra bandera. A mí me da lo mismo vivir anclado en un taller de Liverpool que ir danzando por las aguas del mundo.

He reanudado mis visitas a Smith. Casi todas las tardes, después de entregarme a los afeites del «Barber Shop», paso a hablar con él un instante. Como le he caído en gracia me ha mostrado su colección de Biblias. Las hay en diversos idiomas, de todos los tamaños, lujosas y humildes. Después me ha ido recordando a los amigos que ha hecho en sus largas travesías. Ahora comprendo a fondo su psicología. No se ha limitado únicamente a su papel de impresor; es más, pudiérase decir que es el periodista de a bordo, el cronista, el historiador.

En un libro de apuntes conserva sabrosos detalles de sucesos acaecidos a bordo: la muerte misteriosa de una bailarina a la que sepultaron en el mar; el suicidio de un italiano que huía después de haber defraudado a un banco, en fin, tantas incidencias, dramáticas o cómicas, que conmovieron la vida del barco.

El camarero del «smoking-room» que atiende la mesa en que suelo beber, me ha hablado de Smith. El le conoce desde Liverpool.

—Smith tiene una hija muy hermosa. Es cantante de un «music-hall»... Dígale que le muestre su retrato.

Una hija, una hija... Es extraño. Smith me ha dicho que jamás fué casado. Me ha contado su vida, a grandes rasgos, es cierto, pero nunca mencionó el tener una hija.

Ahora comprendo. Aquel disgusto de familia...

—Smith —le digo esa tarde.— Usted nunca me ha hablado de su hija.

Ha vuelto sus ojos con sorpresa.

—¿Quién le ha dicho a usted eso?... Seguramente Thompson, el del «smocking-room»... ¡Es un lengua larga!

—No se enfade, Smith. Me he interesado porque le tengo a usted un gran aprecio.

Ha dejado el «componedor». Un gesto de gravedad ha ensombrecido su rostro. Parece triste, hondamente preocupado.

Yo quiero distraerle:

—¿Qué está haciendo ahora?

—Es el «menú» de mañana, para el almuerzo.

Atardece. En el comedor de los niños, que comen bajo la vigilancia de dos camareras, una hora an-

tes que los mayores, hay una alegre algarabía.

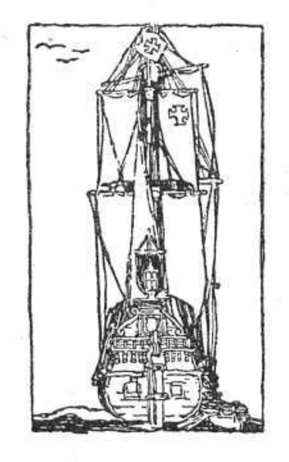
El camarote-imprenta va anegándose en sombras, pero Smith no se ha apresurado, como otras veces, a encender la luz.

Hace más bien frío, pues estamos, desde ayer, en aguas de Europa.

— Smith, hábleme de su hija.

— Ya que usted insiste, le hablaré de ella.

Es una historia novelesca, amigo mío; parece una página de Charles Dickens. Una noche, hace de esto veinte años, al salir de una taberna donde solía cenar, encontré en la calle, perdida entre la niebla, a una chiquilla que lloraba. Era una niña de cinco a seis años, delgadita y rubia como un serafín.



Tuve intenciones de llamar a un «policeman» para ponerla a buen recaudo, pero la pequeñuela asustada se agarró a mis piernas, pidiéndome la llevara conmigo. Así lo hice. La llevé a mi habitación de obrero y durmió en mi casa esa noche, bajo mi techo, después de haber tomado unas sopas de pan y leche que yo le preparara. Edith, que así se llamaba la niña, me habló con terror de sus padres. Era una pareja de alcohólicos que la golpeaban. Efectivamente, en sus pequeños brazos los pellizcos habían dejado huellas violáceas.

A la mañana siguiente le pregunté:

— ¿Estás contenta aquí?

— Mucho, no quiero irme; quiero que tú seas mi papá...

Era tan inocente, tan luminosa su carita de muñeca, que una idea optimista alumbró como un relámpago en mi vida obscura. Sería mi hija.

La oculté en mi habitación durante varios días; me cambié de barrio y como nadie viniera a reclamármela, me hice su padre ante todos los vecinos.

Desde la noche en que la encontré en el arroyo, como se encuentra a un gato, hubo en mi existencia vacía un finalidad. Tuve hogar. Ya no comí en las tabernas. La chiquilla hacía nuestra comida y alegraba con su cháchara ingenua mis horas de hastío.

Así creció a mi lado, hasta hacerse mujer. Fué la hija de mi espíritu. En las veladas de invierno yo le leía pasajes de la Biblia, pues quería que su corazón estuviese fortalecido por toda la humana filosofía que alienta en los versículos.

Pero... ¡Oh, no quiero recordarlo! El amor fué para su vida como un huracán. La arrastró de mi lado, lejos, llevándosela inesperadamente, tal como vino ella a mi vida en la encrucijada de una calle, cierta noche de niebla.

Usted no puede imaginarse el dolor de mi soledad. Ella constituía todo mi hogar, mi familia, mi paz. Volví a vivir solo, perdido en la vida, sin el consuelo de sus risas.

Cuando volví a encontrarla, ya era tarde. El huracán la había hecho rodar mucho... Cantaba y danzaba en los «music-hall» de los barrios bajos; era una mujer de todos, que vivía sus horas de vicio entre marineros de todas las razas.

Me pareció absurdo vivir cerca de ella. La hubiera matado. Me abochornaba de verla en ese estado de impudicia. Entonces decidí dejarlo todo. Y me refugié en este barco que me lleva de aquí para allá, que adormece con su vaivén el dolor de mi vida...

Estaba obscurecido. Su alta silueta se destacaba melancólica en el camarote, bañado de un último esplendor por las luces del ocaso. Por la claraboya abierta veíase el agua del mar tornándose de un verde obscuro, profundo.

— Hemos hablado bastante, amigo mío. Sin querer he contado esta historia que la oculto como se oculta una llaga vergonzosa...

— ¿Quiere usted whisky?...

Bebió un largo sorbo. Se apartó los lentes y se enjugó los ojos humedecidos por la evocación.

El «gong», llamando a comer, redobló como un vibrante pandero metálico.

Smith encendió la luz. Era como si hubiese cerrado para siempre aquel cobarde paréntesis confidencial.

— Muéstreme el retrato de ella, Smith.

— No, no vale la pena. Es bella, pero de una belleza pecadora que me irrita los nervios. ¡Y pensar que era mi hija!

El «gong» revolaba sus notas de proa a popa, imperioso, como una orden guerrera.

— No hablemos más de esto. Le suplico no vuelva a recordarme nada que se relacione con Edith.

Bebió otro sorbo de whisky y esta vez, sereno, flemático, me acompañó hasta la puerta.

— Vaya usted a comer. Ya deben estar todos en el comedor...

Y casi con acento irónico, que ahogaba la inquietud de su espíritu, añadió apoyándome la diestra en el hombro:

— No se retrase... Esta noche hay jamón ahumado...



Cuando Es Un Crimen El Matrimonio


STRONGFORT
El Hombre Perfecto

El hombre que se casa con una mujer buena y pura, sabiendo que no está apto físicamente, comete el peor crimen conocido contra la civilización. ¿En qué condiciones está usted? ¿Es usted apto para el matrimonio? Alguna dulce, inocente muchacha confía en su honor. No debe usted engañarla. No se aventure a contraer matrimonio hasta que esté apto físicamente. El camino le parecerá a usted sin esperanza, mas á ánimo. YO puedo ayudarle.

STRONGFORTISM. — La Ciencia Moderna para Promover la Salud ayudará a la Naturaleza en la restauración de su Virilidad y Poder Debilitado, y le Preparará para el Matrimonio y la Paternidad. Yo se lo garantizo.

Indique los padecimientos sobre los cuales desea Información Especial y Confidencial y envíe 20 centavos para ayudar a pagar el franqueo de mi libro gratis, **«Promoción y Conservación de la Salud, Fuerza y Energía Mental»**. Es un reconstructor de hombres y un salvador de vidas. Envíe por él AHORA MISMO.

LIONEL STRONGFORT

Especialista en Perfección Física y Salud

1074, Strongfort Institute. Newark, New Jersey. E. U. de A.

———— Corte y envíe por correo este cupón ————

CUPON DE CONSULTA GRATIS

Mr. Lionel Strongfort, 1074, Strongfort Institute. Newark. N. J., E. U. de A. Tenga la bondad de enviarme su libro, **«Promoción y Conservación de la Salud, Fuerza y Energía Mental»**, para cuyo porte incluyo 20 centavos. He colocado una X delante de las materias en las cuales estoy interesado.

..Resfriados	..Barros	..Gastritis
..Catarros	..Delgadez	..Caída del cabello
..Asma	..Insomnio	..Vista débil
..Romadizo	..Pies planos	..Mala circulación
..Dolor de cabeza	..Desórdenes estomacales	..Corazón débil
..Hernia	..Estreñimiento	..Desórdenes de la piel
..Lumbago	..Indigestión	..Decaimiento
..Neuritis	..Nerviosidad	..Hombros redondeados
..Neuralgia	..Obesidad	..Espalda débil
..Tórax plano	..Sangre pobre	..Corto de respiración
..Deformidad (descríbase)	..Mala memoria	..Molestia pulmonar
..Felicidad matrimonial	..Debilidad	..Anemia
..Desórdenes femeninos	..Pérdidas vitales	..Gran Fuerza
..Parto feliz	..Errores juveniles	..Desarrollo muscular
..Hijos saludables	..Hábitos secretos	
..Aumento de talla	..Reumatismo	
	..Bilis	

Nombre ....

Edad................ Ocupación....................

Calle ....

Ciudad.................... Estado....................



Señoras Señoritas

En el **atraso** y **falta del período** o muy escaso, tomen el remedio

"AMENORROL"

recetado por los médicos. — Frasco **$ 4.—**
Pero contra los dolores en el período, hemorragias y flujos tomad

"ESPECIFICO SCHEID'S"

Frasco $ **2.80.** Doble, $ **4.—.** Droguerías y Farmacias. Folletos manda gratis en sobre cerrado **C. Scheid.**

Carlos Pellegrini, 644. — Buenos Aires.

¡PRECIOS NUNCA VISTOS!

ELISA

¡ULTIMA MODA!

PULSERA PARA SEÑORA O SEÑORITA, con cinta de moaré fino y de plata 900, con iniciales o nombre que se desee, en esmalte, a.......... **$ 5.—**

La misma de oro 18 kilates sellado, a........ **$ 17.—**

N.º 490. — **Platinados** gran moda. Precio de reclame..... $ **5.00**

N.º 491. — **Collar y medallón** calado, galalit blanco, $ **2.50**

N.º 489. — **Enchapado** en oro y gancha plata, a pesos....... **2.00**

N.º 452. — **Enchapado** en oro 18 kilates y brillantes fantasía, a.. $ **3.00**

N.º 453. — **Enchapado** en oro 18 kilates, brillantes fantasía, a..... $ **3.00**

N.º 136. — **Plata 900,** con iniciales grabadas o esmalte, a $ **5.00**

N.º 438. — **Enchapado** en oro, imitación ónix y camafeo blanco, a...... $ **1.50**

N.º 480.— *Hermosos* aros platinón, piedra color verde claro o punzó. Precio increíble, el par **$ 5.—**

¡EXCEPCIONAL! Pulsera de moaré fino, con relojito enchapado en oro, máquina buena, varias formas, para señorita, a...... **$ 8.90**

La misma enchapada en oro 18 kilates, máquina muy fina, a.................... **$ 14.—**

Aceptamos en pago cartoncitos 43 a dos centavos cada uno.

La Suiza Americana

RELOJERIA - D. SEITLER - JOYERIA

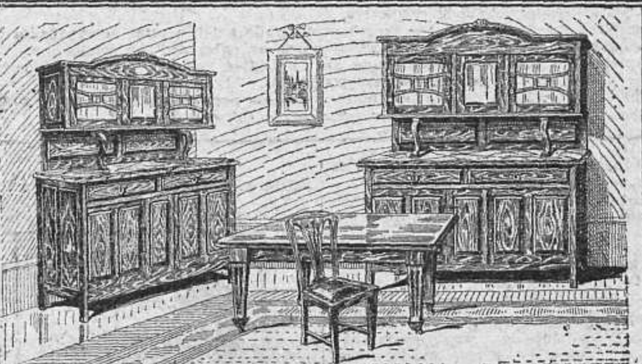
BERNARDO DE IRIGOYEN 540 Bs. AIRES



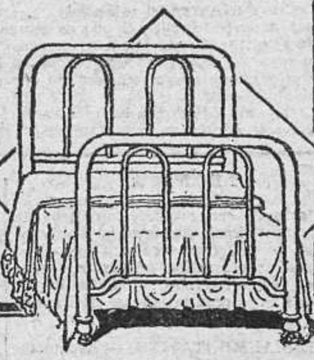
Los gobernadores de Catamarca y Tucumán, señores Ramón C. Ahumada y Octaviano Vera, con la comitiva que los acompañó durante su visita a la histórica casa del obispo Esquiú.

Los gobernadores y sus acompañantes en Las Cumbres, presenciando el paisaje y el camino que se construye entre esta provincia y La Cocha.

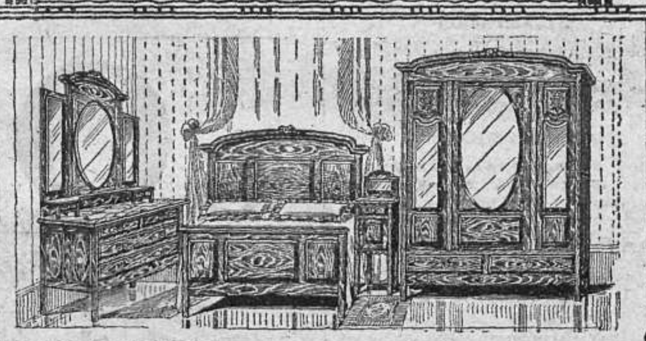




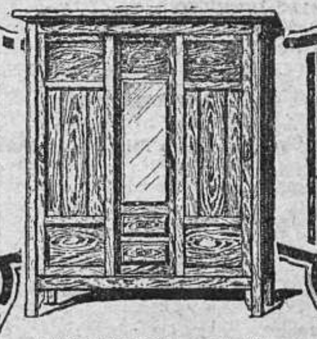
JUEGO COMEDOR amplio formato, construído en roble norteamericano lustrado a muñeca, mármoles de color seleccionados, herrajes y aplicaciones de bronce, cristales y lunas biseladas. Compuesto de 1 aparador, 1 trinchante, 6 sillas tapizadas, 1 mesa con tabla de agregar. Completo, precio de OPORTUNIDAD, pesos 375.—. Las dos piezas solamente .... $ **265.-**



CAMA de hierro esmaltada en blanco, con elástico imperial, reforzado a doble tejido, todo en hierro, 2 plazas, $ 45.—, 1 ½ plazas, pesos 35.—, 1 plaza, a .... $ **25.—**

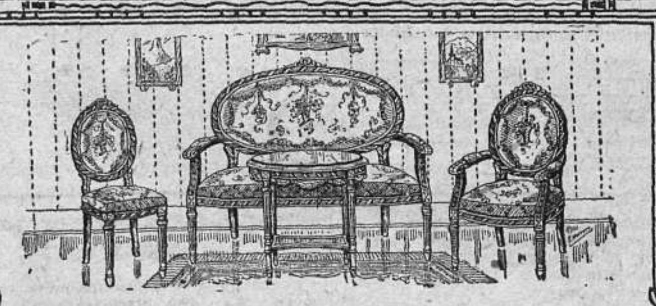


JUEGO DORMITORIO formato 3 cuerpos, construído en roble norteamericano lustrado a muñeca, mármoles de color seleccionados, herrajes y aplicaciones de bronce, lunas biseladas. Compuesto de 1 ropero 3 puertas división en un costado, 1 toilette-cómoda, 2 mesas de luz con repisas, 1 cama matrimonial con elástico patentado, percha y toallero. El juego completo, precio de **oportunidad**, $ **380.-**



GUARDARROPA construído en nogalina maciza, imitación roble, lustre y acabado perfecto, puertas corredizas sobre rieles, luna biselada, herrajes de bronce; medidas: alto 215 centímetros, ancho 143 centímetros, precio de **Gran Reclame**, $ **75.—**

El mismo con dos cajones y luna grande $ **85.—**



JUEGO SALA modelo ovalado, dorado «Paris» sobre nogal tallado, tapizado en lampás de seda. Compuesto de 1 sofá, 2 sillones y 6 sillas. El juego completo .... $ **360.-**

Catálogo general de **Muebles** Edición Nº **8.**

Camas de bronce exclusivo Nº **2.**

Solicite catálogo del renglón que le puede interesar cuyo envío efectuamos gratis.



CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso mensual de juegos de ingenio, para el que se otorgarán cuatro premios en la siguiente forma: dos a los lectores que remitan mayor número de soluciones exactas y otros dos a aquellos a quienes se les publique mayor número de juegos. Ajustarse a las siguientes bases:

1.ª En caso de empate los premios serán adjudicados en la forma más equitativa que resuelva la Dirección.

2.ª Es requisito indispensable adjuntar a las soluciones el cupón respectivo.

3.ª Los juegos para publicar deben estar acompañados de firma y domicilio aunque se publiquen con seudónimo.

4.ª Los juegos que se remitan deberán acompañarse de las soluciones correspondientes.

5.ª El aspirante a premios por colaboraciones puede optar también a los premios por soluciones.

TECNICA

De acuerdo con nuestras promesas de números anteriores, continuamos publicando hoy la moderna técnica a que debe sujetarse la confección de los diversos pasatiempos, contribuyendo así a dar mayor impulso a la ya gran falange de aficionados al arte enigmático.

FALSO AUMENTATIVO. — Es aquella voz que, derivada de otra, no aumenta el significado primitivo, sino que tiene significado completamente distinto.

Ejemplo: **BELLA... Bellota**

Lo mismo será por:

FALSO DIMINUTIVO: Pero... Perito
FALSO DESPECTIVO: Bello... Bellaco

La confección de estos tres juegos, se presenta más o menos en la siguiente forma:

FALSO AUMENTATIVO

A una hermosa.

BELLA) Tu eres armonía física que inspira admiración.

BELLOTA) Tu eres de un animal comida de su predilección.

HAMLET.

FALSO DIMINUTIVO

PERO) Si sólo indico entre las ideas
la oposición y diferencia,

PERITO) ¿Por qué me llaman sabio
Versado en ciencia?

HAMLET.

FALSO DESPECTIVO

El hijo de Don... Coso
creyéndose muy hermoso
mirábase en el espejo
como novel Adonis. } BELLO

El espejo vengativo
le reflejaba un tipo
bastante repugnante,
un ser sagaz y tunante
pícaro, bribón, atorrante. } BELLACO

HAMLET.

Si dividimos un vocablo en tres partes, llamadas **Cabeza, Corazón, Pies**, respectivamente, podemos de este modo formar una serie de juegos interesantísimos, que amplían considerablemente el campo de la enigmística.

Tenemos los vocablos **Calducho, Camisa, Mesana.**

	CABEZA		CORAZÓN		PIES
1)	CAL	—	DU	—	CHO
2)	CA	—	MI	—	SA
3)	ME	—	SA	—	NA

Si al 1) le quitamos la cabeza, queda: DUCHO
Si al 2) le quitamos el corazón, queda: CASA
Si al 3) le quitamos los pies, queda: MESA.

De modo que al primer juego lo denominamos: DECAPITACION, al segundo: DESCORAZONAMIENTO, y el tercero: AMPUTACION.

Todos estos juegos se presentan bajo forma de enigmas, prefiriéndose la composición poética.

DECAPITACION

CALDUCHO) Agua con poca carne hierve en la olla
DUCHO) para un experimentado y diestro caballero.

DESCORAZONAMIENTO

CAMISA) Mi blanca prenda dejé olvidada.
CASA) en una choza muy arruinada.

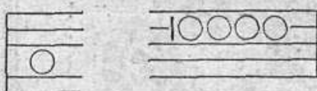
AMPUTACION

MESANA) Erguido surca la mar, desafiando impasible ora viento, ora lluvia. Rara vez cae vencido: cuando ya viejo y arrecia el vendaval.

MESA) ¡Vieja ya eres¡ ¡Pobrecita¡ pero que importa si aun sirves para sostener sobre tu grupa y mientras los pies no te abandonen, alimentos y vinos en abundancia.

HAMLET.

N.º 1
Hecho histórico comprimido, por Héctor F. Viglione (Mendoza)



N.º 2
Refrán comprimido, por Víctor Pedro Volpe (Ciudad)



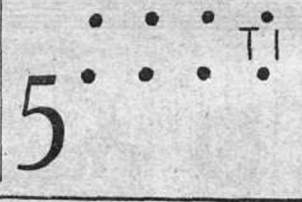
N.º 3
Comprimido, por Víctor Pedro Volpe (Ciudad)



N.º 4
Frase comprimida, por Héctor F. Viglione (Mendoza)

DEDOS (T)

N.º 5
Máxima comprimida, por Héctor F. Viglione (Mendoza)



A los solucionistas y colaboradores

Toda serie de soluciones que se envíen deben acompañarse del cupón respectivo que se publica al final de la sección.

Cuando los colaboradores deseen que sus juegos se publiquen con seudónimo, deben hacerlo presente; en este caso, como en los anteriores, es conveniente anotar el domicilio debajo de cada juego.

El concurso de pasatiempos no es sólo para los lectores de la capital; pueden competir también los del interior y exterior.

Al remitir una serie de colaboraciones, cuando cada juego esté hecho en un pliego, es conveniente firmar uno por uno, dando las soluciones por separado.

No es necesario adjuntar para las colaboraciones el cupón; tal requisito es sólo indispensable a los solucionistas, a quienes recomendamos, para el más rápido recuento y fallo del concurso, remitir las soluciones de una sola vez, al publicarse la última serie de juegos.

N. de la R. — Toda la correspondencia para esta sección debe remitirse a la sección «Pasatiempos», de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

CONCURSO DE PASATIEMPOS
MAYO DE 1923
CUPON N.º 1285

NUEVAS ORIENTACIONES DE ESTA SECCION

Es nuestro propósito dar una nueva orientación a esta página, dividiéndola en lo que se refiere a colaboraciones. Todas aquellas que aparezcan con el agregado: «fuera de concurso», se considerarán en tal carácter en cuanto al concurso de colaboraciones se refiera, no así para el de solucionistas, pudiendo por ese procedimiento no vernos privados de excelentes elementos.

Los demás pasatiempos se destinan a estimular a los que se inician en el arte enigmático.

Los que deseen que sus juegos se publiquen fuera de concurso deben manifestarlo al pie del mismo.



TRELEW (Chubut). — Aspecto de la exposición organizada por la Sociedad Rural, y que dados los altos precios alcanzados en los remates alcanzó un brillante éxito.

Su propia conveniencia



le aconsejará comprar sólidas **PUERTAS Y VENTANAS DE CEDRO,** que entregamos inmediatamente y que vendemos al mismo precio que otros cobran por las de madera inferior.

Ventana Nº 15

de cedro

Tenemos existencia permanente de los siguientes números de nuestro catálogo:

1 - 2 - 3 - 4 - 13 - 14 - 15 - 16 - 17
18 - 19 - 20 - 21 - 22 - 23 - 24 - 25
26 - 27 - 35 - 36 - 47 - 48 - 51 - 52

Solicite catálogo.

Puerta N.º 21

De 2.40×0.70, c/u.... $ 54.—
» 2.20×0.70, c/u.... » 52.—

Ventana N.º 15

De 1.40×0.75 c/u.... $ 40.—
» 1.20×0.75, c/u.... » 38.—
» 1.00×0.75, c/u.... » 36.—

Estos precios comprenden las aberturas con marco y herrajes colocados.

Acordamos 5 % de descuento.



Escritorio: Charcas 2941 —·— Buenos Aires

GEMELOS PARA TEATRO

Optica especial Teatro Colón





Primer Instituto Optico Oculístico

LUTZ, FERRANDO y Cia.

FLORIDA, 240 — BUENOS AIRES

Sucursales: Belgrano, Cabildo, 1916. Rosario. Córdoba. Tucumán. La Plata. Mar del Plata.

OFERTA DE INICIACION

LYS. . . . . . . desde $ **12.—**
LEMAIRE . . . . . . » **50.—**



Bar de Luxe

por Lilian Hari

●



Las dos de la madrugada. El bar tiene ese aspecto fantástico, un poco hiriente, de las escenas espectaculares.

Una discreta animación, de gente «bien», cunde por la atmósfera aromada por el constante humear de los cigarrillos y por las transpiraciones de las epidermis femeninas, saturadas de esencias y algo envueltas entre sedas y gasas tan sutilmente frívolas y elegantes como sus pensamientos.

Los camareros van y vienen con esa suelta familiaridad respetuosa que adquieren con el hábito. Haldean sus fraques en torno a las mesas; cólmanse las copas del dorado y espumoso licor; labios encendidos, sabios y febriles, prometedores y engañosos, refrescan las rojas pinceladas de su artificio en el helado vino, y los brazos desnudos hasta las axilas, y los blancos y acusativos pechos desbordándose sobre la neblina de los encajes, y los ojos almendrados, que el antimonio agranda y profundiza, juegan en el salón con todas las tonalidades de la luz y del movimiento.

Albas pecheras, con puntos de luz cambiante en los ojales; pecheras que, desde lejos, semejan trazos de corazones emergiendo del fondo negro de los trajes.

En un ángulo del bar, formando semicírculo sobre una plataforma que los hace visibles desde cualquier rincón, cinco músicos de turbia y somnolienta mirada, obscura tez y exótico aspecto, tocan en sendos instrumentos las últimas creaciones sentimentales de los compositores europeos.

Alrededor de una mesa conversan tres personas: dos rubias trigales y un caballero largo, moreno, nervioso, muy joven y muy pálido, con una hermosa frente abombada por el lacio pelo, echado hacia atrás, ensanchado hacia la incipiente calvicie.

Yanne Klundt — la Espiga Dorada — cruza sus largas piernas elásticas, descubriendo parte de una alabastrina rodilla. Su pie, largo y estrecho, está calzado primorosamente con un zapato de raso de un descote exagerado, y ella se entretiene en contraer y estirar los tendones de sus deditos hasta conseguir — frívolo juego tentador — calzarse y descalzarse sin ayuda de las manos.

Yanne es una ingenua diabólica, de ojos verdes tan mortales como el ajenjo, unos senos turgentes, lozanos como fruta sazonada, misteriosamente dorados, y una boca saledìza de blanquísimos dientes. Se advierte que es toda una mujer fuertemente delicada, de las que se quiebran y no se rompen, semejantes a las bien templadas hojas de los puñales florentinos

En el cinema había fracaso por exceso de arte. Yanne es una norteña sentimental complicada con lecturas de extravagantes autores ocultistas, y cuando bebe ya pasada la media noche lo hace siempre mezclando algunas lágrimas con el champán.

Su compañera — la Sironda — es una espléndida rubia, una movible boya errante en medio del océano de la vida, que nació, por equivocación, en Hispanoamérica y se aclimató en Varsovia; que trabajó en un circo alemán como trapecista y que luego,

en plena guerra, se hizo pagar enormes gratificaciones dedicándose al espionaje por cuenta del Foreign Office, al que traicionó para venderse al servicio secreto de Italia. Una buena pieza, magnífica de salud y de audacia, soberbiamente mentirosa e inteligente, epidérmica como un camaleón y una de las entretenidas más caras y solicitadas del París «pre-guerra».

James Urih, un espiritual sensualizado, medularmente escéptico, rico, ocioso, de una sensibilidad enfermiza; un gran artista en todo, cuyas opiniones eran solicitadas por los profesionales más afamados de la crítica.

Había viajado por toda la superficie del planeta; lo había visto todo o casi todo a fuerza de billetes, simpatía y recomendaciones. Conocía, de viso, cuanto hay que admirar en el mundo, desde las truculentas escenas de antropofagia presenciadas solemnemente por él en el Africa central, hasta las reconstrucciones de algunos capítulos de las «Mil y una noches» y los esoterismos de los monjes del Tibet, donde fué sujeto a sorprendentes experimentos de magia blanca.

La Sironda enciende un aplastado cigarrillo color de rosa, se aparta un poco de la mesa, ladeando su cuerpo incitador; se estira con la exquisita despreocupación de su autoridad femenina; sus piernas, de perfecto modelado clásico, clarean tentadoras dentro de la negra seda de unas medias transparentes como velos, y los ojos castaños, con ese cálido mirar a la española, tendiéronse como reflectores por los cuatro ángulos del salón, entre curiosos y aburridos.

— Estoy decidido; vuelvo a mis andanzas — habló, como consigo mismo, James Urih.

— Un capricho tonto. ¿Qué piensas ver que te sacuda los nervios? Nada, y mucho menos ahora después de la gran guerra. Una desolación, querido — dijo muy seria la Espiga Dorada.

— Déjale, no le disuadas. Querrá viajar en calidad de misántropo, repartiendo sonrisas y billetes de banco por los pueblos arruinados.

— De todos modos, llévate provisión de vinagrillo inglés. Europa corrompe, hijo; y tu sensibilidad va a padecer continuos sobresaltos. Pero... *vivirás*, como tú dices. Vete, pues; te concedo mi permiso — terminó diciendo la Sironda.

— Gracias, hermana hermosa, hermana sana, hermana fuerte. Partiré en seguida para el Japón.

— ¿Otra vez? — apuntó la Espiga Dorada. — Me acuerdo: yo te acompañé hasta Yokohama... Aquello es muy interesante. Puedes llevarme contigo otra vez.

— Ya lo sé que puedo, pero ahora no. Acaso te llame, y a ti también. Tengo un proyecto, un proyecto tremendo, de pesadilla... Todavía no lo he digerido bien; me falta algo...

— ¿Plata? — preguntó con irónica compunción la Sironda. — Si te sirven mis estuches...

— Mis cuadros... dos Rubens, tres Dureros, un Van Dyck dudoso... dispón de ellos — bromeó la Espiga Dorada.

— ¡Quién sabe, quién sabe! — contestó sonriendo James.

— No nos asustes, hijo; adminístrate con cordura — dijo la Sironda en tanto se recostaba sobre la mesa y descubría buena parte de su espléndido busto

Los tres se levantaron de los asientos en que, por espacio de tres horas, el vino y la charla corrieran generosos y un poco mareantes.

La orquesta, entre tanto, atacaba unas notas de singular armonía, cortada a trechos por redobles de tambor y secas clarinadas. El violoncello lamentábase quejumbrón; un sonido de corneta vibraba con agudeza de reto, y luego, sobre un murmullo sordo como de lejana tormenta, y de un estampido que intercalaba el bombo cada tantos compases, un violín, el violín mágico, lloraba sentimentalmente como un enamorado, contándonos, entre sollozos y suspiros de sus sensibles cuerdas, un episodio de la guerra todo salpicado de odio, de amor, de sangre y de heroísmo. Los demás instrumentos hacían de coro, de comentadores; ratificaban, repetían, interpretaban; pero el violín, el mágico violín, en inquietantes apartes, en otro tono dentro de la pauta, coloreaba la escena entre maravillosos juegos de melodías desgarradoras.

¡Oh, qué pensamientos tan finos y tan hondos rodaban por las paredes de la caja sonora!

Algunos caballeros se levantaron, impresionados por el magistral sonido que resbalaba por sus cuerdas; un ramillete de cabezas femeninas formó como un florón cerca de la orquesta; todos escuchaban encantados; hasta los camareros, mitad por cortesía, mitad por gusto, suspendieron su trajín de cristalería, y un silencio general se impuso por toda la sala.

¿Qué tragedia se presentía... qué misteriosas emanaciones emocionales se desprendían de los instrumentos?

El violinista era alto, recio, oscuro, chato, el pelo abundante, canoso y graciosamente alborotado. Poseía unas hermosas manos de artista y sus labios, pálidos y carnosos, movíanse como si rezaran una hermosa letanía. Sus ojos permanecían velados por unos párpados tan vibrátiles como las cuerdas de su instrumento.

Calló la orquesta. Escucháronse muchos aplausos. Un camarero fué solicitado para que recogiera en una bandeja algunas monedas espontáneamente ofrecidas por la concurrencia. Una lluvia de plata tintineó en el receptáculo; algunos billetes salieron también a relucir, y un joven rubio y alto, de aspecto atlético, rogó al camarero que se detuviera un minuto mientras escribía un cheque de tres cifras.

James Urih, solo ya, se hacía poner el abrigo.

Cierta curiosidad movióle a preguntar al servidor:

— ¿Qué nueva orquesta es ésa? ¿Cómo se llama la pieza que alcanzó tanto éxito?

— Se titula «La novia del soldado en campaña». Una gran cosa, señorito. Hoy se estrenó. Todos estábamos seguros del «suceso». Parece que describe maravillosamente episodios de la gran guerra... un saqueo en un pueblo húngaro, donde fueron atropelladas las mujeres. Se dice que la novia del violinista sufrió tal suerte, y de ahí, sin duda, su inspiración. El es el soldado en campaña y ella la novia, dos *motivos* que le sirvieron para componer tan hermosa pieza musical.

Al bajar en el ascensor, James Urih, con aire de preocupación, apenas advirtió que dos elegantísimas damas comentaban en voz alta:

— ¡Oh, querida mía, qué música más «divertida» hemos escuchado!

— Muy cierto. Es una música de «rendición»... Gran soñador, sin duda, el autor, ¿verdad.

— Así parece. ¡Oh, lo que puede la imaginación!

....

En el lujoso bar, ya medio abandonado, en un rincón de la plataforma destinada a la orquesta, el violinista sollozaba sordamente destilando amargas gotas sobre la caja sonora del instrumento.



DIBUJOS DE REQUENA ESCALADA

Enlaces



Señorita Emma Casabella con el señor José Paleo. — Rosario.



Señorita Elena Sírosso con el señor Cándido Lueso Mosto. — Rosario.



Señorita Celia A. Vélez con el señor Alberto Rodriguez.— Rosario



Señorita María F. Goyeneche con el señor Carlos Saslinga. — Navarro.



Señorita Pascuala Vicondoa con el señor Domingo A. Ringolet. — Navarro.

Comentarios

Hablan un ciudadano, cuyo nombre
ignoramos, y el Hombre:
— Habrá sudado el quilo
cuidando de ese modo del lenguaje.
— No está mal el mensaje,
pero le falta estilo.

* * *

— Hoy imita todo el mundo —
dice un literato chirle. —
Unos imitan lo serio
y otros imitan los chistes.
Todos plagian, todos copian.
— ¿Todos? — pregunta un compinche. —
¿Y ese que no escribe nada?
— Imita a los que no escriben.

* * *



— Pérez se ha transformado en nibelungo
y cabalga en un mísero matungo,
al cual llama su «indómito bridón».
— ¡Oh, qué imaginación!

* * *



— El es pobre. Y es feo como un demonio.
Ella es pobre. Y modelo de impertinencia.
— ¿Cómo se explica entonces su matrimonio?
— Ha sido un matrimonio de conveniencia.

* * *

Un poco irritado,
Marcó grita así:
— Me siento cansado.
¡Dejad que los niños se alejen de mí!



— Ese señor senador
siempre está de mal humor.
— ¡Y qué poco atento es!
Si fuera conquistador,
sería Hernán Descortés.

* * *

Son los versos de Juana un esperpento;
pero, en cambio, cocina con talento.
Eximia cocinera
y de numen escaso,
si al Parnaso subiera,
sería cocinera en el Parnaso.

* * *

— ¿De manera que Matienzo
se enoja siempre?
— Así es.
Y hasta por partida doble.
— No entiendo. Explíquese usted.
— Se enoja como ministro
y se enoja como ex
procurador general
de la nación.
— Hace bien.

* * *



Sabe toda la gente
que al pobre don Eladio
le dijeron ¡tramposo! e ¡indecente!
Se lo dijeron radio-
telefónicamente.

MONOS DE REDONDO

NUESTRO NUMERO DEL 25 DE MAYO

CONTENDRA EL SIGUIENTE SUMARIO:

Carátula: "Los [illegible]res", óleo de **Fernando Fader**. "El coimero", óleo de **Cesáreo Bernaldo de Quirós**. "Nueva generación", óleo de **Juan Alonso**.

Colaboraciones literarias y novelas: La ciudad de los sueños, por **Arturo Capdevila**. La fuente y la simiente. Nostalgia de la Peña, por **Arturo Vázquez Cey**. Dice la vida al soñador, por **Ernesto Mario Barreda**. Serenidad. Anhelo, por **Ricardo Gutiérrez**. Aniceto, el Fatalista, por **Alfredo R. Bufano**. Filosofía al menudeo, por **José Gabriel**. El capitán Arregui, por **Hugo Wast**. Salmos de una mujer enigmática, por **Nicolás Coronado**. Parábola de Africa, por **Bartolomé Galíndez**. El amor en las mujeres, por **Julio Aramburu**. El cisne negro y el cisne blanco, por **Arturo Lagorio**. Un expósito, por **Héctor Pedro Blomberg**. La debilidad del viejo Quilques, por **Santiago Maciel**. La copa de David, por **Fernán Félix de Amador**. Rimas de lo cotidiano, por **Enrique Méndez Calzada**. El clown, por **José Muzilli**. La casa misteriosa, por **Bernardo González Arrili**. Heliomanía, por el **Dr. Surgeon**. La inquietud de Fray Raymundo, por **Félix Paredes**. El peor comunismo, por **Miguel de Unamuno**. Los anteojos de color, por **José Echegaray**. Día de sentencia, por **Raimundo Casellas**. La sombra del conde Arnaldo, por **Alfonso Maseras**. El ahogado, por **J. M. Arennes**. El triunfo de la inocencia, por **Adrien Vely**. Dos horas, por **M. Golowin**. Un programa de gobierno, por **Humberto de Campos**. El jardín secreto, por **C. K. Chesterton**. Pagando una vieja deuda, por **Carroll John Daly**. La Psiquis, por **H. A. Andersen**. Ilustraciones de **Alvarez, Sirio, Macaya, López Naguil, Besares, Gigli** y **Requena Escalada**.